

JULIO VERNE

**LAS INDIAS
NEGRAS**

COLECCIÓN HETZEL

de

La vieja mina escocesa Aberfoyle, que había sido cerrada diez años atrás, es reactivada cuando el minero Simón Ford hace un descubrimiento asombroso. Sin perder tiempo, Ford contacta con un antiguo trabajador de la mina, James Starr, y el descubrimiento los lleva a una gran mina de carbón que tomaría generaciones enteras para ser completamente aprovechada. La mina es reabierta y se vuelven a obtener ganancias a partir de su rendimiento. Sin embargo, un ser misterioso amenaza la tranquilidad de los habitantes de la mina.



Jules Verne

Las Indias negras

Viajes extraordinarios - 16

ePub r1.1

Titivillus 09.08.17

Título original: *Les Indes noires*

Jules Verne, 1877

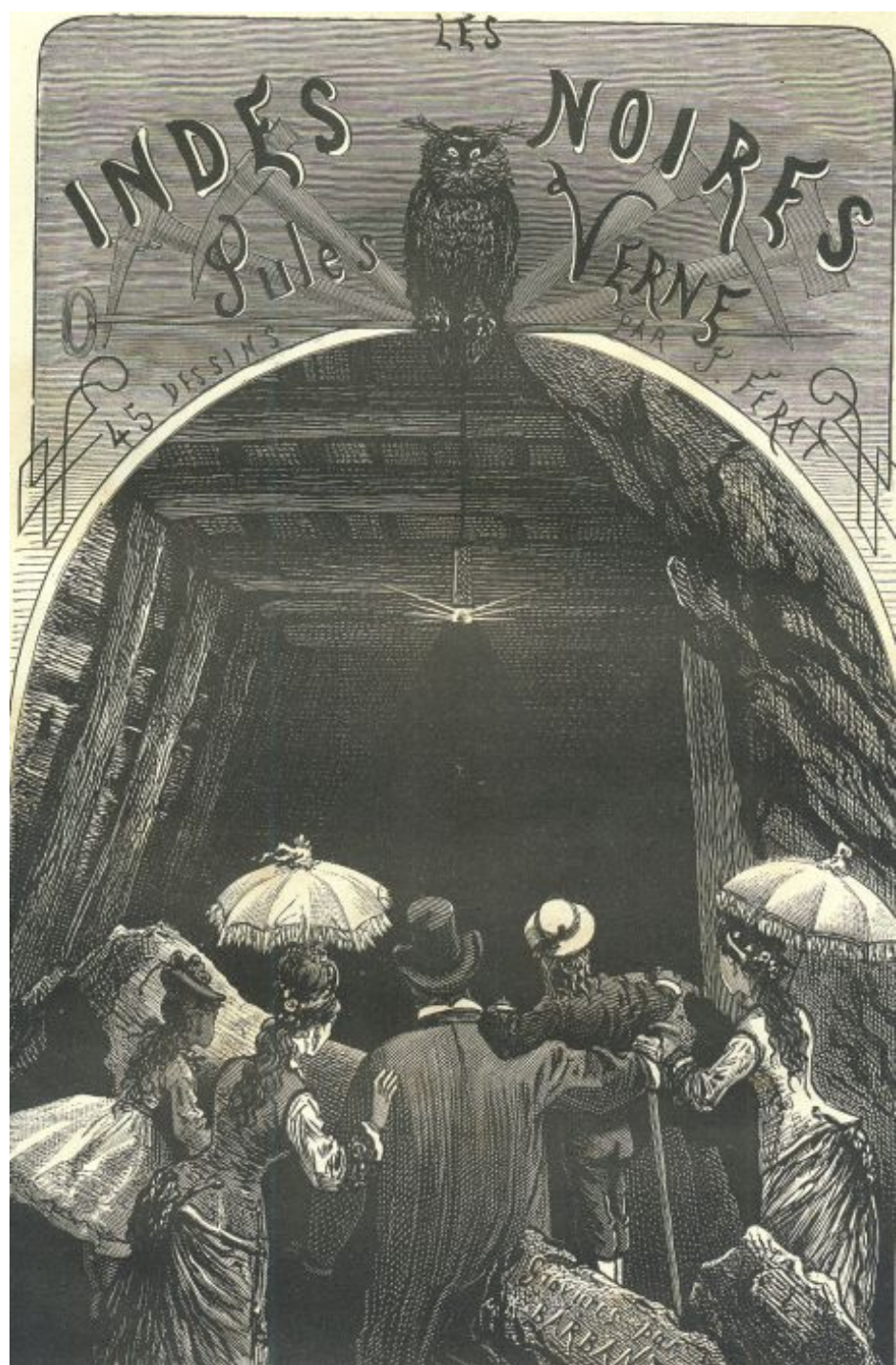
Traducción: A. Fuentes

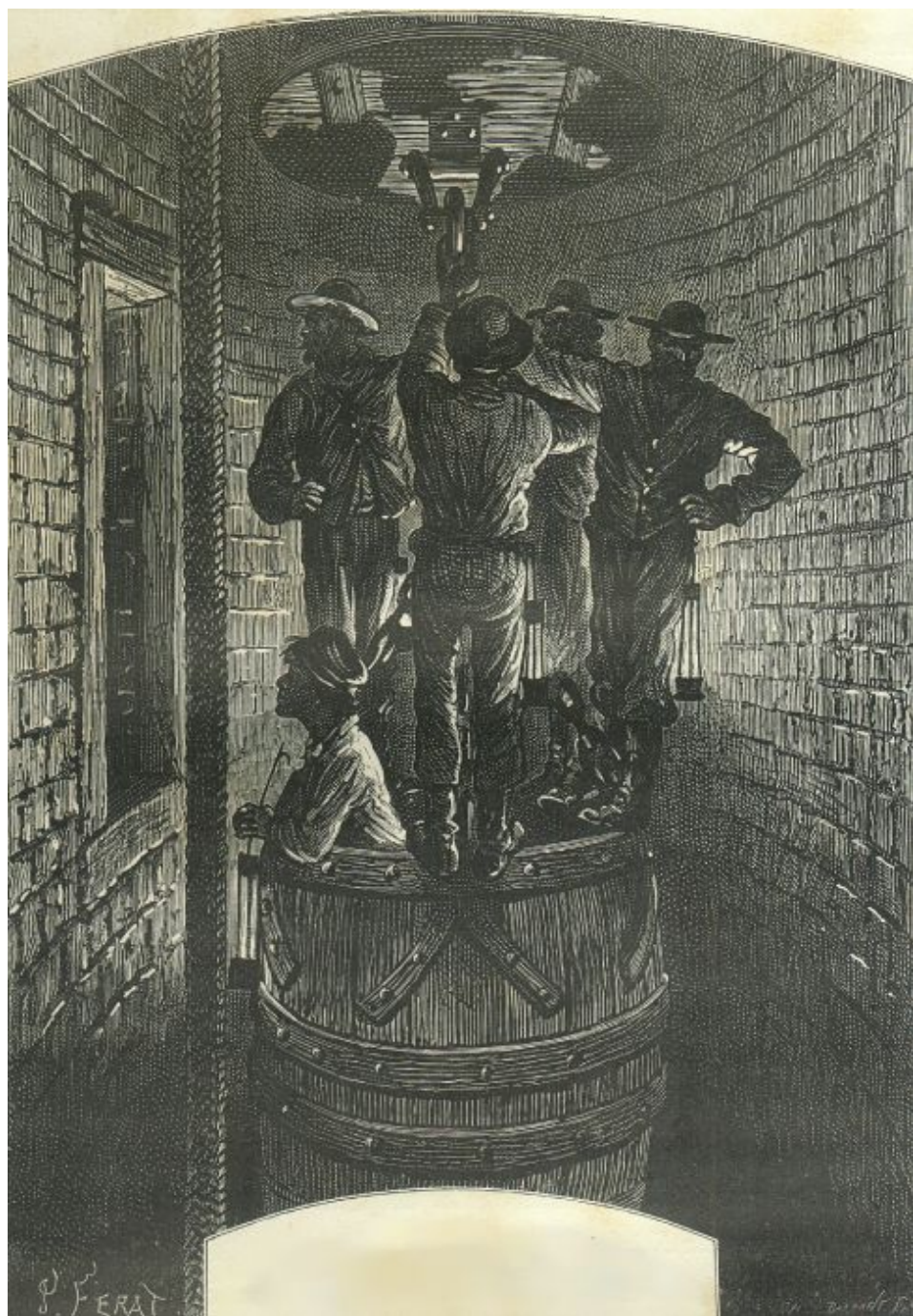
Ilustraciones: Jules Férat

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2







CAPÍTULO PRIMERO

DOS CARTAS CONTRADICTORIAS

Al Sr. J. R. Starr, ingeniero
30, Canongate EDIMBURGO

«Si el Sr. Jacobo Starr tiene a bien pasarse mañana por las minas de Aberfoyle, galerías y Dochart, pozo Yarow, se le comunicará una cosa que ha de interesarle».

«El Sr. Jacobo Starr será esperado todo el día en la estación de Callandar, por Harry Ford, hijo del antiguo capataz Simón Ford».

«Se le encarga que conserve el secreto respecto de esta carta».

Tal fue la carta que Jacobo Starr recibió por el primer correo del 3 de diciembre de 18..., carta que llevaba el timbre de la administración de correos de Aberfoyle, condado de Stirling, Escocia.



Esta carta excitó vivamente la curiosidad del ingeniero. No se le ocurrió siquiera que pudiera encerrar un engaño. Conocía hacía mucho tiempo a Simón Ford; uno de los más antiguos capataces de las minas de Aberfayle, de las cuales había sido veinte años director, que es lo que en las minas inglesas se llama *viewer*.

Jacobo Starr era un hombre de constitución robusta; y sus cincuenta y cinco años no le pesaban más que si hubiese tenido cuarenta. Pertenecía a una antigua familia de Edimburgo; siendo uno de sus más distinguidos individuos. Sus trabajos honraban al respetable cuerpo de ingenieros, que devoran poco a poco el

subsuelo carbonífero del Reino Unido, lo mismo en Cardiff y en Newcastle, que en los bajos condados de la Escocia. Pero su nombre había conquistado la estimación general, principalmente en el fondo de las misteriosas galerías carboníferas de Aberfoyle, que confinan con las minas de Alloa, y ocupan una parte del condado de Stirling. Además, Jacobo Starr pertenecía a la sociedad de anticuarios escoceses, en la cual había sido nombrado presidente. Era también uno de los miembros más activos del *Instituto Real*; y la *Revista de Edimburgo* publicaba frecuentemente artículos con su firma. Era, pues, uno de los sabios prácticos a quienes Inglaterra debe su prosperidad; y ocupaba una elevada posición en esa antigua capital de Escocia, que ha merecido el nombre de *Atenas del Norte*, no sólo bajo el punto de vista físico, sino también bajo el punto de vista moral.

Sabido es que los ingleses han dado al conjunto de sus vastas minas de hulla un nombre muy significativo: las llaman justamente *Las Indias Negras*. Y en efecto; estas indias han contribuido tal vez más que las Indias Orientales, a aumentar la sorprendente riqueza del Reino Unido. Allí, en efecto, trabaja día y noche todo un pueblo de mineros para extraer del subsuelo británico el carbón, ese precioso combustible, elemento indispensable de la vida industrial.

Por esta época, el límite del tiempo calculado por los hombres especiales para que se agotaran las minas de carbón estaba muy lejano: y por tanto no era de temer la penuria en un breve plazo. Aún quedaban por explotar los depósitos carboníferos de dos mundos. Las fábricas, las locomotoras, las locomóviles, los buques de vapor; las máquinas de gas, etc., no estaban amenazadas de carecer de carbón mineral.

Sólo en estos últimos años ha sido cuando el consumo se ha aumentado de tal manera, que han sido agotadas algunas capas, aún en los más ricos filones; y abandonadas ahora estas minas, perforan y taladran el suelo inútilmente con sus pozos olvidados y sus galerías desiertas.

Éste era precisamente el estado de las minas, de Aberfoyle.

Hacía diez años que el último carro se había llevado la última tonelada de hulla de este depósito. El material de *fondo*; máquinas destinadas a la tracción mecánica por los raíles de las galerías; vagones que, forman los trenes subterráneos, tranvías; cajones para

desocupar los pozos de extracción; tubos en que el aire comprimido servía de perforador; en una palabra, todo lo que constituye el material de explotación, había sido retirado de las profundidades de las galerías y abandonado sobre la superficie del suelo. La mina agotada era como el cadáver de un mastodonte de magnitud fantástica, a quien se han quitado los órganos de la vida, dejándole sólo la osamenta.

De este material no quedaban más que largas escalas de madera, que comunicaban con las profundidades de la mina por el pozo Yarovw, único que daba acceso a las galerías inferiores de la boca Dochart, desde la cesación de los trabajos.

En el exterior, y los edificios que servían para los trabajos de *día* indicaban aún el sitio donde habían sido perforados los pozos de esta boca, completamente abandonada, lo mismo que todas las demás, que constituían la mina de Aberfoyle.

Triste fue el día en que los mineros abandonaron por última vez, la mina en que habían vivido tantos años.

El ingeniero Jacobo Starr reunió aquellos miles de obreros que formaban la activa y enérgica población de la mina. Cavadores, arrastradores, conductores, pisoneros, leñadores, canteros, maquinistas, herreros, carpinteros, todos: hombres, mujeres, ancianos, Obreros del *fondo* y del *día* se reunieron en la gran rotonda de la galería Dochart, llena en otros tiempos de los abundantes productos de la mina.

Aquellas buenas gentes, que iban a dispersarse por las necesidades de la existencia, y que durante tantos años se habían sucedido de padres a hijos en la mina, esperaban, antes de abandonarla para siempre, el último adiós del ingeniero. La Compañía les había mandado distribuir, como gratificación, los beneficios del año corriente, que eran en verdad poca cosa; porque los productos de los filones habían excedido en poco los gastos de explotación; pero al fin esto podía permitirles esperar el ser colocados en las minas de las cercanías, o en las haciendas o fábricas del condado.

Jacobo Starr estaba de pie ante la puerta del extenso techado, bajo el cual habían funcionado tanto tiempo las poderosas máquinas de vapor del pozo de extracción.

Simón Ford, el capataz de la mina Dochart, que tenía entonces

cincuenta y cinco años, y algunos otros conductores le rodeaban.

Jacobo Starr se descubrió. Los mineros con la gorra en la mano, guardaban un profundo silencio.

Esta despedida tenía un carácter conmovedor, que no carecía de grandeza.

«Amigos míos, les dijo el ingeniero, ha llegado el momento de separarnos. La mina de Aberboyle, que desde hace tantos años nos reunía en un trabajo común, se ha agotado. Nuestras exploraciones no han podido descubrir un nuevo filón, y acaba de ser extraído el último pedazo de hulla de la mina Dochart». Y en apoyo de sus palabras Jacobo Starr señaló a los mineros un pedazo de carbón, que había sido guardado en el fondo de una barrica.

«Ese pedazo de hulla, amigos míos, continuó Jacobo Starr, es como el último glóbulo de la sangre que circulaba en las venas de la mina. Le conservaremos como hemos conservado el primer fragmento de carbón que se sacó hace ciento cincuenta años de los filones de Aberfoyle. ¡Cuántas generaciones de trabajadores se han sucedido en nuestras galerías entre estos dos pedazos! ¡Ahora todo ha concluido! ¡Las últimas palabras que os dirige vuestro ingeniero son un adiós. Habéis vivido de la mina, que se ha vaciado en vuestras manos. El trabajo ha sido duro; pero no sin provecho para vosotros. Nuestra gran familia va a dispersarse, y es probable que el porvenir no vuelva a reunir jamás sus esparcidos miembros. Pero no olvidéis que hemos vivido mucho tiempo juntos, y que en los mineros de Aberfoyle es un deber el ayudarse mutuamente. Vuestros antiguos jefes no lo olvidaron nunca. Los que trabajan juntos no pueden mirarse como extraños. Nosotros velaremos por vosotros, y donde quiera que vayáis, siendo honrados, os seguirán nuestras recomendaciones. ¡Adiós, pues, amigos míos, y que el cielo os ampare!». Dicho esto, Jacobo Starr, abrazó al más anciano de los trabajadores, cuyos ojos se habían humedecido, con las lágrimas. Después los capataces de los departamentos vinieron a estrechar la mano del ingeniero, mientras que los mineros agitaban sus gorras; gritando:

—¡Adiós, Jacobo Starr, nuestro jefe y nuestro amigo! Esta despedida debía dejar un recuerdo indeleble en aquellos nobles corazones.

Poco a poco aquella población abandonó tristemente la galería.

El vacío rodeó a Jacobo Starr. El suelo negro de las vías, que conducían a la boca Dochart, resonó una última vez bajo los pies de los mineros, y el silencio sucedió a aquella bulliciosa animación, que hasta entonces había dado vida a la mina de Aberfoyle.

Sólo un hombre había quedado cerca de Jacobo Starr.

Era el capataz Simón Ford. Cerca de él había también un joven de quince años; su hijo Harry, que hacía algún tiempo estaba ya empleado en los trabajos del interior de la mina. Jacobo Starr y Simón Ford se conocían, y conociéndose, se estimaban mutuamente.

—¡Adiós, Simón? —dijo el ingeniero.

—¡Adiós, señor Jacobo! Respondió el capataz; o más bien, dejadme decir: ¡hasta la vista!

—¡Sí, hasta la vista, Simón! —respondió Jacobo Starr—. ¡Sabéis que tendré un placer en volver a veros y en hablar del pasado de nuestra vieja Aberfoyle!

—Ya lo sé, señor Starr.

—Mi casa de Edimburgo estará siempre abierta para vos.

—¡Está muy lejos Edimburgo! —contestó el capataz meneando la cabeza—. ¡Sí! ¡Muy lejos de la mina Dochart!

—¡Lejos, Simón! ¿Pues dónde pensáis vivir?

—Aquí mismo, señor Starr. ¡Nosotros no abandonaremos la mina, que es nuestra madre, porque su sustancia nos ha alimentado! Mi mujer, mi hijo y yo nos arreglaremos como podamos para serle fieles.

—¡Adiós, pues, Simón! —dijo el ingeniero, cuya voz, a pesar suyo, demostraba su emoción.

—¡No! Os repito, ¡hasta la vista, señor Starr, —respondió el capataz—, y no adiós! A fe de Simón Ford, Aberfoyle volverá a vernos.

El ingeniero no quiso quitar esta última ilusión al capataz. Abrazó al joven Harry, que le miraba con sus grandes ojos conmovidos. Apretó por última vez la mano de Simón Ford, y abandonó definitivamente la mina.

Esto era lo que había pasado hacía diez años. Pero a pesar del deseo que había manifestado el capataz de volver a verle, Jacobo Starr, no había vuelto a oír hablar de él.

Habían pasado, pues, diez años de separación, cuando la carta de Simón Ford le invitaba a tomar sin dilación el camino de la

antigua mina carbonífera de Aberfoyle.

¡Una noticia que debía interesarle! ¿Qué sería? ¡La mina Dochart! ¡El foso Yarow! ¡Qué recuerdos traían a su imaginación estos nombres! ¡Sí! ¡El buen tiempo del trabajo, de la lucha; el mejor tiempo de su vida de ingeniero! Jacobo Starr no hacía más que leer la carta. La daba vueltas en todas direcciones. Sentía que Simón Ford no hubiese añadido siquiera un renglón más. Le culpaba de haber sido muy lacónico.

¿Era posible que el antiguo capataz hubiese descubierto algún nuevo filón qué explotar? ¡No! Jacobo Starr recordaba el minucioso cuidado con que habían sido exploradas las entrañas de Aberfoyle, antes de cesar definitivamente los trabajos.

Él mismo había hecho las últimas calicatas sin encontrar ningún nuevo depósito en aquel suelo arruinado por una explotación excesiva. Se había tratado hasta de buscar el terreno carbonífero bajo las capas, que son siempre más inferiores, como el gres rojo devoniano; pero sin resultado.

Jacobo Starr había, pues, abandonado la mina con la absoluta convicción de que ya no poseía un átomo de combustible.

—¡No, se decía, no! ¿Cómo creer que lo que se haya podido escapar a mis investigaciones, lo habrá podido encontrar Simón Ford? ¡Y sin embargo, mi antiguo capataz debe saber muy bien que sólo una cosa en el mundo puede interesarme! ¡Y esta invitación que debo guardar en secreto, para ir a la mina Dochart!...

Jacobo Starr, venía siempre a parar a lo mismo.

Por otra parte, el ingeniero tenía a Simón Ford por un hábil minero, dotado particularmente del instinto del oficio. No le había vuelto a ver desde que había sido abandonada la explotación de Aberfoyle, y hasta ignoraba qué había sido del pobre capataz. No podía decir en qué se ocupaba, ni siquiera dónde vivía con su mujer y su hijo. Todo lo que sabía era que le daba una cita en el pozo Yarow; y que Harry, el hijo de Simón Ford le esperaba en la estación de Callander todo el día siguiente. Se trataba, pues, sin duda de visitar la mina Dochart.

¡Iré, iré! se decía Jacobo Starr, que sentía crecer su excitación a medida que avanzaba el tiempo.

Este digno ingeniero pertenecía a esa categoría de personas apasionadas, cuyo cerebro está siempre en ebullición, como una

vasija de agua colocada sobre una llama ardiente. Hay vasijas de éstas en que las ideas cuecen a borbotones y otras en que se evaporan pacíficamente. Aquel día, las ideas de Jacobo Starr, estaban en completa ebullición.

Pero en estos momentos sucedió un incidente inesperado, que fue la gota de agua fría destinada a producir instantáneamente la condensación de todos los vapores de aquel cerebro.

En efecto, a las seis de la tarde, por el tercer correo, el criado de Jacobo Starr le llevó una nueva carta.

Esta carta estaba encerrada en un sobre grosero, cuyo sobrescrito indicaba una mano poco amaestrada en el manejo de la pluma.

Jacobo Starr rompió el sobre. No contenía más que un pedazo de papel, que amarilleaba de viejo, y que parecía haber sido arrancado de algún cuaderno fuera ya de uso.

En este papel no había más que una frase, que decía así:

—«Es inútil que el ingeniero Jacobo Starr—, se ponga en camino; —la carta de Simón Ford ya no tiene objeto». Y no tenía firma.

CAPÍTULO II

POR EL CAMINO

Todas las ideas de Jacobo Starr se detuvieron bruscamente, cuando leyó esta segunda carta, contradictoria con la primera.

¿Qué quiere decir esto?, se preguntó.

Jacobo Starr volvió a coger el sobre, medio roto.

Llevaba, lo mismo que el otro, sello de la administración de correos de Aberfoyle. Venía, pues, del mismo punto del condado de Stirling. No era evidentemente, el mismo minero el que la había escrito; pero evidentemente también el autor de esta segunda carta conocía el secreto del capataz, puesto que invalidaba la invitación dirigida al ingeniero para acudir al pozo Yarow.

¿Sería pues, exacto que la primera carta no tuviese ya objeto? ¿Se querría impedir a Jacobo Starr que se pusiese en camino, útil o inútilmente? ¿No habría una malévola intención que tuviera por objeto destruir los proyectos de Simón Ford? Esto fue lo que pensó Jacobo Starr después de una madura reflexión. La contradicción que existía entre las dos cartas, no consiguió sino avivar su deseo de ir a la mina Dechart. Por otra parte, si en todo esto no había más que una mistificación, más valía asegurarse de ello.

Pero le parecía que convenía dar más crédito a la primera carta que a la segunda, es decir, a la petición de un hombre como Simón Ford, que el aviso de su contradictorio anónimo.

«En verdad, puesto que se pretende influir sobre mi resolución, se dijo, es que la comunicación de Simón Ford debe tener una inmensa importancia. Mañana estaré en el sitio de la cita, y a la hora convenida». Cuando llegó la noche, Jacobo Starr hizo sus preparativos de viaje. Como podía suceder que su ausencia se

prolongase algunos días, previno por medio de una carta a Sir W. Elphiston presidente del Instituto Real, que no podría asistir a la próxima sesión de la sociedad; y se quitó también de encima dos o tres negocios que debían ocuparle en la semana. Y después de haber dado las órdenes a su criado, y de haber preparado su saco de viaje, se acostó más impresionado quizás de lo que convenía al asunto.

Al día siguiente a las cinco saltaba de la cama, se vestía, abrigándose, porque caía una lluvia muy fría y dejaba su casa de la calle de Canongate, para ir a tomar en el muelle de Granton el vapor, que en tres horas sube el Forth hasta Stirling.

Por primera vez quizá, Jacobo Starr, al atravesar la calle de Canongate, que es la principal de Edimburgo, no se volvió para dirigir una mirada a Holyrood, palacio de los antiguos soberanos de Escocia. No vio, ante su puerta, a los centinelas, con el antiguo traje escocés, jubón de tela verde, capilla de cuadros y escarcela de piel de cabra con largos mechones, colgada sobre el muslo.

Aunque fuese fanático por Walter Scott, como, todos los hijos de la antigua Caledonia, el ingeniero, que jamás dejaba de hacerlo, no miró siquiera la posada en que descansó Waverley, y a la cual el sastre le llevó el famoso traje de tartán de guerra, que admiraba tan sencillamente la viuda Flockhart. No saludó tampoco, la pequeña plaza en que los montañeses descargaron sus fusiles, después de la victoria del Pretendiente, con exposición de matar a Flora Mac Ivor.

El reloj de la cárcel mostraba en medio de la calle su cuadrante; pero no le miró sino para cerciorarse de que no le faltaría a la hora de la partida. También debemos declarar que no vio en Nelher-Bow la casa del gran reformador John Knox, el único hombre a quien no pudieron seducir las sonrisas de María Estuardo. Pero siguiendo por HighStreet, la calle popular tan minuciosamente descrita en la novela *El Abate*, se lanzó hacia el gigantesco puente de Bridge-Street, que une las tres colinas de Edimburgo.

Algunos minutos después, Jacobo Starr llegó a la estación del «ferrocarril general»; y media hora más tarde el tren le dejaba en Newhaven, bonito pueblo de pescadores, situado a una milla de Leith, que forma el puerto de Edimburgo. La marca ascendente cubría entonces la playa negruzca y pedregosa del litoral. Las primeras olas bañaban una estacada, especie de dique sujeto por cadenas. A la izquierda uno de esos barcos que prestan su servicio

en el Forth, entre Edimburgo y Stirling, estaba amarrado al muelle de Granton.

En este momento la chimenea del *Príncipe de Gales*, vomitaba torbellinos de humo negro, y su caldera roncaba sordamente. Al sonido de la campana, que no dio sino algunos golpes, los viajeros retrasados se apresuraron a acudir. Había muchos comerciantes, hacendados y curas: estos últimos se distinguían por sus calzones, por sus largas levitas y por el fino alzacuello blanco que rodeaba su cuello.

Jacobo Starr no fue el último que se embarcó. Saltó ligeramente sobre el puente del *Príncipe de Gales*. Aunque la lluvia caía con violencia, ni uno de estos pasajeros pensaba en buscar un abrigo en el salón del vapor. Todos estaban inmóviles, envueltos en sus mantas de viaje; y algunos reanimándose a ratos con la ginebra o el whisky de sus cantimploras que es lo que llaman «abrigarse por dentro».

Sonó una última campanada, se largaron las amarras, y el *Príncipe de Gales* giró para salir del pequeño puerto, que le abrigaba contra las olas del mar del Norte.

El Firth o Forth, es el nombre que se da al golfo formado entre las orillas del condado de Fife, al Norte, y las de los condados de Linlilghow, de Edimburgo y de Haddington al Sur. Forma la desembocadura del Forth, río poco importante, especie de Támesis o de Mersey de aguas profundas, que bajando de la falda occidental del Ben Lomond, se pierde en el mar en Kincardine.

Sería muy corta la travesía desde el muelle de Granton a la extremidad de este golfo, si la necesidad de hacer escala en varias estaciones de ambas orillas, no obligase a dar muchos rodeos. Los pueblos, las aldeas, las cabañas, se van descubriendo en las orillas del Forth, entre los árboles de una fértil campiña.

Jacobo Starr, refugiado bajo la toldilla que se extendía entre los tambores, no se cuidaba de mirar este paisaje, rayado por las líneas que descubrían las gotas de lluvia. Trataba más bien de observar si llamaba la atención de algún pasajero. ¿Quién sabe si él autor anónimo de la segunda carta estaba en el vapor? Sin embargo, el ingeniero no pudo descubrir ninguna mirada sospechosa.

El *Príncipe de Gales*, al salir del muelle de Granton, se dirigió hacia la pequeña abertura que forman las dos puntas del Sur —

Queensferry y North Queensferry—, más allá de la cual el Forth forma una especie de lago, practicable para los buques de cien toneladas. Entre las brumas del fondo aparecían en algunos claros las nevadas cumbres de los montes Grampianes.

Pronto el vapor perdió de vista la aldea de Aberdour; la isla de Clom, coronada por las ruinas de un monasterio del siglo XII; los restos del castillo de Bambougle; Donibristle, donde fue asesinado el yerno del regente Murray, y el islote fortificado de Garvie. Atravesó el estrecho de Queensferry, dejó a la izquierda el castillo de Rosyth, donde residió antiguamente una rama de los Estuardos, con la cual estaba emparentada la madre de Cromwell; pasó el Blackness-Castle siempre fortificado, conforme a uno de los artículos, del tratado de la Unión; y siguió a lo largo de los muelles del puertecito de Charleston, donde se exporta la cal de las canteras de lord Elgin. Por fin la campana del *Príncipe de Gales* señaló la estación de Combrie-Point.

El tiempo era malísimo. La lluvia, azotada por una brisa violenta se pulverizaba en medio de esas ráfagas de viento que pasan como trombas.

Jacobo Starr no dejaba de sentir alguna inquietud. ¿Habría acudido el hijo de Simón Ford a la cita? Sabía por experiencia que los mineros, acostumbrados a la calma profunda de las minas, sufren menos que los obreros o los labradores esas grandes inclemencias de la atmósfera. Desde Callander a la boca Dochart y al pozo Yarow se contaba una distancia de 4 millas. Ésta era la razón que podía retardar, en cierta medida, al hijo del viejo capataz. Sin embargo, al ingeniero le preocupaba más el temor de que la segunda carta hubiera hecho inútil la cita dada en la primera. Éste era, si hemos de decir verdad, su mayor cuidado.

En todo caso, si Harry Ford no se encontraba allí a la llegada del tren de Callander, Jacobo Starr estaba decidido a ir solo a la mina; y si era preciso hasta el pueblo de Aberfoyle. Allí tendría sin duda noticias de Simón Ford, y sabría donde residía el capataz.

Entre tanto el *Príncipe de Gales* continuaba levantando grandes olas con sus ruedas. No se veían las dos orillas del río, ni la aldea de Crombie, ni Torybum, ni Torry-house, ni Newmills, ni Carrindenhause, ni Harkgrange, ni Salt-Paus a la derecha. El puertecito de Bowness, el puerto de Grangemonth, formado en la

embocadura del canal de Clyde, desaparecían en la húmeda niebla. Culzoss, el antiguo pueblo y las ruinas de su abadía de Citeaux; Kinkardine y sus canteras de construcción, en las cuales hizo escala el vapor; Ayrth-Castle y su torre cuadrada del siglo XIII; Clackmanman y su castillo edificado por Roberto Bruce, tampoco eran visibles al través de los rayos oblicuos de la lluvia.

El Príncipe de Gales se detuvo en el embarcadero de Alloa para dejar algunos viajeros. Jacobo Starr sintió que se oprimía su corazón al pasar después de diez años de ausencia, cerca de este pueblecito, centro de la explotación de importantes minas carboníferas, que mantenían una gran población de trabajadores. Su imaginación le llevaba a aquel subsuelo, cavado con tanto provecho por los mineros. ¡Estas minas de Alloa, casi contiguas a las de Aberfoyle, continuaban enriqueciendo el condado, mientras que los depósitos vecinos, agotados hacía tantos años, no tenían ni un solo obre. El vapor, al dejar a Alloa, penetró en los muchos rodeos que da el Forth en una longitud de 19 millas, circulando rápidamente entre los grandes árboles de las dos orillas. Un instante aparecieron en un claro las ruinas de la abadía de Cambuskenneth, que data del siglo XII. Después aparecieron también el castillo de Stirling y el sitio real de este nombre, donde el Forth, atravesado por dos puentes, no es ya navegable para los buques de alto bordo.

Apenas se acercó a la costa el *Príncipe de Gales*, el ingeniero saltó prestamente al muelle. Cinco minutos después llegaba a la estación de Stirling. Una hora más tarde bajaba del tren en Caliender, pueblo bastante grande, situado en la orilla izquierda del Teyth.

Allí, delante de la estación, esperaba un joven, que se dirigió enseguida hacia el ingeniero.

Era Harry, el hijo de Simón Ford.

CAPÍTULO III

EL SUBSUELO DEL REINO UNIDO

Es conveniente para la inteligencia de este relato, decir algunas palabras que recuerden el origen de la hulla.

Durante las épocas geológicas, cuando el esferoide terrestre estaba todavía en vías de formación, le rodeaba una espesa atmósfera saturada de vapor de agua, y fuertemente impregnada de ácido carbónico. Poco a poco estos vapores se fueron condensando en muchos y sucesivos diluvios, que cayeron sobre la tierra como si hubieran sido arrojados de las bocas de algunos millones de millones de botellas de agua de Seltz. Era, en efecto, un líquido cargado de ácido carbónico, que se derramaba torrencialmente sobre un suelo pastoso, mal consolidado, sujeto a deformaciones lentas o bruscas y manteniendo al mismo tiempo en este estado semifluido, tanto por el calor procedente del sol, como por el fuego de la masa interior. Este fuego no estaba todavía encerrado en el centro del globo. La corteza terrestre, poco espesa y no completamente endurecida, le dejaba pasar al través de sus poros. De aquí provenía una vegetación fenomenal, semejante sin duda a la que tal vez existe en la superficie de los planetas inferiores Venus o Mercurio, más próximos que nosotros al astro radiante.

El suelo de los continentes, aún mal fijado, se cubrió, pues, de bosques inmensos. El ácido carbónico, tan propio para el desarrollo del reino vegetal, existía en gran abundancia; y por tanto los vegetales se desarrollaban en forma arborescente. No había ni una sola planta herbácea. Por todas partes se encontraban enormes masas de árboles sin flores, sin frutos, de un aspecto monótono, que no hubieran podido servir para la alimentación de ningún ser

viviente.

La tierra no estaba dispuesta todavía para la aparición del reino animal.

La composición de estos bosques antediluvianos era la siguiente. Dominaba la clase de las criptógamas vasculares. Las calamitas, variedades de la aspérula arborescente, los lepidodendrones, clase de liecopodias gigantes de veinte y cinco a treinta metros de altura y de un metro de ancho en su base, las asterófilas o radiadas, los helechos, las sigilarias de proporciones gigantescas, y de las cuales se han encontrado huellas en las minas de Saint-Etienne plantas todas grandiosas, con las cuales no existe ninguna que tenga analogía sino entre los más humildes modelos de las tierras habitables tales eran poco variados en sus especies, pero enormes en su desarrollo, los vegetales que formaban exclusivamente los bosques de aquella época...

Estos árboles estaban plantados en una especie de laguna inmensa, profundamente humedecida por la mezcla de aguas dulces y de aguas saladas. Se asimilaban rápidamente el carbono, que absorbían poco a poco de la atmósfera, impropia todavía para las funciones de la vida; y estaban, puede decirse, destinados a condensarse bajo la forma de hulla en las entrañas mismas de la tierra.

En efecto, era la época de los temblores de tierra, de esos sacudimientos del suelo producidos por las revoluciones interiores y el trabajo plutónico, que modificaban súbitamente los perfiles, aún inciertos de la superficie terrestre. Aquí, intumescencias que se convertían en montañas; allá hundimientos que debían llenar océanos o mares. Y entonces, bosques enteros se sumergían en la corteza terrestre, al través de sus movibles capas, hasta que encontraban un punto de apoyo, tal como el suelo primitivo de las rocas graníticas, o hasta que por su acumulación formaban un todo resistente.

En efecto, el edificio geológico se presenta en este orden en las entrañas del globo: el suelo primitivo que está sobre la capa de los terrenos primarios; después los terrenos secundarios cuyos depósitos carboníferos ocupan la parte inferior; después los terrenos terciarios y encima los terrenos de aluvión antiguos y modernos.

En esta época, las aguas, que no estaban retenidas por ningún

cauce o lecho como ahora, y que se formaban en todos los puntos del globo por la condensación continua, se precipitaban arrancando a las rocas, apenas formadas, los elementos para constituir los esquistos, los gres y las calcáreas; caían sobre los bosques de turba; depositaban los elementos de estos terrenos e iban a sobreponerse al terreno carbonífero. Con el tiempo en periodos que se escriben por millones de años; estos terrenos se endurecieron, se distribuyeron en capas y encerraron bajo una espesa caparazón de pudingas, de esquistos, de gres compactos o deleznales y de piedras, toda la masa de los bosques confundidos.

¿Y qué pasó entonces en ese crisol gigantesco en que se acumulaba la materia vegetal a diversas profundidades? Una verdadera operación química, una especie de destilación. Todo el carbono que contenían estos vegetales se aglomeraba, y poco a poco se formaba la hulla, bajo la doble influencia de una presión enorme y de la elevada temperatura que producía el calor interior, tan próximo en aquella época.

Así, pues, en aquella lenta pero enérgica reacción, se transformaba un reino en otro. El vegetal se hacía mineral. Todas aquellas plantas que habían vivido como vegetales, bajo la activa savia de los primeros días, se petrificaban. Algunas de las sustancias encerradas en este vasto herbario incompletamente formadas, dejaban su marca en los demás productos, más rápidamente mineralizados, con una presión semejante a la de una prensa hidráulica de una potencia incalculable.

Al mismo tiempo las conchas, los zoófitos, tales como las estrellas de mar, los políperos, las espiríferas, y hasta los peces y los lagartos, arrastrados por las aguas dejaban sobre la hulla, blanda todavía, su impresión limpia, y como admirablemente grabada.

La presión parece haber desempeñado un papel importante en la formación de los depósitos carboníferos. En efecto, sólo a su menor o mayor influencia se deben las diversas clases de hulla que emplea la industria. Así, en las capas más inferiores del terreno carbonífero, aparece la antracita, que está casi desprovista de materia volátil, y que contiene la mayor cantidad de carbono.

En las capas superiores se encuentra, por el contrario, el lignito y la madera fósil, en las cuales la cantidad de carbono es infinitamente menor. Entre estas dos capas, según el grado de

presión que han experimentado, se encuentran los filones de grafito, y las hullas grasas o secas. Y puede afirmarse que sólo por falta de la presión suficiente la capa de las turbas pantanosas, no ha sido modificada completamente.

Así, pues, el origen de los depósitos de carbón, en cualquier punto del globo que se hayan descubierto es éste: penetración en la costa terrestre de los grandes bosques de la época geológica, y después mineralización de los vegetales, realizada por el tiempo, bajo la influencia de la presión y del calor, y bajo la acción del ácido carbónico.

Sin embargo, la naturaleza, tan pródiga de ordinario, no ha transformado bastantes bosques para un consumo que ha de durar miles de años. La hulla faltará un día; es evidente.

Se impondrá una cesantía forzosa a todas las máquinas del mundo, como no se encuentre un nuevo combustible que reemplace al carbón. En una época más o menos remota no habrá ya depósitos carboníferos, como no sean los que cubre una eterna capa de hielo en la Groenlandia, o en las cercanías del mar de Baffin, y cuya explotación es casi imposible. Este es el porvenir inevitable.

Las cuencas carboníferas de América, prodigiosamente ricas aún, las del lago Salado, del Oregon, de la California, no darán un día más que un producto insuficiente. Sucederá lo mismo con los depósitos del Cabo Breton y de San Lorenzo, de los Alleghanis, de la Pensilvania, de la Virginia, del Illinois, de Indiana y de Misouri. Y aunque los depósitos de la América del Norte sean diez veces mayores que todos los del mundo, no se pasarán cien siglos sin que el monstruo de millones de bocas de la industria haya devorado el último pedazo de hulla del globo.

La escasez, como es fácil conocer, se dejará sentir primero en el antiguo mundo. Existen grandes capas de combustible mineral en Abisinia, en Natal: en Zambeze, en Mozambique, en Madagascar, pero su explotación regular ofrece grandes dificultades. Las de la Birmania, de la China, de la Cochinchina y del Japón, y las del Asia central se agotarán en breve. Los ingleses vaciarán la Austria de todo producto carbonífero, tan abundante en su suelo, antes que falte el carbón en el Reino Unido. Y en esa época, los filones de Europa, explotados hasta en sus últimas venas, habrán sido abandonados.

Puede juzgarse por las cifras siguientes de las cantidades de hulla que se han consumido desde el descubrimiento de los primeros depósitos. Las cuencas carboníferas de Rusia, Sajona y Baviera comprenden 600 000 hectáreas; las de España 150 000; las de Bohemia y Austria 150 000: las de Bélgica, que ocupan una zona de 40 leguas de largo, por 3 de ancho, comprenden también 150 000 hectáreas, que se extienden por los territorios de Lieja, Namur, Mons y Chaleroi.

En Francia la cuenca situada entre el Loira y el Ródano, RivedeGier, Saint-Etienne, Givors, Epinac, Blanzay, Creusot; las explotaciones de Gard, Alais, Grand Combe; las de Aveyron en Aubin; los depósitos de Cannaux, Bassac, Graissessac, en el Norte, Ancin, Valenciennes, Lens, Bethune, ocupan cerca de 350 000 hectáreas.

El país más rico en carbón es incontestablemente el Reino Unido. Exceptuando la Irlanda, que carece casi por completo de combustible mineral, posee toda Inglaterra enormes riquezas carboníferas; pero agotables, como todas las riquezas. La más importante de todas estas cuencas es la de Newcastle, que ocupa el subsuelo del condado de Northumberland, que produce al año hasta 30 000 000 de toneladas, es decir, más de la tercera parte del consumo inglés, y más del doble de la producción en Francia. La cuenca del país de Gales, que ha concentrado toda una población de mineros en Cardiff, Swansea y Newport, produce anualmente 10 000 900 de toneladas de esa hulla tan buscada, que lleva su nombre. En el centro se explotan las cuencas de los condados de York, de Lancaster, de Derby, de Stafford, menos productivas, pero de una riqueza considerable todavía. En fin, en la parte de Escocia situada entre Edimburgo y Glasgow, entre estos dos mares que las penetran tan profundamente, existe uno de los depósitos carboníferos más extensos del Reino Unido. El conjunto de estas diversas cuencas no comprende menos de 1.600.000 hectáreas, y produce anualmente 100 000 000 de toneladas de combustible.

¡Pero qué importa! El consumo llegará a ser tal, por las necesidades de la industria y del comercio, que estas riquezas se agotarán. El tercer millar de años de la Era Cristiana, verá antes de terminar que la mano del obrero ha vaciado ya en Europa esos almacenes en los cuales según una imagen exacta se ha concentrado

el calor solar de los primeros días.

Pero precisamente en la época a que se refiere esta historia, una de las más importantes minas de la cuenca escocesa había sido agotada por una explotación demasiado rápida. En este terreno, que se extiende entre Edimburgo y Glasgow, y en una anchura media de 10 a 12 millas, era donde existía la mina de Aberfeyle, cuyo ingeniero Jacobo Starr, había dirigido sus trabajos por espacio de tanto tiempo.

Pero hacía ya diez años que estas minas habían sido abandonadas. No se habían podido descubrir nuevos depósitos, aunque se había sondeado hasta la profundidad de 1,500 y aún de 2,000 pies; y cuando Jacobo Starr se había retirado, estaba seguro de que se había explotado el más pequeño filón, hasta su último átomo.

Era, pues, más que evidente que en tales condiciones el descubrimiento de una nueva cuenca carbonífera en las profundidades del subsuelo inglés, hubiera sido un suceso importantísimo. ¿Se refería la noticia anunciada por Simón Ford a un hecho de esta naturaleza? Esto era lo que se preguntaba Jacobo Starr, y lo que quería esperar.

En una palabra, ¿había un nuevo rincón de esas ricas *Indias Negras*, desde donde se le llamaba para hacer una nueva conquista? Quería creerlo.

La segunda carta había trastocado un momento sus ideas en este punto; pero ahora no hacía ya caso de ella.

Por otra parte, el hijo del viejo capataz estaba allí; esperándole en el sitio de la cita. La carta anónima no tenía, pues, ningún valor.

En el momento en que el ingeniero, ponía el pie en tierra, el joven se adelantó hacia él.

—¿Eres Harry Ford? —le preguntó vivamente Jacobo Starr, sin más preámbulos.

—Sí, señor Starr.

—¡No te hubiera conocido, buen mozo! ¡Ah! ¡Y es que en diez años te has hecho un hombre!

—Yo os he conocido, —respondió el joven minero, que tenía la gorra en la mano—. Estáis lo mismo, señor. ¡Vos fuisteis quien me abrazó el día que nos despedimos en la mina Dochart! Estas cosas no se olvidan nunca.

—Cúbrete, Harry, —dijo, el ingeniero—. Llueve a cántaros, y la cortesía no debe llegar hasta el constipado.



—¿Queréis que nos pongamos a cubierto, señor Starr? —preguntó Harry Ford.

—No, Harry. El tiempo es de agua: lloverá todo el día; y yo tengo prisa. Partamos.

—Estoy a vuestras órdenes, —respondió el joven.

—Dime, Harry, ¿y tu padre está bueno?

—Perfectamente, señor Starr.

—¿Y tu madre?

—Mi madre también.

—¿Es tu padre el que me, ha escrito, dándome una cita en el pozo Yarow?

—No; he sido yo.

—Pero ¿Simón Ford no me ha escrito una segunda carta, diciendo que no acudiera a la invitación? —preguntó rápidamente el ingeniero.

—No, señor Starr, —respondió el joven.

—¡Bien! —dijo Jacobo Starr; y no volvió a hablar de la carta anónima. Después, continuando:

—Y tú ¿puedes decirme lo que quiere el viejo Simón? —preguntó al joven.

—Señor Starr, mi padre se ha reservado el decirlo.

—Pero tú ¿lo sabes?...

—Yo lo sé.

—Pues bien, Harry, yo no te pregunto más. Vamos, porque tengo prisa de hablar con Simón Ford.

—Y a propósito ¿dónde vive?

—En la mina.

—¡Cómo! ¿En la mina Dochart?

—Sí, señor Starr, —respondió Harry Ford.

—¡Cómo! ¿Tu familia no ha abandonado la antigua mina, después de la cesación de los trabajos?

—Ni un sólo día, señor Starr. Ya conocéis a mi padre. ¡Allí ha nacido, y allí quiere morir!

—Lo comprendo, Harry; lo comprendo. ¡Su mina natal! ¡No ha querido abandonarla! ¿Y estáis allí contentos?...

—Sí, señor Starr, respondió el joven, porque nos amamos cordialmente, y tenemos pocas necesidades.

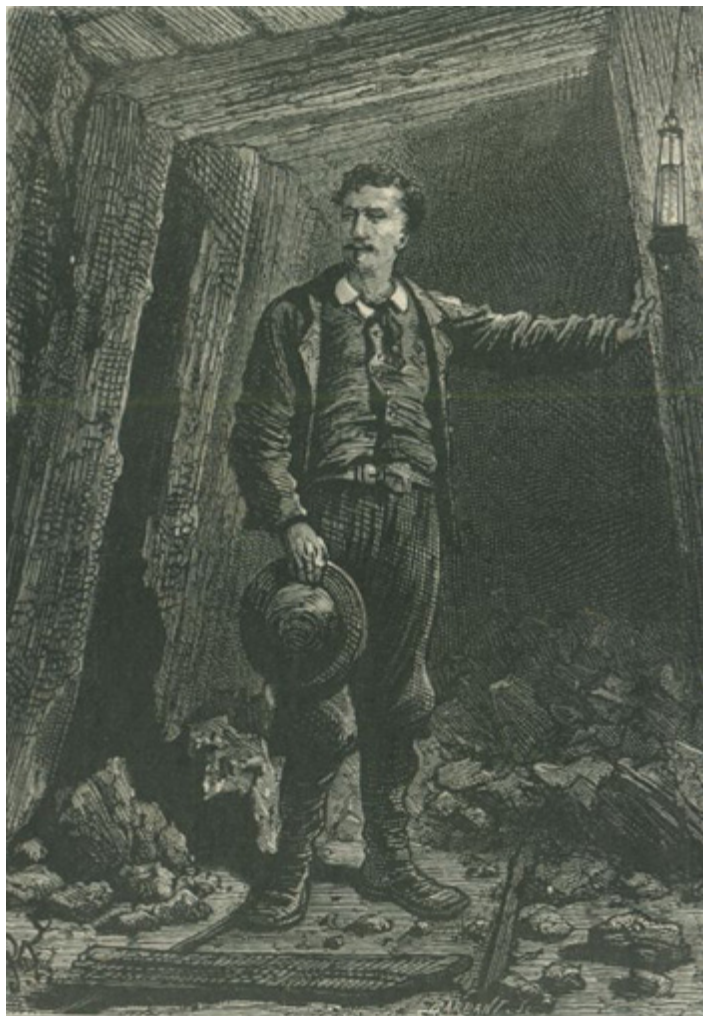
—Bien Harry, —dijo el ingeniero—. ¡En marcha! —y Jacobo Starr, siguiendo al joven, atravesó las calles de Calander.

Diez minutos después ambos dejaron el pueblo.

CAPÍTULO IV

LA MINA DOCHART

Harry Ford era un joven alto de veinte y cinco años, vigoroso y de sueltos ademanes.



Su fisonomía un poco seria, y su aspecto habitualmente pensativo, le habían distinguido desde la infancia entre sus compañeros en la mina. Sus facciones regulares, sus ojos profundos y dulces, sus cabellos fuertes, más bien castaños que rubios, el encanto natural de su persona, contribuía a darle el aspecto completo del Lowlander, es decir, del escocés de la llanura. Endurecido desde su infancia en el trabajo de la mina, era al mismo tiempo que un seguro compañero, una naturaleza fuerte y buena. Guiado por su padre y llevado por sus instintos, había trabajado y

se había instruido muy pronto; y en la edad en que los demás apenas son aprendices, él era ya alguien uno de los primeros de su condición en un país que tiene pocos ignorantes, porque hace todo lo posible para suprimir la ignorancia. Y aunque en los, primeros, años de su vida no dejó de la mano el pico, no tardó en adquirir los conocimientos suficientes para elevarse en la jerarquía de la mina; y seguramente habría sucedido a su padre en el cargo de capataz, si la mina no hubiera sido abandonada. Jacobo Starr era un buen andarín todavía; y sin embargo, no habría podido seguir fácilmente a su guía si esto no hubiera moderado el paso.

La lluvia caía ya con menos violencia. Sus anchas gotas se pulverizaban antes de llegar al huelo. Eran más bien ráfagas húmedas, que atravesaban la atmósfera, llevadas por una fresca brisa.

Harry Ford y Jacobo Starr el joven llevaba el ligero equipaje del ingeniero, siguieron la orilla izquierda del río, próximamente una milla. Después de haber recorrido su playa sinuosa, tomaron una senda que se perdía en las tierras, bajo grandes árboles que goteaban el agua de la lluvia. Extensos pastos se extendían a uno y otro lado, alrededor de casas de campo aisladas. Algunos rebaños, pacían tranquilamente la yerba, siempre verde de aquellas praderas de Escocia. Eran vacas sin cuernos, o pequeños carneros de lana sedosa, que se asemejaban a los de los juegos de niños. No se veía ningún pastor, porque estaban, sin duda, refugiados, en el hueco de algún árbol; pero el «colley», perro particular de esta región del Reino Unido, tan afamado por su vigilancia, rondaba alrededor del rebaño.



El pozo Yarow estaba situado cerca de cuatro millas de Caltander. Jacobo Starr no dejaba de ir muy impresionado. No había vuelto a ver aquel país desde el día en que la última tonelada de la mina de Aberfoyle había sido cargada en el ferrocarril de Glasgow. La vida agrícola reemplazaba ahora a la vida industrial, siempre más bulliciosa más activa. Y el contraste era tan notable, incluso durante el invierno cuando los trabajos del campo tienen una especie de descanso. En otro tiempo, en todas las estaciones la población minera animaba aquel territorio por encima y por debajo

del suelo. Los grandes carros de carbón pasaban constantemente noche y día. Los raíles, ahora enterrados en sus traviesas podridas, se estremecían bajo el peso de los vagones. Ahora el camino de piedra y de tierra sustituía poco a poco a los tranvías de explotación. Jacobo Starr creía atravesar un desierto.

El ingeniero miraba, pues, en su derredor con tristes ojos. Se detenía con frecuencia para tomar aliento. Escuchaba. El aire no transmitía ya lejanos silbidos, ni el ruido anhelante de las maquinarias. En el horizonte no se veía ni uno de esos vapores negruzcos, que el industrial ve con placer mezclados con grandes nubes. Ninguna chimenea cilíndrica o prismática arrojaba humo, después de haberse alimentado en el depósito mismo; ningún tubo de escape arrojaba su vapor blanco, como el soplo de sus pulmones. El suelo, ennegrecido en otro tiempo por el polvo del carbón, tenía una limpieza a que no estaba acostumbrada la vida de Jacobo Starr.

Cuando el ingeniero se detenía, Harry Ford se detenía también. El joven minero esperaba en silencio. Conocía muy bien lo que pasaba en el alma de su compañero, y participaba de su emoción. El hijo de la mina, cuya vida había transcurrido en las profundidades de aquel suelo.

—¡Sí, Harry, todo está cambiado! —dijo Jacobo Starr—. ¡Pero a fuerza de sacarlos, preciso era que los tesoros de hulla se agotasen alguna vez! ¡Tú te acuerdas con pena de ese tiempo!

—Sí, señor Starr, —respondió Harry—. El trabajo era duro, ¡pero interesaba como toda lucha!

—Sin duda, hijo mío. La lucha constante, el peligro de los desprendimientos, de los incendios, de las inundaciones, del grisú, que hieren como el rayo. ¡Era preciso estar preparado y combatir estos peligros! Dices bien. ¡Era la lucha, y por consiguiente la vida de emociones!

—Los mineros de Alloa han tenido más fortuna que los de Aberfoyle, señor Starr.

—Sí, Harry, —respondió el ingeniero.

—En verdad, exclamó el joven, es sensible que todo el globo terráqueo no esté únicamente compuesto de carbón. ¡Habría habido para millones de años!

—Sin duda, Harry, pero es preciso confesar que la naturaleza ha sido previsora, formando nuestro esferoide más principalmente de

gres, de calcáreas, de granito, que no puede consumir el fuego...

—¿Queréis decir que los hombres hubiesen concluido por quemar todo el globo?

—Sí, entero, hijo mío, —respondió el ingeniero—. La tierra habría pasado hasta el último átomo a los humos de las locomotoras, de las locomóviles, de los buques de vapor, de las máquinas de gas; ¡y así habría concluido nuestro mundo un día!

—¡Ya no hay ese temor, señor Starr! ¡Pero también las minas se acabarán, sin duda, más rápidamente de lo que creen los estadísticos!

—Sí, sucederá, Harry, y en mi opinión Inglaterra hace mal en cambiar su combustible por el oro de las demás naciones.

—En efecto, —respondió Harry.

—Yo sé muy bien, —contestó el ingeniero—, que ni la hidráulica ni la electricidad han dicho aún su última palabra, y que llegará un día en que estas fuerzas se utilicen más completamente. Pero no importa. ¡La hulla es de un uso tan práctico, y se presta tan fácilmente a las necesidades variadas de la industria! ¡Desgraciadamente los hombres no pueden producirla a voluntad! Si los bosques de la superficie de la tierra crecen incesantemente por la influencia del calor y del agua, los bosques interiores no se reproducen, y el globo no se encontrará ya nunca en las condiciones necesarias para volverlos a crear.

Jacobo Starr y su guía, hablando siempre, seguían su marcha con paso rápido. Una hora después de haber salido de Callander llegaban a la boca Dochart.



La persona más indiferente se hubiese impresionado ante el triste aspecto que presentaba aquella industria abandonada. Era como el esqueleto de lo que había tenido tanta vida.

En un extenso cuadro sembrado de algunos secos árboles, el suelo desaparecía aún bajo el negro polvo del combustible mineral; pero no se veían ni escorias, ni residuos ni un sólo fragmento de hulla; todo había sido recogido y consumido hacía mucho tiempo.

Sobre una colina poco elevada se destacaba el perfil de una enorme obra de madera consumida lentamente por el sol y la lluvia.

En la parte superior se descubría una gran rueda, y más abajo se veían los grandes tomos en que se arrollaban los cables que subían los cajones de combustible a la superficie del suelo.

En el piso inferior se descubría el salón arruinado de las máquinas, que en otro tiempo brillaban en las partes de su mecanismo, que eran de acero o de bronce; algunos trozos de tabique yacían en tierra en medio de vigas rotas y enverdecidas por la humedad. Restos de las palancas que movían las barras de las bombas de extracción; cojinetes rotos o aplastados, ruedas desdentadas, aparatos basculares derribados, algunos escalones fijos en los caballetes, que parecían colosales espinas de ictiosaurios, rieles unidos a alguna traviesa rota, que sostenían aún dos o tres maderos vacilantes de los tranvías, que no hubieran podido resistir el peso del más pequeño vagón vacío tal era el aspecto desolado de la mina Dochart.

Las bocas de los pozos con las piedras desunidas desaparecían bajo el espeso musgo. Aquí se veían restos de un, cajón, allá vestigios del sitio donde se almacenaba el carbón, que se clasificaba según su calidad o su magnitud. En fin, restos de cubas de que pendía un pedazo de cadena, fragmentos de caballetes gigantescos, planchas de alguna caldera rota, pistones torcidos, grandes palancas que se inclinaban sobre el agujero del pozo de las bombas, toldos que temblaban con el viento, paredes verdosas, techos agrietados que cubrían chimeneas de ladrillos desunidos, y parecían esos cañones modernos cuya culata está cubierta de anillos cilíndricos... y de todo esto resultaba una impresión, de abandono, de miseria, de tristeza, que no tienen las ruinas de un antiguo castillo de piedra, ni los restos de una fortaleza desmantelada.



—¡Esto es una desolación! —dijo Jacobo Starr mirando al joven, que no respondió... Ambos penetraron entonces bajo la techumbre que cubría el orificio del pozo Yarow, cuyas escalas daban a un acceso a las galerías inferiores de aquella boca.

El ingeniero se inclinó sobre el pozo; desde allí se oía en otro tiempo el soplo poderoso del aire aspirado por los ventiladores. Ahora era un abismo silencioso. Parecía que se asomaba al cráter de un volcán apagado.

Jacobo Starr y Harry pusieron el pie en el primer peldaño.

En la época de los trabajos había ingeniosos aparatos en algunos pozos de las minas de Aberfoyle, que bajo este punto de vista estaban perfectamente explotadas: cajones provistos de paracaídas automáticos que se deslizaban suavemente; escalas oscilantes llamadas «enginemen», que por un simple movimiento de oscilación permitían a los mineros bajar sin peligro o subir sin cansancio.

Pero estos aparatos perfeccionados habían desaparecido después de la cesación de los trabajos. No quedaba en el pozo Yarow más que una larga sucesión de escalas, separadas, por mesetas estrechas, de 50 en 50 pies. Treinta de estas escalas colocadas así, una después de otra, permitían bajar hasta la base de la galería inferior, a una profundidad de 1,500 pies. Era la única vía de comunicación que existía entre el fondo de la boca Dochart y el suelo. En cuanto a la ventilación se verificaba por el pozo Yarow, que comunicaba por medio de las galerías con otro pozo, cuyo extremo se abría a un nivel superior, saliendo naturalmente, el aire caliente por esta especie de sifón invertido.

—Te sigo, dijo el ingeniero, haciendo una seña al joven para que le precediera.

—Estoy a vuestras órdenes, señor Starr.

—¿Llevas lámpara?

—Sí y ojalá fuese la lámpara de seguridad de que nos servíamos en otro tiempo.

¡En efecto, dijo Starr, la formación de grisú no es ahora temible! Harry llevaba solamente una lámpara de aceite, cuya mecha encendió.

En la mina, vacía de carbón, no podían ya producirse las fugas de gas hidrógeno carbonado. No habiendo, pues, ninguna explosión que, temer, y ninguna necesidad de interponer entre la llama y el aire ambiente, la tela metálica que impide a este gas inflamarse, la lámpara de Davy, tan perfeccionada entonces, no tenía en este Momento aplicación.

Pero si el peligro no existía, era porque había desaparecido su causa, y con su causa el combustible, que era la riqueza de la mina Dechart.

Harry bajó los primeros peldaños de la escala superior. Jacobo Starile siguió.

Bien pronto se encontraron ambas en una oscuridad profunda,

que sólo, rompía la luz de la lámpara. El joven la elevaba por encima de su cabeza, a fin de iluminar mejor a su compañero.

Bajaron diez escalas con ese paso medurado habitual al minero. Las escalas estaban aún en muy buen estado.

Jacobo Starr, observaba curiosamente lo que la insuficiente luz de la lámpara le dejaba ver de las paredes del sombrío pozo, que conservaban aún medio podrido el revestimiento de madera.

Cuando llegaron a la quinta meseta, es decir, a la mitad del camino, se pararon algunos instantes.

—¡Decididamente, yo no tengo tus piernas, hijo mío, dijo el ingeniero, respirando largamente; pero en fin todavía puedo!

—Sois muy fuerte, señor Starr, —respondió Harry—; de algo sirve, ya lo veis, haber vivido tanto tiempo en la mina.

—Tienes razón, Harry. Cuando yo tenía veinte años, habría bajado sin respirar.

—¡Vamos, en marcha!

Pero en el momento, en que ambos iban a abandonar la meseta, oyeron una voz, aunque lejana, en las profundidades de la mina.

—¡Eh! ¡Quién está ahí! —preguntó el ingeniero deteniendo a Harry.

—No puedo decirlo, contestó el joven minero.

—¿No es vuestro anciano padre?

—¡Él! no, señor Starr.

—¿Algún vecino, entonces?...

—No tenemos vecinos en el fondo de la mina, respondió Harry. Estamos solos, completamente solos.

—¡Bueno, dejemos pasar a este intruso!, dijo Jacobo Starr. Los que bajan deben ceder el paso a los que suben.

Ambos esperaron.

La voz resonaba en aquel momento con un magnífico timbre, como si fuese conducida por un gran pabellón acústico; y pronto llegaron a los oídos del joven minero algunas palabras de una canción escocesa.

—¡La canción de los lagos! —exclamó Harry—. Me asombraría si saliera de otros labios que no fueran los de Jack Ryin.

—¿Y quién es ese Jack Ryan, que canta de un modo tan soberbio? —preguntó Jacobo Starr.

—Un antiguo camarada de la mina, respondió Harry. Después

inclinándose fuera de la meseta gritó:

—¡Eh! ¡Jack!

—¿Eres tú Harry? —contestó la voz—. Espérame que subo. Y siguió la canción perfectamente.

Algunos instantes después, aparecía en el fondo del cono luminoso que proyectaba su linterna, y ponía el pie en el descanso de la décima quinta escala, un joven alto de veinte y cinco años, de cara alegre, ojos risueños, boca sonriente, y cabellos de un rubio subido.



Lo primero que hizo fue estrechar fuertemente la mano que le tendía Harry.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte! —exclamó—. Sí yo hubiese sabido que subíais a la tierra hoy, me habría evitado estar bajado al pozo Yarow.

—El señor Jacobo Starr, —dijo entonces Harry, dirigiendo su lámpara hacia el ingeniero, que se había quedado en la sombra.

—¡El señor Starr! —respondió Jack Ryan—. ¡Ah! señor ingeniero, no lo hubiera conocido. ¡Desde que deje la mina, mis ojos no están ya acostumbrados como antes a ver en la oscuridad!

—Y yo, me acuerdo de un picarillo que estaba cantando siempre hace ya diez años, hijo mío. Sin duda eras tú.

—Yo, mismo, señor Starr; y al cambiar de oficio no he cambiado de humor. Ya lo veis.

¡Bah! Reír y cantar, creo que vale más que llorar y gemir.

Sin duda, Jack Ryan. ¿Y qué haces desde que dejaste la mina? Trabajo en la hacienda de Melrose, cerca de Invine, en el condado de Renfrew, a 40 millas de aquí. ¡Ah! Pero eso no vale lo que nuestra mina de Aberfoyle. ¡Mi mano manejaba mejor el pico que la pala o la ahijada! Además, en la vieja mina había rincones sonoros, ecos alegres, que volvían caprichosamente las canciones, mientras que allá arriba... Pero, ¿vais a visitar a viejo Simón, señor Starr?

—Sí, Jack, —respondió el ingeniero—. No quiero deteneros...

—Dime, Jack, —le preguntó Harry—, ¿qué te ha traído hoy a nuestra choza?

—Quería verte, camarada, —respondió Jack Ryan—, e invitarte a la fiesta del clan de Irvine. Ya sabes que yo soy el *Piper* de la comarca; ¡cantaremos, bailaremos!

—Gracias, Jack, pero me es imposible.

—¿Imposible?

—Sí; la visita del señor Starr puede prolongarse, y yo debo acompañarle a Callander...

—¡Bah! Harry, la fiesta del clan de Irvine no es hasta dentro de ocho días. De aquí a entonces habrá terminado la visita del señor Starr, según creo, y nada te detendrá en tu choza.

—En efecto, Harry, —respondió Jacobo Starr—. Es necesario aprovechar la invitación que te hace tu camarada Jack.

—Pues bien, acepto, dijo Harry. Dentro de ocho días nos

encontraremos en la fiesta de Irvine.

—Dentro de ocho días; convenido, —respondió Jack Ryan—. Adiós Harry. ¡Vuestro servidor señor Starr! Estoy muy contento de haber vuelto a veros. Podré, dar noticias de vos a los amigos. Nadie os ha olvidado, señor ingeniero.

—Yo tampoco he olvidado a nadie, —dijo Jacobo Starr.

—Gracias, en nombre de todos, señor, —respondió Jack Ryan.

—Adiós, Jack, —dijo Harry, apretando por última vez la mano de su camarada.

Y Jack Ryan, volviendo a su canción, desapareció enseguida en las alturas del pozo, vagamente iluminada por la lámpara.

Un cuarto de hora después, Jacobo Starr y Harry bajaban la última escala y ponían el pie en el suelo del último piso de la mina.

Alrededor de la rotonda, que formaba el fondo del pozo Yarow, radiaban diversas galerías, que habían servido para la explotación del último filón carbonífero de la mina. Penetraban en la masa de los esquistos y de los gres; la mayor parte estaban apuntalados por trapecios de gruesos maderos apenas escuadrados, y las otras cubiertas de un espeso revestimiento de piedra. Por todas partes reemplazaban las explanadas a las venas de combustible devorados por la explotación. Los pilares artificiales estaban hechos de piedras arrancadas en las canteras de las cercanías; y ahora sostenían el stielo, es decir, el doble piso de los terrenos terciarios y cuaternarios, que antes descansaban sobre el mismo depósito.

La oscuridad llenaba entonces estas galerías que antes iluminaba la lámpara de los mineros, o la luz eléctrica, cuyo uso se había introducido en la mina en los últimos años de su explotación. Pero los sombríos túneles no resonaban ya con el chirrido de los vagones, rodando sobre sus rieles, ni con el ruido de los ventiladores que se cerraban bruscamente ni con las voces de los maquinistas, ni con los relinchos de los caballos, ni de las mulas, ni con los golpes del pico del obrero, ni con las detonaciones de los barrenos que hacían estallar las rocas.

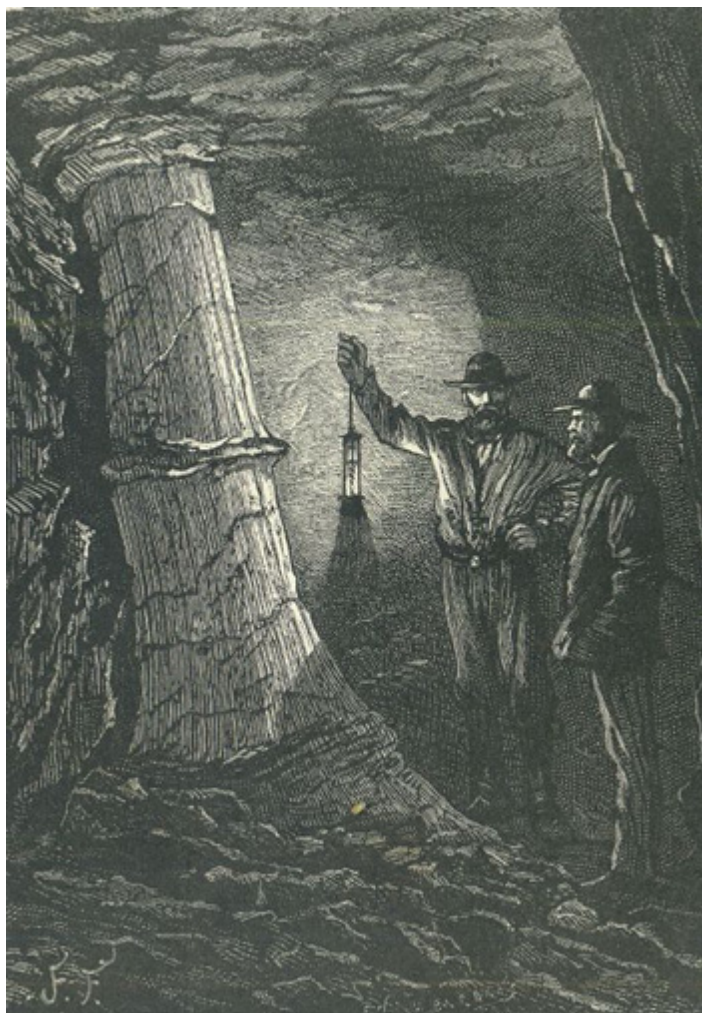
—¿Queréis descansar un instante, señor Starr? —preguntó el joven.

—No, respondió el ingeniero, porque tengo prisa por llegar a la choza del viejo Simón.

—Pues seguirme, señor Starr. Voy a guiaros; y sin embargo,

estoy seguro de que reconoceríais el camino en este oscuro dédalo de galerías.

—¡Sí, ciertamente! Tengo aún en la cabeza el plano de toda mi antigua mina.



Harry, seguido del ingeniero y levantando su lámpara para alumbrar mejor, penetró en una alta galería semejante a una nave de una catedral. Sus pies tropezaban aún en las traviesas de madera que sostenían los rieles en el tiempo de la explotación.

Pero apenas habían andado cincuenta pasos cuando una enorme

piedra vino a caer a los pies de Jacobo Starr.

—Tened cuidado, señor Starr! —exclamó Harry cogiendo del brazo al ingeniero.

—¡Una piedra, Harry! ¡Ah! estas viejas bóvedas no están ya bastante seguras sin duda, y...

—¡Señor Starr! —respondió Harry Ford—, ¡me parece que la piedra ha sido arrojada... y arrojada por la mano de un hombre!...

—¡Arrojada! —exclamó Jacobo Starr—. ¿Qué quieres decir?

—Nada, nada, señor Starr... —respondió evasivamente Harry, cuya mirada severa habría querido atravesar aquellos espesos muros—. Sigamos nuestro camino. Cogeos de mi brazo, os lo ruego, y no tengáis miedo de dar un paso en falso.

—¡Ya estoy!

Ambos hombres siguieron caminando, mientras que Harry miraba hacia atrás, proyectando el resplandor de su lámpara en las profundidades de la galería.

—¿Llegaremos pronto? —preguntó el ingeniero.

—En diez minutos a lo más.

—Bien.

—Pero, —murmuró Harry—, ¡qué extraño es esto! es la primera vez que me sucede semejante cosa. ¡Ha sido preciso que esta piedra cayese en el momento mismo en que pasábamos!...

¡Harry, no hay en eso más que una casualidad!

—¡Casualidad!... —respondió el joven meneando la cabeza—. ¡Sí... una casualidad!... —Al decir esto se detuvo y escuchó.

—¿Qué hay? —preguntó el ingeniero.

—He creído oír pasos detrás de nosotros, —respondió el joven minero, que prestó el oído más atentamente.

Después añadió:

—No, me habré equivocado. Apoyaos bien en mi brazo, señor Starr. Servíos de mí como de un báculo...

—Un robusto báculo... Harry, —respondió Jacobo Starr—. ¡No hay mejor báculo que un joven como usted. —Continuaron caminando silenciosamente por la sombría nave.

Con frecuencia Harry, que iba preocupado evidentemente, se volvía tratando de sorprender algún ruido lejano o alguna lejana luz.

Pero delante y detrás de él no había más que silencio y tinieblas.

CAPÍTULO V

LA FAMILIA FORD

Diez minutos después, Jacobo Starr y Harry salían de la galería principal.

El joven y su compañero habían llegado al fondo de una plazoleta o claro si es que puede emplearse esta palabra para designar una vasta y oscura excavación. Sin embargo, esta excavación no estaba completamente a oscuras. Llegaban a ella algunos rayos de la luz del día por la boca de un pozo abandonado, que había sido practicado en los pisos superiores. Por este conducto se establecía la ventilación en la mina Dochart. Gracias a su menor densidad el aire caliente del interior era arrastrado al pozo Yarow.

Penetraba, pues, en este espacio, un poco de aire y de luz a la vez al través de la espesa bóveda de esquisto.

Allí era donde Simón Ford y su familia habitaba hacía diez años, una mansión subterránea cavada en la masa esquistosa, en el sitio mismo en que funcionaban en otro tiempo las poderosas máquinas destinadas a la tracción mecánica de la mina Dochart.

Tal era la habitación a que él daba el nombre de choza donde residía el antiguo capataz. Gracias a cierto bienestar debido a una larga existencia de trabajo, Simón Ford hubiera podido vivir en pleno sol, en medio de los árboles, en cualquier pueblo del reino; pero él y los suyos habían preferido no abandonar la mina, donde eran felices, teniendo las mismas ideas y los mismos gustos. Sí, les agradaba aquella choza sumergida a 1,500 pies bajo el suelo escocés. Entre otras ventajas, no tenían que temer que los agentes del fisco, los *stentmaters* encargados de establecer la capitación, vinieron nunca a expulsar a los huéspedes de la mina.

En aquella época, Simón Ford, el antiguo capataz de la boca Dochart, llevaba aún vigorosamente sus sesenta y cinco años. Alto, robusto, bien formado, era uno de los más naturales *sawneys* del cantón que da tan buenos mozos a los regimientos de Highlanders.



Simón Ford descendía de una antigua familia de mineros; y su genealogía se remontaba a los primeros tiempos en que fueron explotados los depósitos carboníferos de Escocia.

Sin investigar arqueológicamente si los griegos y los romanos hicieron uso de la hulla; si los chinos utilizaron las minas de carbón

mucho antes de la era cristiana; sin discutir si realmente el combustible mineral debe su nombre al herrador Houillois, que vivía en Bélgica en el siglo XIX, puede afirmarse que las cuencas de la Gran Bretaña fueron las primeras que se explotaron regularmente. Ya en el siglo XI, Guillermo el Conquistador repartía entre sus compañeros de armas los productos de la cuenca de Newcastle. En el siglo XIII se concedió por Enrique III una licencia para la explotación del *carbón marino*. Por último, a fines del mismo siglo se hace ya mención de los depósitos de Escocia y del país de Gales.

Por este tiempo fue cuando los antepasados de Simón Ford penetraron en las entrañas del suelo de Caledonia, para no salir ya de ellas de padres a hijos. No eran más que simples obreros. Trabajaban como forzados en la extracción del combustible. Se cree que en aquella época los mineros del carbón, así como los mineros de la sal, eran verdaderos esclavos. En efecto, esta opinión estaba tan extendida en el siglo XVIII en Escocia, que durante la guerra del Pretendiente hubo temores de que veinte mil mineros de Newcastle se sublevaran para reconquistar una libertad que echaban de menos.

De todos modos, Simón Ford tenía orgullo en pertenecer a esa gran familia de mineros escoceses. Había trabajado con sus manos, allí mismo donde sus antepasados habían manejado el pico, la palanca y el azadón.

A los treinta años era capataz de la mina Dochart, la más importante de todas las de Aberfoyle. Tenía pasión por su oficio. Durante muchos años trabajó con gran celo. Su única pena era ver disminuirse la capa carbonífera y prever la hora cercana en que se agotase el combustible.

Entonces se dedicó a la investigación de nuevos filones en toda la extensión de las minas de Alberfoyle, que comunicaban entre sí debajo de tierra. Había tenido la fortuna de descubrir algunos durante el último período de explotación. Su instinto de minero le servía maravillosamente, y el ingeniero Jacobo Starr le apreciaba mucho. Parecía que adivinaba los depósitos de carbón en las entrañas de la mina, como el horóscopo adivina los manantiales bajo la superficie de la tierra.

Pero llegó el momento, según hemos dicho, en que la materia

combustible faltó del todo en la mina. Por más que se sondeó no se encontró ningún resultado. Se adquirió la evidencia de que el depósito carbonífero estaba completamente agotado. La explotación cesó: los mineros se retiraron.

¿Habrà quién lo crea? Aquello fue una desesperación para la mayor parte. Todos los que saben que el hombre en el fondo toma cariño a sus mismas penas no lo extrañarán.

Simón Ford fue sin duda el más contrariado. Era por excelencia el tipo del minero, cuya vida está indisolublemente unida a la de su mina. Desde su nacimiento no había cesado de habitarla; y cuando los trabajos fueron abandonados, quiso vivir allí todavía. Se quedó, pues; Harry, su hijo, se encargó de preparar la habitación subterránea, pero en cuanto a él no había vuelto a subir a la superficie del suelo diez veces en diez años.

—¿Ir arriba?, ¿a qué? —repetía, y no abandonaba su sombría morada.

En aquella atmósfera perfectamente sana, en una temperatura siempre constante, el viejo capataz no conocía ni los calores del estío, ni los fríos del invierno. Todos los suyos estaban bueno!: ¿Qué más podía desear? En el fondo estaba seriamente entristecido. Echaba de menos la animación, el movimiento, la vida de otro tiempo en aquella mina tan laboriosamente, explotada: sin embargo, le sostenía una idea fija.

—¡No, no, la mina no está agotada!, decía siempre.

Y seguramente se habría conquistado sus antipatías el que en su presencia hubiese puesto en duda, que algún día la antigua Aberfoyle resucitaría de entre los muertos. No había, pues abandonado nunca la esperanza de descubrir una nueva capa que devolviese a la mina su esplendor pasado. Habría vuelto a coger con gusto el pico del minero, y sus brazos, robustos aún, habrían atacado vigorosamente a la roca. Andaba siempre por las oscuras galerías, solo, o acompañado de su hijo, buscando, observando, para volver a entrar cada día más cansado y más desesperado en su choza.



La digna compañera de Simón Ford era Margarita, alta y fuerte, la *good-wife* (la buena mujer) según la expresión escocesa, que lo mismo que su marido no quiso abandonar la mina. Participaba de todas sus penas. Le animaba, le impulsaba, le hablaba con cierta gravedad, que enardecía el corazón del viejo capataz.

—Aberfoyle no está más que dormida, le decía ella. Tú tienes razón. Esto no es más que un reposo; ¡no es la muerte! Margarita sabía también prescindir del mundo exterior y concentrar la felicidad en la existencia de tres personas en aquella oscura choza.

A esta choza, pues, llegó Jacobo Starr.

El ingeniero era muy esperado. Simón Ford estaba de pie en la puerta, y apenas la lámpara de Harry le anunció la llegada de su antiguo *viewer*, se adelantó hacia él.

—¡Sed, bienvenido, señor Starr! Le gritó con una voz que resonaba bajo la bóveda de esquisto. ¡Sed bienvenido a la choza del pobre capataz! ¡La casa, de la familia Ford no es menos hospitalaria por que esté enterrada a mil quinientos pies bajo la tierra!

—¿Cómo, estáis, bravo Simón? —preguntó Jacobo Starr, estrechando la mano que le tendía su huésped.

—Muy bien, señor Starr. ¿Y cómo había de pasarlo mal aquí, al abrigo de toda la intemperie? Vuestras señoras, que van a respirar los aires de Newhaven a Porto-bello durante el verano, harían mejor en pasar algunos meses en Aberfoyle. No se expondrían a coger algún fuerte catarro, como en las húmedas calles de nuestra capital.

No os contradiré yo, Simón, —respondió Jacobo Starr, que se alegraba de encontrar al viejo capataz lo mismo que estaba hacía mucho tiempo—. ¡En verdad que yo me pregunto por qué no cambio mi casa en Canongate por alguna choza próxima a la vuestra!

—¡Ah, señor Starr, conozco uno de vuestros antiguos mineros, a quien encantaría el que no hubiera entre vos y él más que una pared de medianería!

—¿Y Magde?... —preguntó, el ingeniero.

Mi buena mujer está aún mejor que yo, si es posible, respondió Simón Ford, y está contentísima porque va a veros a su mesa. ¡Creo que se excederá a sí misma para recibirlos!

—¡Ya veremos, Simón, ya veremos! —dijo el ingeniero, que no podía permanecer indiferente al anuncio de un buen almuerzo después de su largo viaje.

—¿Tenéis hambre, señor Starr?

—¡Sí; positivamente hambre! El viaje me ha abierto el apetito. ¡He venido con un tiempo horrible!...

—¡Ah! ¿Llueve allá arriba? —respondió Simón Ford con un aspecto notable de compasión.

—Sí, Simón; y las aguas del Forth están hoy agitadas como la del mar.

—Pues bien, señor Starr, aquí no llueve nunca; pero no debo

deciros las ventajas que gozamos, y que conocéis tan bien como yo. Ya estáis en la choza. Esto es lo principal. ¡Sed bienvenido, os lo repito!

Simón Ford, seguido de Harry, hizo entrar en la habitación, a Jacobo Starr, que se encontró en medio de una ancha sala iluminada por varias lámparas, una de las cuales pendía de las vigas coloreadas del techo.

La mesa, cubierta de un mantel de frescos colores no esperaba más que a los convidados, para los cuales había cuatro sillas forradas de cuero.

—Buenos días, Madge, —dijo el ingeniero.

—Buenos días, señor Starr, —respondió la escocesa, que se levantó para recibir a su huésped.

—Os vuelvo a ver con mucho gusto, Madge.

—Y hacéis bien, Porque es un placer el volver a ver a aquellos para quienes uno ha sido siempre bueno.

—Mujer, la sopa espera, —dijo Simón Ford—, y no conviene hacerla esperar, ni tampoco al señor Starr. Tiene un hambre de minero, y va a ver que nuestro hijo no nos hace carecer de nada en nuestra choza.

—A propósito Harry, —añadió el capataz volviéndose hacia su hijo—, Jack Ryan ha venido a verte.

Ya lo sé, padre. Le hemos encontrado en el pozo Yarow.

—Es un buen camarada, muy alegre, —dijo Simon Ford—. ¡Pero parece que se divierte allá arriba! No tenía verdadera sangre de minero en las venas.

—A la mesa señor Starr, y almorcemos abundantemente, porque es posible que no podamos comer hasta muy tarde.

En el momento en que el ingeniero y los huéspedes iban a sentarse a la mesa, dijo Jacobo Starr:

—Un instante, Simón. ¿Queréis que almuerce con buen apetito?

—Eso será honramos todo lo posible, señor Starr, —respondió Simón Ford.

—Pues bien, es preciso para ello no estar preocupado. Y yo tengo dos preguntas que haceros.

—Decid señor Starr.

—¿Vuestra carta me dice que me comunicaríais una cosa que me interesaría?

—Es muy interesante, en efecto.

—¿Para vos?

—Para vos y para mí, señor Starr. Pero no quiero decíroslo sino después de la comida y en el lugar mismo a que se refiere. Sin esta condición no me creeríais.

—Simón, —añadió el ingeniero—... miradme bien... aquí... a los ojos. ¿Una comunicación interesante?

—Sí... ¡Bueno!

—No os pregunto más, añadió, —como si hubiese leído la respuesta que esperaba en los ojos del capataz.

—¿Y la segunda pregunta? —le dijo éste.

—¿Sabéis Simón, quién sea la persona que haya podido escribirme esto? —respondió el ingeniero, enseñándole la carta anónima que había recibido.

Simón Ford la tomó, y la leyó atentamente. Después, enseñándosela a su hijo:

—¿Conoces esta letra? —le dijo.

—No, padre, —contestó Harry.

—¿Y tiene el sello de la administración de correos de Aberfoyle? —preguntó Simón al ingeniero.

—Sí; como la vuestra; —respondió Jacobo Starr.

—¿Qué piensas tú de esto, Harry?, —dijo Simón Ford, cuya frente se nubló un instante.

—Pienso, padre, —contestó Harry—, que hay alguien que ha tenido un interés cualquiera en impedir al señor Jacobo Starr venir a la cita que le habíais dado.

—¡Pero qué! —exclamó el viejo minero—. ¿Quién ha podido penetrar tan adelante en el secreto de mi pensamiento?...

Y Simón Ford cayó en una meditación de que le sacó la voz de Margarita.

—Sentémonos, señor Starr —dijo—. La sopa se va a enfriar. Por ahora no pensemos en esa carta.

Y a la invitación de la buena mujer cada uno se sentó en su sitio. Jacobo Starr, enfrente de Margarita para servirla, y el padre y el hijo, también uno enfrente de otro.

Fue una buena comida escocesa. Comieron primero un «hotchpotch», sopa en cuyo excelente caldo nadaban pedazos de carne. Según decía Simón Ford, su compañera no tenía rival en esto

de preparar el «hotchpotch».

Lo mismo decía del «cockylecky», guisado de gallina con puerros, que no mereció más que elogios.

El todo fue regado con una excelente cerveza de las mejores fábricas de Edimburgo. Pero el plato principal consistió en un «haggis», pudding nacional hecho de carnes y fécula de cebada. Este notable plato que inspiró al poeta Bums una de sus mejores odas, tuvo la suerte reservada a todas las cosas buenas de este mundo: pasó como un sueño.

Margarita recibió los sinceros cumplimientos de su huésped.

El almuerzo terminó por unos postres compuestos de queso y «cakes», pasta de avena delicadamente preparada, acompañada de algunas copas de «usquebauh», excelente aguardiente de uva que tenía veinte y cinco años, justamente la edad de Harry.

El almuerzo duró muy bien una hora. Jacobo Starr y Simón Ford no sólo habían comido, sino hablado en abundancia, principalmente del pasado de la mina Aberfoyle.

Harry había sido el más callado. Dos veces había abandonado la mesa y aún la casa. Era evidente que sentía alguna inquietud desde el incidente de la piedra, y quería observar los alrededores de la choza. La carta anónima tampoco era cosa que le tranquilizaba. Durante una de estas ausencias el ingeniero dijo a Simón Ford y a Margarita:

—Tenéis un bravo mozo, amigos míos.

—Sí, señor Starr, es un ser bueno y leal, —respondió con presteza el capataz.

—¿Y está contento con vos en la choza?

—No quiere abandonarnos.

—¿Pensaréis en casarle, sin embargo?

—¡Casar a Harry! —exclamó Simón Ford...— ¿Y con quién? Con una joven de allá arriba, que pensaría en fiestas y en bailes y que preferiría su clan a nuestra mina. Harry no querría...

—Simón, —dijo Margarita—, no exigirás sin embargo que nuestro Harry no se case nunca.

—Yo no exigiré nada, respondió el capataz; pero eso no nos apura ahora. Quién sabe si no le encontraremos...

Harry entró en este momento y Simón Ford se calló.

Cuando Margarita se levantó de la mesa, todos la imitaron y

fueron a sentarse un momento a la puerta de la choza.

—Simón, —dijo el ingeniero—, ya os escucho.

—Señor Starr, —respondió Simón Ford—, no tengo necesidad de vuestros oídos, sino de vuestras piernas ¿habéis descansado ya?

—Estoy descansado y reanimado, Simón, y dispuesto a acompañaros donde queráis.

—Harry, —dijo Simón, volviéndose hacia su hijo—, enciende nuestras lámparas de seguridad.

—¿Vais a llevar lámparas de seguridad? —exclamó Jacobo Starr bastante sorprendido, porque en una mina sin carbón no había que temer las explosiones del hidrógeno carbonado.

—Sí, señor Starr, por prudencia.

—¿Me vais a aconsejar también que me ponga un traje de minero?

—¡Aún no, señor Starr! ¡Aún no! —respondió el excapataz cuyos ojos brillaron extraordinariamente en sus profundas órbitas.

Harry, que había entrado en la choza, salió casi enseguida trayendo tres lámparas de seguridad.

Dio una al ingeniero, otra a su padre, y se quedó con la tercera en la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba un largo bastón.



—¡En marcha! —dijo Simón Ford, que cogió un fuerte pico que estaba a la puerta de la choza.

—¡En marcha! —repitió el ingeniero—. ¡Hasta la vista, Magde!

—¡Dios os asista! —respondió la escocesa.

—Una buena cena ¿oyes? —dijo Simón Ford—. Tendremos hambre a la vuelta, y la honraremos.

CAPÍTULO VI

ALGUNOS FENÓMENOS INEXPLICABLES

Sabido es lo que son las supersticiones en la alta y baja Escocia. En algunos clanes los arrendatarios, reunidos por las noches, se complacen en repetir los cuentos tomados del repertorio de la mitología hiperbórea; la instrucción aunque muy extendida en el país, no ha podido reducir aún al estado de ficciones estas leyendas, que parecen inherentes al suelo mismo de la antigua Caledonia. Aquel es aún el país de los aparecidos, de los duendes y de las hadas. Allí se cree siempre en el genio malhechor que no se aleja sino por medio de dinero; en el «Seer» de los *Highlanders*, que por la virtud de la doble vista predice las muertes próximas; en él «May-Moullach» que se presenta bajo la forma de una joven de brazos cubiertos de vello, y anuncia a las familias las desgracias que les amenazan; en la hada «Braushie», que profetiza los acontecimientos funestos; en los «Brawnies» a quienes está confiada la conservación del mobiliario doméstico; en el «Urisk», que frecuenta más particularmente las salvajes gargantas del lago Katrine, y en tantas otras.

No hay para qué decir que la población de las minas debía suministrar su contingente de leyendas y de fábulas a este repertorio mitológico. Si las montañas de la Alta Escocia están pobladas de seres quiméricos, buenos o malos, con mayor razón deben las sombrías minas estar llenas de ellos, hasta en sus últimas profundidades. ¿Quién hace temblar los depósitos en las noches de tempestad? ¿Quién da la huella del filón, aún no explotado? ¿Quién enciende el hidrógeno carbonado y preside las terribles explosiones, sino algún genio de la mina? Ésta era a lo menos, la opinión

comúnmente extendida entre esos supersticiosos escoceses. En verdad la mayor parte de los mineros creían gustosos en lo fantástico, cuando no se trataba, más que de fenómenos puramente físicos; y se habría perdido el tiempo en querer desengañarlos. ¿Dónde podría desarrollarse más libremente la credulidad que en el fondo de estos abismos? Y las minas de Aberfoyle, precisamente porque eran empleadas en el país de las leyendas, debían presentarse más naturalmente a todos los incidentes de lo sobrenatural.

Así, pues, las leyendas abundaban allí. Es preciso decir también que ciertos fenómenos, no explicados, hasta entonces, debían dar un nuevo alimento a la credulidad pública.

En el primer lugar, entre los supersticiosos de la mina Dochart, figuraba Jack Ryan, el Camarada de Harry. Era el mayor partidario que se ha visto de lo sobrenatural. Transformaba todas estas historias fantásticas en canciones, que le valían grandes elogios en las veladas del invierno.

Pero Jack Ryan no era el único que hacía gala de su credulidad. Sus camaradas afirmaban, con no menor publicidad, que las galerías de Aberfoyle estaban encantadas, que ciertos seres incorpóreos vagaban y se aparecían en ellas, como si fuese en las altas tierras de Escocia. Y al oírlos se creería que lo extraordinario sería que esto no sucediese. En efecto, ¿hay algo más propio que una sombría y profunda mina para los caprichos de los genios, de los duendes, de los espíritus y de los demás actores de los dramas fantásticos? Su decoración estaba preparada, ¿por qué esos personajes sobrenaturales no habían de ir a representar su papel? Así razonaban Jack Ryan y sus camaradas de las minas Aberfoyle. Hemos dicho ya que las diferentes bocas se comunicaban entre sí por largas galerías subterráneas entre los filones. Había, pues, bajo el suelo del condado de Stirling una enorme masa mineral cruzada de túneles, atijereada por pozos; una especie de hipogeo de laberinto subterráneo, que parecía un inmenso hormiguero.

Los mineros de los diversos departamentos se encontraban con frecuencia cuando iban o venían a su trabajo de explotación: de aquí provenía la constante facilidad del trato y de comunicar de uno a otro departamento las historias que tomaban su origen en la misma mina. Las narraciones se transmitían así con una rapidez

maravillosa, pasando de boca en boca, y creciendo, como siempre sucede.

Sin embargo, dos hombres más instruidos, de temperamento más positivo que los demás, habían resistido siempre esta corriente; y no admitían de ninguna manera la intervención de los duendes, de los genios y de las hadas.

Eran Simón Ford y su hijo. Y lo probaron bien con seguir viviendo en la sombría cripta, después del abandono de la mina. Tal vez la buena Margarita tenía alguna afición a lo sobrenatural, como toda escocesa. Pero se veía reducida a contarse a sí misma estas historias de apariciones; lo que por otra parte hacía con mucha conciencia, para no perder la tradición.

Aunque Simón y Harry Ford hubiesen sido tan crédulos como sus compañeros no por eso habrían abandonado la mina a los genios y a las hadas. La esperanza de descubrir un nuevo filón les habría hecho desafiar a todas las legiones de duendes. No eran crédulos; no eran creyentes más que respecto de un sólo punto: no podían admitir que el depósito carbonífero de Aberfoyle estuviese totalmente agotado. Puede decirse con exactitud que Simón Ford y su hijo tenían en este punto la fe del carbonero, esta fe en Dios que nada puede conmover.

Así es que hacía diez años, sin faltar un día, que obstinados, inmutables en sus convicciones, el padre y el hijo cogían su pico, su palo y su lámpara e iban buscando, tanteando la roca, con golpes secos, y escuchando si producía un sonido favorable.

Mientras que las explotaciones no llegasen al granito del terreno primario, Simón y Harry Ford estaban de acuerdo en que la investigación inútil hoy, podía ser útil mañana; y que no debía ser abandonada. Se habían propuesto pasar la vida entera tratando de volver a la mina de Aberfoyle su antigua prosperidad. Si el padre sucumbió antes de encontrar un éxito feliz, el hijo debería tomar la empresa por sí solo.

Al mismo tiempo estos dos guardianes apasionados de la ruina, la visitaban bajo el punto de vista de su conservación. Se aseguraban de la solidez de sus pisos y de las bóvedas. Estudiaban si había que temer un desprendimiento o si era urgente condenar algún trozo. Examinaban las filtraciones de las aguas superiores, las derribaban y las canalizaban, dirigiéndolas a un sumidero. En fin, se

habían constituido voluntariamente en protectores y conservadores de, aquel dominio improductivo, del cual había salido tanta riqueza convertida después en humo.

En alguna de estas excursiones, Harry particularmente, se quedó admirado ante ciertos fenómenos, cuya explicación buscaba en vano.

Varias veces, cuando seguía algunas estrechas contra galerías, le pareció oír ruidos análogos a los que hubiesen podido producir los violentos golpes de un pico, sobre la pared.

Harry, a quien no asustaba lo sobrenatural más que lo natural, había acelerado el paso para sorprender la causa de este misterioso trabajo.

Pero el túnel estaba desierto. La lámpara del joven minero, llevada por toda la pared no permitía descubrir ninguna huella reciente del pico, ni del azadón. Harry se preguntaba entonces si era juguete de alguna ilusión acústica, o de, algún caprichoso o fantástico eco.

Otras veces, al proyectar súbitamente una luz fuerte hacia algún rincón sospechoso, había creído ver pasar una sombra. Se había lanzado tras ella... ¡Nada! A pesar de que no había ninguna salida que hubiese permitido a un ser humano huir de su persecución.

Por dos veces en un mes, Harry, visitando la parte occidental de la mina, había oído claramente detonaciones lejanas, como si algún minero hubiese hecho estallar un cartucho de dinamita.

La última vez, después de minuciosas investigaciones, había reconocido que un pilar se había desviado por una explosión subterránea.

Harry, examinó atentamente a la luz de su lámpara la pared atacada por la minadora.



No estaba formada de una simple nivelación de piedras, sino de un muro de esquisto, que había penetrado hasta esta profundidad en el piso del depósito carbonífero. Aquel barreno ¿había tenido por objeto buscar un nuevo filón? ¿No se había querido producir más que un desprendimiento de parte de aquella pared de la mina? Esto fue lo que se preguntó Harry, y cuando dio a conocer este hecho a su padre, ni el viejo capataz, ni él, pudieron resolver la cuestión de un modo satisfactorio.

—Es singular, se decía muchas veces Harry; la presencia en la

mina de un ser desconocido, parece imposible, y sin embargo, ya no puede ponerse en duda. ¿Habrá alguno más que nosotros que busque también si existe alguna vena explotable? ¿O más bien tratará de aniquilar lo que quede de las minas de Aberfoyle? ¿Pero con qué objeto? ¡Yo lo averiguaré aunque me haya de costar la vida! Quince días antes de éste en que Harry Ford guiaba al ingeniero por el dédalo de la mina Dochart, había creído llegar al fin de sus investigaciones.

Recorría la extremidad Suroeste de la mina, con un poderoso farol en la mano.

De repente le pareció ver que acababa de apagarse una luz, como a unos cien pasos delante de él, en el fondo de una estrecha chimenea, que cortaba oblicuamente el muro. Se precipitó hacia la luz sospechosa...

¡Trabajo inútil! Como Harry no admitía para los hechos físicos explicación sobrenatural, dedujo de aquí que realmente vagaba por la mina un ser desconocido. Pero por más que hizo, registrando con el mayor cuidado, hasta los menores rincones de la galería, el ser desconocido había desaparecido y no pudo llegar a ninguna certidumbre.

Harry se encomendó, pues, a la casualidad para descubrir este misterio. De tiempo en tiempo volvió a ver aparecer resplandores que vagaban de un lado a otro como fuegos fatuos, pero su aparición duraba lo que un relámpago; y era preciso renunciar a descubrir su causa.

Si Jack Ryan y los demás supersticiosos de la mina hubiesen visto estas luces fantásticas, no habrían dejado seguramente de creer en algo sobrenatural.

Pero Harry no pensaba en ello siquiera. El viejo Simón tampoco. Y cuando hablaban los dos de estos fenómenos, debidos indudablemente a una causa física, decía el capataz:

¡Hijo mío, esperemos! ¡Todo esto se explicará algún día! Sin embargo, preciso es observar que nunca hasta entonces, ni Harry ni su padre habían sido objeto de ningún acto de violencia.

Si la piedra que había caído aquel mismo día a los pies de Jacobo Starr había sido lanzada por la mano de un malhechor, era el primer acto criminal de este género.

Interrogado el ingeniero, fue de opinión que la piedra se había

desprendido de la bóveda de la galería. Pero Harry no admitió una explicación tan sencilla. La piedra, según él, no había caído, sino que había sido arrojada. Al menos de no haber chocado antes con otro cuerpo, no hubiese descrito una trayectoria; si no hubiera sido puesta en movimiento por una fuerza extraña.

Harry veía, pues, en esto una tentativa directa contra él y contra su padre, y tal vez contra el ingeniero también. Después de lo que sabemos, hay que convenir en que tenía algún fundamento esta sospecha.

CAPÍTULO VII

UN EXPERIMENTO DE SIMON FORD

Daba la hora del medio día en el antiguo reloj de madera de la sala, cuando Jacobo Starr y sus dos compañeros salían de la choza.

La luz que penetraba por el pozo de ventilación iluminaba vagamente la rotonda. La lámpara de Harry hubiese sido inútil entonces; pero no debía tardar en servir, porque el viejo capataz iba a conducir al ingeniero al mismo extremo de la mina Dochart.

Después de haber seguido por espacio de dos millas la galería principal, los tres exploradores ya se verá que se trataba de una exploración llegaron a la entrada de un estrecho túnel; era como una nave de menor altura, cuya bóveda descansaba sobre una armadura de madera tapizada de una especie de musgo blanquecino. Seguía, sobre poco más o menos, la línea que trazaba a 1,500 pies de altura el curso del Forth.

Por si Jacobo Starr hubiese olvidado algún detalle del dédalo de la mina Dochart, Simon Ford tenía cuidado de irle explicando la disposición del plano general, comparándole con el trazado geográfico del suelo.

Jacobo Starr y Simón Ford iban, pues, andando y hablando.

Delante iba Harry alumbrando el camino, trataba de descubrir alguna sombra sospechosa, proyectando bruscamente los vivos resplandores de la lámpara, sobre las oscuras sinuosidades de la pared.

—¿Vamos muy lejos? —preguntó a Simón el ingeniero.

—Nos falta aún media milla, señor Starr. ¡En otro tiempo habríamos recorrido este camino en carruaje por los tranvías mecánicos! ¡Pero cuán lejos están aquellos tiempos!

—¿Nos dirigimos hacia el extremo del último filón? —preguntó Jacobo Starr.

—Sí; veo que aún conocéis muy bien la mina.

—¡Oh! Simón, sería difícil ir más lejos, si no me equivoco.

—En efecto, señor Starr. ¡Allí es donde nuestros azadones arrancaron el último pedazo de hulla del depósito! ¡Lo recuerdo como si fuese ahora mismo! ¡Yo fui quien dio este último golpe, que resonó en mi pecho más violentamente que en la roca! ¡Ya no había más que arena o esquistos a nuestro alrededor; y cuando el vagón de cargo rodó hacia el pozo de extracción le seguí con el corazón conmovido, como se sigue el entierro de un pobre! ¡Me parecía que se iba con él el alma de la mina! —La gravedad con que el viejo capataz pronunció estas palabras, impresionó al ingeniero, que estaba dispuesto a participar de tales sentimientos. Los mismos que los del marino qué abandona su buque desamparado, los del noble que ve arruinarse la casa de sus antepasados, Jacobo Starr estrechó la mano de Simón Ford. Pero a su vez éste tomó la mano del ingeniero, y oprimiéndola fuertemente, dijo:

—¡Ese día nos equivocamos todos! No. ¡La mina no estaba muerta! ¡No era un cadáver que los mineros abandonaban! ¡Me atrevo a aseguraros, señor Starr, que su corazón late todavía!

—¡Hablad, Simón! ¿Habéis descubierto, un nuevo filón? —preguntó el ingeniero, que no fue dueño de contenerse—. ¡Ya lo sabía! ¡Vuestra carta no podía significar otra cosa! ¡Una noticia que darme, y en la mina Dochart! ¿Qué hubiera podido interesarte más que el descubrimiento de una capa carbonífera?...

—Señor Starr, —respondió Simón Ford, no he querido indicarlo a nada más que a vos.

—Habéis hecho muy bien, Simón, Pero, decidme, ¿cómo, por qué medios habéis adquirido la seguridad?...

—Escuchadme, señor Starr, —respondió Simón Ford—. No es un depósito lo que yo he encontrado...

¿Pues qué es?

—Es solamente la prueba de que ese depósito.

—¿Y es prueba?...

—¿Podéis creer que se desprende el carburo de hidrógeno de las entrañas del suelo, si no hay hulla que lo produzca?

—No, ciertamente, respondió el ingeniero. Sin carbono no hay

carburos. No hay efecto sin causa...

—¿Como no hay humo sin fuego!

—¿Y habéis demostrado de nuevo la presencia del hidrógeno protocarbonado?...

—Un minero veterano no se dejaría engañar, —respondió Simón Ford—. ¡He reconocido a nuestro antiguo enemigo: el carburo!

—¡Pero, y si fuese otro gas! —dijo Jacobo Starr—. El carburo es casi inodoro, incoloro. Su presencia le vende casi sólo por la explosión...

—Señor Starr, —respondió Simón Ford—, ¿queréis permitirme que os cuente lo que he hecho... y cómo lo he hecho..., a mi manera, evitándome rodeos?

Jacobo Starr conocía al excapataz y sabía que lo mejor era dejarle hablar.

—Señor Starr, continuó Simón Ford, en diez años no se ha pasado un sólo día en que Harry y yo no hayamos pensado en volver a la mina su antigua prosperidad. ¡No! ¡ni un día! Si existiera un nuevo depósito estábamos decididos a descubrirlo. ¿Qué medios emplear? ¿La sonda? No nos era posible. Pero teníamos el instinto del minero; y muchas veces se va más derecho al fin por el instinto que por la razón. A lo menos ésta es mi creencia...

—Que yo no contradigo, —respondió el ingeniero.

—Harry había observado una o dos veces durante sus excursiones en el occidente de la mina, resplandores que se apagaban enseguida, y que aparecían algunas veces al través del esquisto o del piso de las galerías extremas. ¿Qué causa encendía estos resplandores? No podía, ni puedo decirlo aún. Pero seguramente estos fuegos no eran producidos sino por la presencia del hidrógeno carbonado, y para mí el hidrógeno carbonado es el filón de hulla.

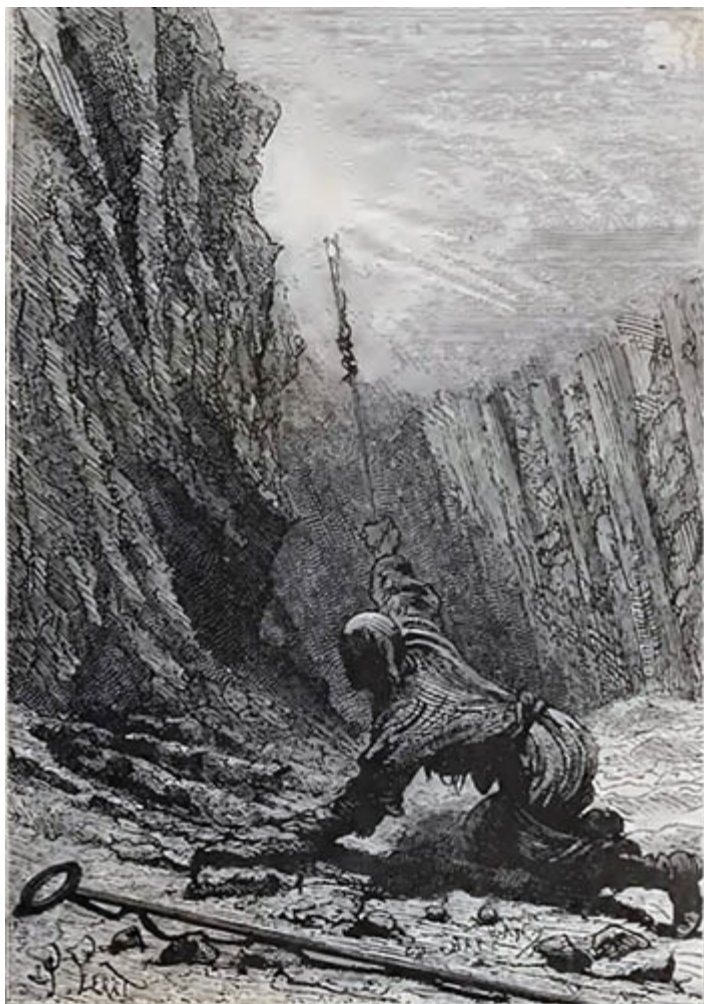
—¿Y no producían ninguna explosión? —preguntó vivamente el ingeniero.

Sí; pequeñas explosiones parciales respondió Simón Ford, que he provocado yo mismo, cuando he querido cerciorarme de la presencia de este gas. ¿Os acordáis de qué modo se evitaba antiguamente la explosión en las minas, antes que nuestro buen genio, Humphy Davy, inventase su lámpara de seguridad?

—Sí, —respondió Jacobo Starr—. ¿Queréis hablar del

«penitente»? Pero yo no lo he visto practicar nunca.

—En efecto, señor Starr, sois demasiado joven, a pesar de vuestros cincuenta y cinco años, para haberlo visto. Pero yo, con diez años más que vos, he visto funcionar al último penitente de la mina. Se le llamaba así porque llevaba un largo hábito de fraile. Su verdadero nombre era «fireman»; hombre de fuego. En aquella época no había otro medio de destruir el gas maléfico que descomponiéndole por medio de pequeñas explosiones, antes de que su ligereza le condenase a grandes cantidades en lo alto de las galerías. He aquí por qué el penitente, con el rostro enmascarado, la cabeza cubierta con un capuchón y el cuerpo envuelto en su sayal, iba arrastrándose por el suelo.



Respiraba en las capas inferiores cuyo aire es puro, y en la mano derecha llevaba, elevándola por encima de su cabeza, una antorcha encendida. Cuando el carburo se encontraba mezclado con el aire formando una mezcla detonante, se producía la explosión sin ser funesta; y renovando varias veces esta operación, se conseguía evitar las catástrofes. Alguna vez el penitente, herido por la explosión, moría. Otro le reemplazaba.

Así se hacía hasta que la lámpara de Davy fue adoptada en todas las minas. Pero yo conocía este procedimiento, y es el que he

empleado y el que me ha hecho conocer la presencia del carburo de hidrógeno, y por consiguiente la de un nuevo depósito carbonífero en la mina Dochart.

Todo lo que el capataz había dicho respecto del penitente era rigurosamente exacto. Así se hacía antiguamente en las minas de carbón para purificar el aire de las galerías.

El hidrógeno protocarbonado o gas de los pantanos incoloro, casi inodoro, con un poder poco iluminante, es impropio para la respiración. El minero no podría vivir en una atmósfera de este gas maléfico, del mismo modo que no podría vivir en un gasómetro lleno de gas del alumbrado.

Además lo mismo que éste, que es el hidrógeno bicarbonado, el grisú forma una mezcla detonante así que se une al aire en una proporción de ocho y aún de cinco por ciento. La inflamación se produce por una causa cualquiera, y se origina una explosión casi siempre acompañada de catástrofes espantosas.

Para evitar este peligro se usa la lámpara de Davy, en que oscilando la llama de la luz en un tubo de tela metálica, quema el gas en el interior del tubo, sin dejar que la inflamación se propague al exterior. Esta lámpara de seguridad ha sido modificada de mil maneras. Si llega a romperse, se apaga. Si a pesar de la prohibición formal que se ordena siempre, el minero quiere abrirla, se apaga también. ¿Por qué, pues, hay todavía explosiones? Porque nada puede evitar la imprudencia del obrero que quiere encender su pipa, ni el choque de una herramienta que puede producir una chispa.

No todas las minas están infectadas por este gas. En aquellas en que no se produce, está autorizado el uso de la lámpara ordinaria. Tal es entre otras la mina Thiers en la cuenca de Anzin. Pero cuando la hulla del depósito es grasa, contiene cierta cantidad de materias volátiles, y el carburo se forma en gran abundancia.

La lámpara de seguridad está hecha de manera que impide siempre las explosiones, que son tanto más terribles, cuanto que los mineros que no han sido directamente atacados por ella, corren también el peligro, de quedar asfixiados instantáneamente en las galerías, por el gas deletéreo que se forma después de la explosión; es decir, por el ácido carbónico.

Siguiendo el camino Simón Ford explicó al ingeniero lo que

había hecho para llegar a su objeto, y cómo se había cerciorado de que el desprendimiento del hidrógeno protocarbonado se verificaba en el fondo mismo del extremo de la galería, en la parte occidental; de qué manera había conseguido, con la aproximación de la llama a las láminas de esquisto, algunas explosiones parciales, o más bien ciertas inflamaciones, que no dejaban duda alguna sobre la naturaleza del gas, cuya fuga se verificaba en pequeñas dosis; pero de una manera constante.

Una hora después de haber abandonado la choza, Jacobo Starr y sus dos compañeros habían recorrido una distancia de cuatro millas. El ingeniero impulsado por el deseo y la esperanza, había andado este camino, sin pensar remotamente en su extensión. Reflexionaba sobre todo lo que le decía el minero veterano. Pesaba mentalmente los argumentos que éste le daba en favor de su tesis. Creía como él que esta emisión continua de hidrógeno protocarbonado, indicaba con certidumbre la existencia de un depósito de hulla. Si no hubiese habido más que una especie de balsa llena de gas, como sucede algunas veces entre los esquistos, se habría vaciado prontamente y el fenómeno habría desaparecido. Pero lejos de suceder esto, según decía Simón Ford, el hidrógeno se desprendía sin cesar, y por lo tanto podía deducirse de aquí la existencia de un importante filón carbonífero. En consecuencia las riquezas de la mina Dochart, podían no haberse agotado completamente. Pero ¿se trataba de una capa cuyo producto sería poco importante, o de un depósito que ocuparía una gran extensión del piso del terreno carbonífero? Aquí estaba verdaderamente la cuestión principal.

Harry que precedía a su padre y al ingeniero, se detuvo.

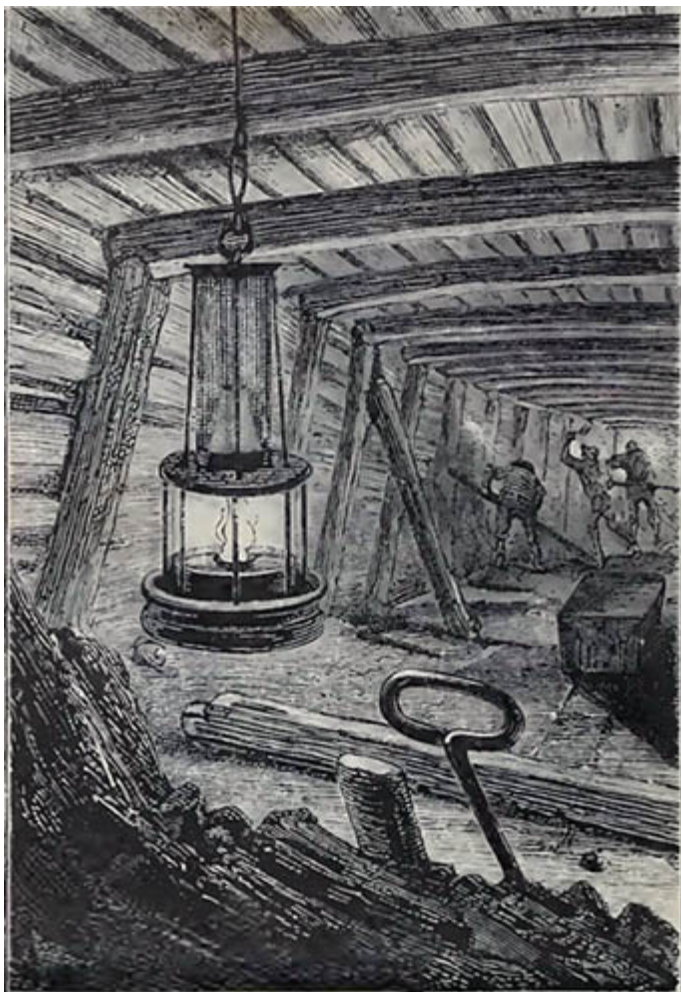
—Ya hemos llegado, dijo el viejo. Gracias a Dios, señor Starr, estáis aquí y vamos a saber...

La voz firme del pobre hombre temblaba ligeramente.

Mi querido Simón, le dijo el ingeniero, ¡calmaos! ¡Estoy tan conmovido como vos; pero no conviene perder el tiempo! El extremo de la galería formaba ensanchándose, una especie de caverna oscura. En aquel sitio no se había hecho ningún pozo, y la galería profundamente excavada en las entrañas de la tierra, no tenía comunicación directa con la superficie del condado de Stirling.

Jacobo Starr, profundamente interesado, examinaba seriamente

el sitio en que se encontraba.



Aún se veía sobre la pared, que terminaba esta caverna, la señal de los últimos azadonazos, y los agujeros de algunos barrenos, que habían producido la rotura de la roca, en los últimos días de la explotación.

Esta materia esquistosa era muy dura; y no había habido necesidad de igualar los salientes de la piedra de este último callejón, donde debían detenerse los trabajos. Allí, en efecto, acababa el filón carbonífero, entre los estratos y la arenisca del

terreno terciario. Allí, en aquel mismo sitio había sido extraído el último pedazo de combustible de la mina Dochart.

—Aquí es, señor Starr, —dijo Simón levantando su pico—; aquí fue donde encontramos ya el esquisto y la arenisca, donde terminaba el carbón: pero detrás de esta pared, a una profundidad mayor o menor está seguramente el filón cuya existencia os aseguro.

—¿Y es aquí, en la superficie de estas rocas donde habéis encontrado el carburo?

—Aquí mismo, señor Starr, —respondió Simón Ford—; y he podido inflamarlo sólo con acercar mi lámpara a las capas de los esquistos.

—Harry lo ha hecho también como yo.

—¿A qué altura? —preguntó Starr.

—A diez pies sobre el suelo, —respondió Harry. Jacobo Starr se había sentado sobre una roca.

Parecía que después de haber olfateado el aire de la caverna, miraba a los dos mineros como si estuviese dispuesto a dudar de sus palabras, por terminantes que fuesen.

En efecto, el hidrógeno protocarbonado no es completamente inodoro; y el ingeniero estaba asombrado de que su olfato, que era muy delicado, no le revelase la presencia de gas explosivo.

En todo caso, si este gas estaba mezclado al aire ambiente era en una dosis muy pequeña. No había, pues explosión que temer y se podía sin peligro abrir la lámpara de seguridad para hacer el experimento, como lo había hecho el minero. Lo que inquietaba a Jacobo Starr no era que hubiese demasiada cantidad de gas, sino que no hubiera bastante, o que no hubiese ninguna.

¡Se habrán engañado! —murmuró—. ¡No! No son hombres para eso. Y sin embargo... Esperaba, pues no sin cierta ansiedad que se realizase en su presencia el fenómeno señalado por Simón Ford. Pero en este momento le pareció que lo que él acababa de observar, es decir, la ausencia del olor característico del carburo era notado por Harry; porque éste con voz alterada, dijo:

—Padre, parece que la fuga del gas no es por las hojas del esquisto.

—¿Que no es? —exclamó el anciano.

Y Simón Ford cerrando herméticamente sus labios, aspiró

fuertemente por las narices varias veces.

Después, de pronto, y haciendo un brusco movimiento, dijo:

—Dame tu lámpara, Harry.

Simón Ford cogió la lámpara con mano agitada, febrilmente, separó la cubierta de tela metálica que rodeaba la mecha, y la llama empezó a arder en el aire libre.

Como se había temido no se produjo ninguna explosión; pero lo que es más grave, ni siquiera se produjo ese ligero ruido que indica la presencia del carburo en pequeñas dosis. Simón Ford cogió el bastón que tenía Harry, y, fijando la lámpara a su extremo, le elevó hacia las capas de aire superiores, a donde el gas, en razón de su ligereza específica, debería acumularse por pequeña que fuera la dosis en que existiera.

La llama de la lámpara recta y blanca no manifestó ninguna señal del hidrógeno protocarbonado.

—¡A la pared! —dijo el ingeniero.

—Sí, —añadió Simón Ford llevando la lámpara pegada a la pared, a través de la cual su hijo y él también, habían notado el día anterior la fuga de gas.

El brazo del viejo temblaba, tratando de llevar la lámpara a la altura de las grietas del ojoso esquisto.

—¡Hazlo tú Harry! —dijo.

Harry cogió el palo y presentó sucesivamente la lámpara a los puntos, de la pared en que las hojas parecían abrirse... pero, sacudía la cabeza tristemente, porque sus oídos no percibían ese ruido especial del carburo que se escapa.

No hubo pues, inflamación. Era evidente que no pasaba un átomo de gas por aquella pared.

—¡Nada! —exclamó Simón Ford, cerrando el puño, más bien con una expresión de cólera, que de disgusto.

Entonces Harry dio un grito.

—¿Qué tienes? —preguntó rápidamente Jacobo Starr.

—¡Han tapado las grietas del esquisto!

—¡De veras! —exclamó el minero.

—¡Mirad! —Harry no se había engañado: la obstrucción de las grietas era visible a la luz de la lámpara. Se veía claramente una mezcla de cal reciente, que se extendía como una larga capa blanquecina: mal cubierta con polvo de carbón.

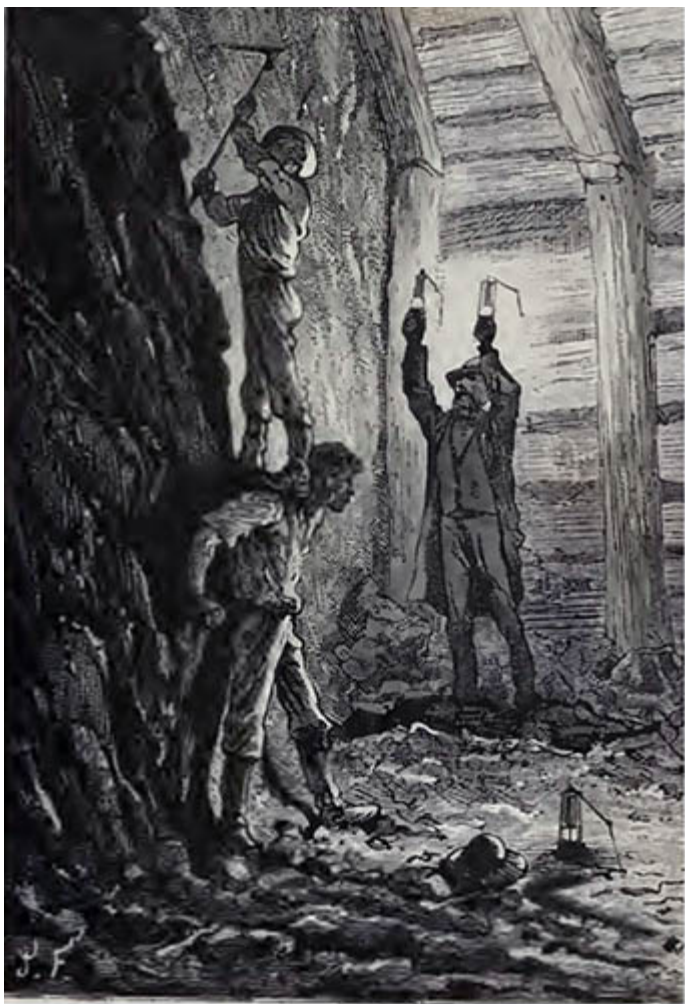
—¡Él! —exclamó Harry, no puede ser más que él.

—¡Él! —repitió Jacobo Starr.

—Sí, —continuó el joven—, ese ser misterioso que vaga por nuestra mina, y a quien he seguido los pasos cien veces, sin poder alcanzarle; el autor, indudable desde ahora, de esa carta que quería impedir que vinierais a la cita dada por mi padre, señor Starr; en fin el que nos ha arrojado aquella piedra en la galería del pozo Yarow. ¡Ah! no hay duda posible. En todo esto anda la mano de un hombre.

Harry había hablado con tal energía, que su convicción penetró completa e instantáneamente en el ánimo del ingeniero. En cuanto al viejo no había ya que convencerle, veía un hecho innegable, la obturación de las grietas por donde se escapaba el gas la víspera.

—Coge el pico Harry, —dijo Simón Ford—, súbete sobre mis hombros, hijo mío. Aún estoy bastante fuerte para sostenerte.



Harry comprendió enseguida. Su padre se arrimó a la pared; Harry se subió sobre sus hombros, de modo que su pico pudiese llegar a la señal bastante visible de la cal. En seguida descubrió con unos cuantos golpes la parte de roca esquistosa que había sido tapada y se produjo un pequeño ruido semejante al del vino de Champagne cuando se escapa de una botella, ruido que en las minas inglesas se conoce con el nombre onomatopéyico de puf.

Harry cogió entonces su lámpara, y la aproximó a la grieta...

Se oyó una ligera detonación, y brotó una llamita roja, azulada

en su contorno, que vagó por la pared, como un fuego de San Telmo.

Harry saltó a tierra y el viejo, no pudiendo contener su alegría cogió las manos del ingeniero, gritando:

—¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra! señor Starr. ¡El gas arde; luego el filón está ahí!

CAPÍTULO VIII

UNA EXPLOSIÓN DE DINAMITA

El experimento anunciado por el antiguo capataz había salido bien. El hidrógeno pretocarbonado, como es sabido, no se desarrolla sino en los depósitos hullíferos. No podía pues ponerse en duda la existencia de un filón del precioso combustible. ¿Cuál era su importancia y su calidad? Eso se determinaría después.

Tales fueron las consecuencias que el ingeniero dedujo del fenómeno qué acababa de observar; y estaban en un todo conformes con las que había sacado Simón Ford.

—¡Sí, —se dijo Jacobo Starr—, detrás de esta pared se extiende una capa carbonífera que nuestras exploraciones no han podido descubrir! Es bien triste, porque es necesario rehacer todo el material de la mina, abandonada por espacio de diez años. ¡Pero no importa! ¡Hemos encontrado la vena que se creía agotada; y esta vez la explotaremos hasta el fin!

—Y bien, señor Starr, —preguntó Simón Ford—, ¿qué pensáis de nuestro descubrimiento? ¿He hecho mal en haceros venir? ¿Sentís haber, hecho esta última visita a la mina Dochart?

—¡No, no, mi antiguo compañero! —respondió Jacobo Starr—. No hemos perdido el tiempo; pero lo perderíamos ahora si no volviéramos enseguida a la choza. Mañana volveremos aquí. Haremos saltar esta pared con la dinamita. ¡Descubriremos la superficie del nuevo filón, y después de sondearlo, si tiene importancia, formaré una sociedad de la Nueva Aberfoyle, con grandísima satisfacción de los antiguos accionistas! ¡Antes de tres meses es preciso que hayamos extraído las primeras toneladas de hulla!

—¡Muy bien dicho, señor Starr! —exclamó Simón Ford—. ¡La vieja mina va a rejuvenecer, como una viuda que se vuelve a casar! ¡La animación de los antiguos días volverá a empezar con los golpes de los picos, palas y azadones, la explosión de los barrenos, el arrastre de los vagones, los relinchos de los caballos, el crujido de las cubas, y el ruido de las máquinas! ¡Yo volveré a ver todo eso! ¿Espero, señor Starr, que no creeréis que soy demasiado viejo para volver a mi oficio de capataz?

—¡No, querido Simón, no ciertamente! ¡Sois aun más joven que yo!

—¡Y que Dios nos proteja! ¡Vos seréis todavía nuestro *viewer*! ¡Ojalá la nueva explotación dure muchos años, y yo tenga el consuelo de morir sin ver su fin!

La alegría del pobre minero, se desbordaba. Jacobo Starr participaba de ella; pero dejaba que Simón Ford se entusiasmase por los dos.

Sólo Harry permaneció pensativo. En su memoria estaban presentes las circunstancias extraordinarias, inexplicables, con que se había descubierto el nuevo depósito, lo cual no dejaba de inquietarle para el porvenir.

Una hora después Jacobo Starr y sus dos compañeros estaban de vuelta en la choza.

El ingeniero comió con gran apetito, aprobando con el gesto todos los planes que desarrollaba el anciano, y si no hubiese sido por el impaciente deseo de que llegara el día siguiente habría dormido mejor que nunca en la tranquilidad absoluta de la choza.

Al día siguiente, después de un succulento almuerzo, Jacobo Starr, Simón Ford, Harry, y la misma Margarita, tomaban el camino que habían recorrido la víspera. Todos iban como verdaderos mineros. Llevaban herramientas y cartuchos de dinamita para hacer saltar la pared. Harry llevaba además de un gran farol una lámpara de seguridad que podía durar doce horas. Era más de lo necesario para ir y volver, contando el tiempo preciso para una exploración, si es que era posible.

—¡A la obra! —gritó Simón Ford, cuando llegaron a la extremidad de la galería, Y blandió con vigor una pesada palanca.

—¡Un instante! —dijo entonces Jacobo Starr—. Observemos si ha habido alguna variación y si el gas sale siempre por entre las

capas de la pared.

—Tenéis razón, señor Starr, —respondió Harry—. ¡Lo que estaba tapado, ayer, puede estarlo también hoy!

Margarita sentada en una roca observaba atentamente la excavación, y la muralla que se trataba de derribar.

Se cercioraron de que todo estaba como lo habían dejado. Las grietas de los extractos no habían sufrido ninguna alteración. El hidrógeno protocarbonado se desprendía, aunque lentamente; lo cual dependía, sin duda, de que desde la víspera tenía libre el paso. Pero esta emisión era tan poco importante, que no llegaba a formar con el aire exterior la mezcla detonante. Jacobo Starr y sus compañeros no tenían, pues, nada que temer. Por otra parte este aire se purificaba poco a poco ganando las altas capas de la galería; y el carburo extendido en toda esta atmósfera no podía producir ninguna explosión.

—¡Manos a la obra! —volvió a decir Simón Ford.

Y en breve, bajo la acción, de la palanca vigorosamente manejada, saltaron pedazos de la roca.

Esta pared se componía principalmente de pudingas, interpuestas entre el gres y el esquisto, tales como se encuentran casi siempre cubriendo los filones carboníferos.

Jacobo Starr, recogía los pedazos que hacía saltar la herramienta, y los examinaba con cuidado, buscando en ellos algún indicio de carbón.

Este primer trabajo duró cerca de una hora, en la cual consiguieron hacer una excavación bastante profunda en la pared.

Jacobo Starr, eligió entonces el sitio en que deberían hacerse los huecos de las minadoras, trabajo que llevó a cabo Harry con el escoplo y el martillo. En seguida metieron cartuchos de dinamita en estos agujeros. Colocaron la mecha embreada y un cohete de seguridad, que terminaba en una cápsula fulminante, y la encendieron al nivel del suelo. Jacobo Starr y sus compañeros se alejaron.

—¡Ah! señor Starr, —dijo Simón Ford; que era víctima de una emoción que no trataba de ocultar—, ¡nunca, nunca mi corazón ha latido tan fuertemente! Quisiera atacar el filón yo mismo!

—¡Paciencia Simón! —dijo el ingeniero—. ¿No tendréis la pretensión de encontrar detrás de esa pared una galería abierta ya?

—¡Perdonadme señor Starr! —respondió el anciano—. ¡Tengo todas las pretensiones posibles! Si ha habido una fortuna, en el descubrimiento de este filón, ¿por qué no ha de continuar esta fortuna hasta el fin?...

La explosión de la dinamita se oyó en breve. Un trueno sordo se propagó por el laberinto de las galerías subterráneas.

Jacobo Starr, Margarita, Harry y Simón Ford, corrieron hacia la pared de la caverna.

—¡Señor Starr, señor Starr! —gritó el viejo—. ¡Se ha abierto la puerta!...

Esta comparación de Simón Ford estaba justificada por la aparición de un agujero, cuya profundidad no podía apreciarse.

Harry fue a lanzarse por la abertura.

El ingeniero, completamente sorprendido con el hallazgo de esta cavidad detuvo al joven.

—Esperad a que el aire interior se purifique, —le dijo.

—Sí, cuidado con las exhalaciones mefíticas —dijo Simón Ford.

Pasaron un cuarto de hora en una ansiedad terrible esperando. El farol, colocado en el extremo de un palo, fue introducido en la excavación y siguió luciendo con un brillo inalterable.

—Anda, Harry, —dijo Jacobo Starr—, nosotros te seguiremos.

La abertura producida por la dinamita era más que suficiente para que pudiese pasar un hombre.

Harry, con el farol en la mano, entró sin vacilar y desapareció en las tinieblas. Jacobo Starr, Simón Ford y Margarita, esperaron inmóviles.



Un minuto —que les pareció inmenso—, transcurrió. Harry no volvía, no llamaba, Jacobo Starr se aproximó al agujero y no vio ni aún el resplandor de la lámpara, que debía iluminar la sombría caverna.

¿Habría faltado el suelo de repente bajo los pies de Harry? ¿Habría caído el joven minero en alguna desigualdad de la roca? ¿No podía ya su voz llegar a sus compañeros? El viejo sin querer oír nada, iba a penetrar a su vez por el agujero, cuando se descubrió un vago resplandor que fue aumentándose, y se oyeron las siguientes

palabras de Harry:

—¡Venid señor Starr! Venid padre mío! El camino está libre en la Nueva Aberfoyle.

CAPÍTULO IX

LA NUEVA ABERFOYLE

Si los ingenieros, ayudados por algún poder sobrehumano hubiesen podido levantar de un golpe y en un espesor de mil pies toda esta porción de la corteza terrestre que sostiene el conjunto de lagos; de ríos, de golfos y las tierras ribereñas de los condados de Stirling, de Dombarton y de Renfrew, habrían hallado debajo de esta enorme cubierta una excavación inmensa, no comparable a ninguna otra del mundo más que a la célebre gruta de Mamuth en Kentucky.

Esta excavación se componía de muchos centenares de alvéolos de todas magnitudes y de todas formas. Representaba una colmena con sus innumerables pisos de células caprichosamente dispuestas; y que en lugar de abejas hubiese sido capaz de alojar todos los ictiosaurios, megaterios y pterodáctilos de la época geológica.

Era un laberinto de galerías, unas más elevadas que las otras como bóvedas de las catedrales, y las naves laterales estrechas y tortuosas; siguiendo éstas la línea horizontal, o bajando aquéllas oblicuamente, reuniéndose después todas estas cavidades y dejando libre la comunicación entre sí.

Las columnas que sostenían estas bóvedas, cuyas curvas admitían todos los estilos, las gruesas murallas sólidamente asentadas entre las galerías, las mismas naves en este piso de terrenos secundarios, eran de areniscas y de rocas estratificadas. Pero entre estas capas, inútiles a la explotación: y fuertemente oprimidas por ellas, había ricas venas de carbón, como si la sangre negra de esta extraña mina circulase al través de esta inextricable red de conductos. Estos depósitos ocupaban una extensión de 40 millas de Norte a Sur, y llegaban a penetrar bajo el canal del Norte.

La importancia de esta cuenca no podía ser apreciada sino por la sonda; pero debía exceder a la de las capas carboníferas de Cardiff, en el país de Gales, y a los depósitos de Newcastle, en el condado de Nortumberland.

Es preciso añadir que la explotación de esta mina iba a ser muy fácil, porque por una disposición caprichosa de los terrenos secundarios, por un inexplicable movimiento de las materias minerales en la época geológica, en que esta masa se solidificaba, la naturaleza había multiplicado las galerías y los túneles de la Nueva Aberfoyle.

¡Sí, sólo la naturaleza! A primera vista podría creerse en el descubrimiento de alguna explotación abandonada hacía siglos. Pero no era así. No se desprecian tales riquezas. Los termitas humanos no habían roído nunca esta porción del subsuelo de Escocia; la naturaleza había hecho todo esto. Pero, repetimos, ningún hipogeo de la época egipcia, ninguna catacumba de la época romana habrían podido compararse a esta cavidad, sino las célebres grutas de Mamuth, que, en una extensión de más de 20 millas, cuentan doscientas veintiséis calles, once lagos, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos insondables y cincuenta y siete bóvedas, algunas de las cuales están suspendidas a más de 450 pies de altura.

Lo mismo que estas grutas, la Nueva Aberfoyle era obra, no de los hombres, sino del Creador.

Tal era esta nueva mina de incomparable riqueza, cuyo descubrimiento pertenecía propiamente al antiguo capataz. Diez años de morada en la mina, una rara tenacidad en las exploraciones, una fe absoluta auxiliada por un maravilloso instinto de minero; todas estas condiciones habían sido necesarias para hallar un resultado donde tantos otros habrían recibido un desengaño. ¿Por qué los trabajos de sonda, practicados bajo la dirección de Jacobo Starr en los últimos años de explotación, se habían detenido precisamente en este límite en la frontera misma de la nueva mina? Por la casualidad, que tiene una gran parte en las investigaciones de este género.

Pero, sea como fuere, había en el subsuelo escocés una especie de condado subterráneo, al cual no faltaba para ser habitable más que los rayos del sol, y en su defecto la claridad de un astro

especial.

El agua estaba localizada en algunas depresiones formando vastos estanques, o lagos mayores que el lago Katrine, situado precisamente encima. Sin duda estos lagos no tenían el movimiento de las aguas, las corrientes, la resaca, no reflejaban el perfil de algún castillo gótico; ni el abedul, ni la encina se inclinaban sobre sus ondas, ni las montañas pintaban grandes sombras sobre su superficie, ni los vapores los surcaban, ni se reflejaba ninguna luz en su espejo, ni el sol impregnaba sus olas con sus brillantes rayos, ni la luna se elevaba nunca sobre su horizonte. Y sin embargo, estos lagos profundos, cuya tersura no arrugaba la brisa, no habrían dejado de tener encantos a la luz de un astro eléctrico, y reunidos por una serie de canales que completaban la geografía de esta extraña región.

Aunque era impropio para los productos vegetales, aquel subsuelo, habría podido servir de morada a toda una población. ¿Y quién sabe si en aquella atmósfera de temperatura constante, en el fondo de aquellas minas de Aberfoyle, lo mismo que en las de Newcastle, de Alloa o de Cardiff, quién sabe si agotados sus depósitos, llegará un día en que la clase pobre del Reino Unido busque allí un refugio?

CAPÍTULO X

LA IDA Y LA VUELTA

Al oír la voz de Harry, Jacobo Starr, Margarita y Simón Ford entraron por el agujero que ponía en comunicación la antigua mina con la nueva; y se encontraron en el principio de una ancha galería.

Hubiérase podido creer que estaba hecha por la mano del hombre que el pico y la pala la habían excavado para la explotación de un nuevo depósito. Los exploradores podían muy bien preguntarse si por una singular casualidad habían sido trasladados a alguna antigua mina que no habían llegado a conocer los mineros más viejos del condado.

¡No! Las capas geológicas habían conservado el espacio de esta galería en la época en que se depositaban los terrenos secundarios. Ta vez le había ocupado y recorrido algún torrente, cuando las aguas superiores se mezclaban, con los vegetales sumergidos; pero ahora estaba tan seca como si hubiese sido formada, algunos miles de pies más abajo, en la profundidad de las rocas graníticas. Al mismo tiempo el aire circulaba en ella con facilidad lo que indicaba que ventiladores naturales la ponían en comunicación con la atmósfera exterior.

Esta observación, hecha por el ingeniero, era exacta; y se conocía que la ventilación se verificaba fácilmente en la nueva mina. En cuanto al carbono que se escapaba antes por los esquistos de la pared, parecía que había estado encerrado en un depósito que se había vaciado completamente; porque en la galería no había vestigio alguno de semejante gas. Sin embargo, Harry por precaución había llevado la lámpara de seguridad con doce horas de luz.

Jacobo Starr y sus compañeros sentían una perfecta alegría; porque aquella era la completa satisfacción de sus deseos. En su alrededor no había más que hulla. La emoción les hacía estar callados. El mismo Simón Ford se contenía. Su alegría se manifestaba, no en largas frases, sino en pequeñas interjecciones.

Quizá era una imprudencia entrar tan profundamente en la cripta. Pero ellos no pensaban casi en la vuelta. La galería era practicable y poco sinuosa. Ninguna grieta impedía el pase; no había tampoco ninguna emanación maléfica. No había, pues, tampoco razón para detenerse; y por consiguiente, Jacobo Starr, Margarita, Harry y Simón, siguieron adelante por espacio de una hora, sin que nada pudiese indicarles la exacta orientación de aquel túnel desconocido.

Y habrían ido más lejos si no hubiesen tenido que detenerse en el extremo; de esta ancha vía, que seguían desde su entrada por el agujero.



La galería terminaba en una enorme Caverna cuya altura y profundidad no podría calcularse. ¿A qué elevación se cerraba la bóveda de aquella excavación, y a qué distancia se levantaba su pared opuesta? Las tinieblas que la ocupaban no permitían descubrirlo. Pero a la luz de la lámpara los exploradores pudieron observar que su cúpula cubría una gran extensión de agua tranquila, un estanque o un lago, cuyas pintorescas riberas, formadas por la accidentada superficie de las rocas se perdía en la oscuridad.

—¡Alto! —gritó Simón Ford, deteniéndose bruscamente—. ¡Un paso más y rodaremos quizá al fondo de un abismo!

—Descansemos, amigos míos, —dijo el ingeniero—. Así, como así, ya era tiempo de pensar en volver a la choza.

—La lámpara puede aun alumbrarnos diez horas, señor Starr, —dijo Harry.

—Pues bien, parémonos, —añadió Jacobo Starr—. Confieso que mis piernas lo necesitan.

—¿Y vos, Madge, no os resentís del cansancio de tan larga expedición?

—Aun no, señor Starr, —respondió la robusta escocesa—. Estamos acostumbrados a exploraciones que duran horas, en la antigua mina de Aberfoyle.

—¡Bah! —añadió Simón Ford—. Madge andaría diez veces este camino, si fuese preciso. Pero, señor Starr, insisto en mi pregunta. ¿Valía la pena la noticia que tenía que daros? Atreveos a decir que sí o que no!

—¡Ah compañero, hace mucho tiempo que yo no he sentido satisfacción como esta! —respondió el ingeniero—. Lo poco que hemos explorado de esta maravillosa mina, parece indicar que su extensión es considerable, a lo menos en longitud.

—Y en anchura, y en profundidad también, señor Starr, —replicó Simón Ford.

—Eso lo veremos después.

—¡Pues yo os lo aseguro! Fiaos de mi instinto de minero. ¡No me ha engañado nunca!

—Quiero creerlo Simón, —contestó el ingeniero sonriendo—. Pero en fin, por lo que yo puedo juzgar en esta ligera exploración, poseemos los elementos para una explotación que durará siglos.

—¡Siglos! —exclamó Simón Ford—. Le creo señor Starr. Se pasarán mil años y más, antes de que se haya extraído el último pedazo de carbón de la nueva mina.

—¡Dios os oiga! —respondió Jacobo Starr—. En cuanto a la calidad de la mina, de esas paredes...

—Soberbia, señor Starr, soberbia! —respondió Simón Ford—. ¡Vedlo por vos mismo! —Y diciendo esto arrancó un pedazo de roca negra con su pico.

—¡Mirad, mirad! —repitió aproximándole a la lámpara—. ¡Qué

lustrosa es la superficie de este carbón! Tendremos hulla grasa, rica en materias bituminosas. ¡Oh! y se arrancará en grandes panes, casi sin polvo. Señor Starr hace veinte años que este filón habría hecho una terrible concurrencia a Swansea y a Cardiff. Pero los fogoneros se le disputaran aun, y aunque cueste muy poco extraerlo de la mina, no por eso se venderá fuera más barato.

—En efecto, —dijo Margarita que había cogido el pedazo de hulla, y le examinaba como perita en la materia—. Es un carbón de buena calidad. Llévale, Simón, llévale a casa; quiero que arda en nuestro fogón.

—¡Bien dicho, mujer! —respondió el viejo—, y verás cómo no me he equivocado.

—Señor Starr, —preguntó entonces Harry—, ¿tenéis idea de la orientación probable de esta larga galería que hemos seguido desde nuestra entrada en la nueva mina?

—No, hijo mío, —respondió el ingeniero—. Con una brújula acaso hubiera podido conocer su dirección general. Pero sin brújula, estoy como un marino en medio del mar, entre las brumas, cuando la ausencia del sol no le permite conocer su situación.

—Sin duda, señor Starr, —añadió Simón Ford—; pero os ruego que no comparéis nuestra situación a la del marino que tiene siempre y en todas partes, el abismo a sus pies. Nosotros estamos en tierra firme aquí y no tenemos el temor de irnos a pique.

—¡Bien! No os daré ese disgusto, amigo Simón, —contestó Jacobo Starr—. Lejos de mí la idea de despreciar la nueva mina de Aberfoyle con una comparación injusta. No he querido decir más que una cosa, y es, que no sabemos dónde estamos.

—Estamos en el subsuelo del condado de Stirling, señor Starr, —respondió Simón Ford—, y lo afirmo como si...

—Escuchad —dijo Harry, interrumpiendo al anciano.

Todos prestaron oídos, como lo hacía el joven minero. El nervio auditivo de Harry, tan ejercitado, había descubierto un ruido sordo, como si fuese un murmullo lejano. Jacobo Starr, Simón Ford y Margarita no tardaron en percibirlo también. Se producía en las capas superiores de la roca como una especie de mugido y se percibía claramente el *crescendo* y el *decrecendo* sucesivo, por débil que fuese.

Los cuatro permanecieron algunos minutos sin pronunciar

palabra escuchando atentamente.

De pronto dijo Simón Ford:

—¿Es que ruedan ya los vagones en los rieles de la Nueva Aberfoyle?

—Padre, —dijo Harry—, creo que es el ruido que hacen las aguas al pasar cerca de una orilla.

—Sin embargo, no estamos debajo del mar, —dijo el anciano.

—No, —respondió el ingeniero—; pero no sería imposible que estuviésemos debajo del lecho del lago Katrine.

—¿Sería necesario que la bóveda tuviese muy poco espesor en este sitio para oír el ruido del agua?

—Muy poco, en efecto, —respondió Jacobo Starr—, y eso es lo que hace que esta excavación sea tan grande.

—Debéis tener razón, señor Starr, —dijo Harry.

—Además, hace tan mal tiempo allá afuera, —añadió Jacobo Starr—, que las aguas del lago deben tener el mismo movimiento que las del golfo de Forth.

¿Y qué importa después de todo? —dijo Simón Ford—. El filón carbonífero no será peor porque se extienda bajo el suelo de un lago. No sería esta la primera vez que se buscara la hulla bajo el mismo lecho del Océano. Aunque tuviéramos que explotar las profundidades y abismos del canal del Norte, ¿dónde estaría el mal?

—Bien dicho, Simón; —exclamó el ingeniero, que no pudo contener una sonrisa al ver el entusiasmo del capataz—. Llevemos nuestras galerías bajo las aguas del mar. Perforemos como una espumadera el lecho del Atlántico. Vayamos a unirnos, abriéndonos camino con el pico a nuestros hermanos de los Estados Unidos al través del subsuelo del océano. Perforemos hasta el centro del globo, si es preciso para arrancarle su último pedazo de hulla.

—¿Queréis burlaros, señor Starr? —preguntó Simón Ford.

—¡Yo burlarme! ¡pobre Simón! ¡No! Pero sois tan entusiasta que me arrastráis a lo imposible. Mas volvamos a la realidad, que es ya bastante grata. Dejemos aquí nuestros picos, que volveremos a encontrar otro día, y tomemos el camino de la choza.

Y en efecto, no podía hacerse otra cosa. Más adelante volvería el ingeniero acompañado de una brigada de mineros con lámparas y herramientas, y empezaría de nuevo la explotación de la mina Aberfoyle. Pero por ahora era urgente volver a la choza. El camino

era fácil: la galería corría casi rectamente a través de la roca hasta el agujero abierto por la dinamita. No había, pues, peligro de extraviarse.

Pero en el momento en que Jacobo Starr se dirigía hacia la galería, Simón Ford le detuvo.

—Señor Starr, —le dijo—, ¿veis esta caverna inmensa, este lago subterráneo que cubre, y esta playa que las aguas vienen a bañar a nuestros pies? Pues bien, aquí trasladaré yo mi, habitación, aquí construiré mi casa, y si algún buen compañero quiere seguir mi ejemplo, antes de un año habrá un pueblo más en las rocas de nuestra antigua Inglaterra.

Jacobo Starr aprobó con una sonrisa los proyectos de Simón Ford, le estrechó la mano, y los tres precedidos de Margarita, penetraron en la galería, con objeto de llegar a la mina Dochart.

En la primera milla de camino no ocurrió ningún incidente. Harry iba delante levantando la lámpara sobre su cabeza. Seguía cuidadosamente la galería principal, sin apartarse nunca hacia los túneles estrechos que partían a derecho e izquierda. Parecía, pues, que debían terminar su viaje de vuelta tan fácilmente como el de ida, cuando una enojosa contrariedad vino a hacer muy grave la situación de los exploradores.

En efecto, una de las veces que Harry levantaba la lámpara; se sintió un rápido soplo de aire, como causado por el movimiento de unas alas invisibles. La lámpara azotada de costado, se escapó de las manos de Harry, y cayó al suelo pedregoso de la galería, y se rompió.



Jacobo Starr y sus compañeros quedaron de pronto sumergidos en una oscuridad absoluta. La lámpara no podía ya servir por haberse derramado el aceite.

Y ahora, Harry gritó Ford, ¿quieres que nos rompamos la crisma al volver a la choza? Harry no respondió. Estaba meditando. ¿Habría dirigido también la mano del ser misterioso este incidente? ¿Existía en aquella profundidad un enemigo cuyo inexplicable antagonismo podía crear un día graves dificultades? ¿Había alguien que tuviese interés en defender el nuevo filón contra toda tentativa

de explotación? Esto era absurdo en verdad, pero los hechos hablaban incontestablemente, y se acumulaban de manera que convertían en certidumbre las presunciones.

Mientras tanto, la situación de los exploradores era gravísima. Tenían que andar aun en aquellas horribles tinieblas cerca de 5 millas por la galería; y después les quedaba una hora de camino antes de llegar a la choza.

—Sigamos, —dijo Simón Ford—. No tenemos un instante qué perder. Iremos a tientas como ciegos. No es posible que nos perdamos. Los túneles que se abren en las paredes son verdaderos agujeros de topo; y siguiendo la galería principal llegaremos inevitablemente a la abertura que nos ha dado entrada. Entonces estaremos en la antigua mina. La conocemos ya, y no será la primera vez que Harry y yo la hemos andado a oscuras. Además encontraremos allí las lámparas que dejamos. En marcha, pues Harry, anda delante. Señor Jacobo, seguidle. Tú Madge, detrás, y yo cerraré la marcha. No nos separemos, no sólo hemos de sentir nuestros pasos, sino irnos tocando.

No había más remedio que conformarse con los consejos del anciano. Como decía muy bien, yendo a tientas era casi imposible equivocar el camino. Solamente era preciso remplazar los ojos con las manos y fiarse del instinto, que en Simón Ford y en su hijo había llegado a ser una segunda naturaleza.

Empezaron, pues, la marcha en el orden indicado. No hablaban; pero no era seguramente porque no pensasen en nada. Era ya evidente que tenían un enemigo. Pero ¿quién era, y cómo defenderse de sus ataques tan misteriosamente preparados? Esta idea nada tranquilizadora, les inquietaba. Sin embargo, los momentos no eran a propósito para desanimarse.

Harry avanzaba con paso seguro, llevando los brazos extendidos, y yendo sucesivamente de una pared a otra de la galería. Reconocía con el tacto todas las sinuosidades y agujeros, grandes o pequeños, y así no se apartaba del camino recto.

Este difícil viaje en una oscuridad absoluta, a que los ojos no podían acostumbrarse, duró cerca de dos horas. Calculando el tiempo empleado, Jacobo Starr suponía que debían estar ya muy cerca del fin de la galería.

En efecto, casi al mismo tiempo Harry se detuvo.

—¿Hemos llegado al fin de la galería? —preguntó Simón Ford.

—Sí, —respondió el joven.

—Pues bien; ¿has encontrado el agujero que pone en comunicación la Nueva Aberfoyle con la antigua mina Dochart?

—¡No! —respondió Harry, cuyas manos crispadas no encontraban más que la superficie unida y cerrada de una pared.

El viejo dio algunos pasos, y tocó también con sus manos la roca esquistosa. De su boca se escapó un grito.

O los exploradores se habían extraviado a la vuelta, o el pequeño agujero hecho en la pared por la dinamita, había sido tapado recientemente.

Fuese una u otra cosa, Jacobo Starr y sus compañeros quedaban presos en la Nueva Aberfoyle.

CAPÍTULO XI

LOS FANTASMAS DE FUEGO

Ocho días después de estos sucesos, los amigos de Jacobo Starr estaban muy intranquilos. El ingeniero había desaparecido sin que pudiese explicarse de ningún modo su ausencia. Se había sabido, preguntando a su criado, que se había embarcado en Granton; y por el capitán del vapor *Príncipe de Gales*, que había desembarcado en Stirling. Pero desde aquel momento nada se sabía. La carta de Simón Ford le había recomendado el secreto; y el ingeniero no había dicho nada de su viaje a las minas de Aberfoyle.

No se hablaba, pues, en Edimburgo más que de la desaparición inexplicable del ingeniero. Sir W. Elphiston, presidente del Instituto real, comunicó a sus colegas la carta que le había dirigido Jacobo Starr, manifestándole que no podía asistir a la próxima sesión de la sociedad. Otras dos o tres personas enseñaron cartas análogas. Pero si estos documentos probaban que Jacobo Starr había salido de Edimburgo lo que ya se sabía nada indicaban de lo que le había sucedido; y esta ausencia respecto de tal persona y tan fuera de sus costumbres, debía causar sorpresa primero e inquietud después, porque se prolongaba.

Ninguno de sus amigos podía suponer que hubiese ido a las minas de Aberfoyle. Se sabía que no encontraría placer alguno en volver a ver el teatro de sus trabajos. No había vuelto a poner allí los pies desde el día en que había subido a la superficie del suelo la última tonelada de carbón. Sin embargo, como el vapor le había dejado en el desembarcadero de Stirling, se hicieron algunas investigaciones por aquel sitio.

Pero nada se consiguió. Nadie se acordaba de haber visto al

ingeniero; sólo Jac Ryan, que le había encontrado en compañía de Harry en las escalas del pozo Yarow, hubiese podido satisfacer la curiosidad pública. Pero el alegre joven, como se sabe, trabajaba en la hacienda de Melrose, a 40 millas de distancia en el Sudoeste del condado de Renfrew, e ignoraba la inquietud que había causado la desaparición de Jacobo Starr. Ocho días después de su visita a la choza, Jack Ryan habría seguido cantando en las veladas del clan de Irvine, si no hubiese tenido también motivo de gran trastorno, del que hablaremos en breve.

Jacobo Starr era un hombre demasiado considerado, no solamente en la capital, sino en toda Escocia, para que un hecho de este género pasase inadvertido. El lord preboste, magistrado de Edimburgo, las autoridades, los consejeros, cuya mayor parte eran amigos del ingeniero, empezaron las más activas pesquisas, y se enviaron agentes por el campo en su busca. Pero nada se descubrió.

Entonces se creyó conveniente publicar en los principales periódicos del Reino Unido una nota relativa al ingeniero Jacobo Starr, dando sus señas e indicando la fecha en que había salido de Edimburgo. Y se esperó, porque no podía hacerse otra cosa, por grande que fuese la ansiedad pública. La gente ilustrada de Inglaterra se iba acostumbrando a creer en la desaparición definitiva de uno de sus más distinguidos individuos.

Al mismo tiempo que había esta inquietud respecto de la persona del ingeniero. Harry era también objeto de grandes inquietudes. Solamente que el hijo del viejo capataz, en vez de ocupar la atención pública, turbaba nada más el buen humor de su amigo Jack Ryan.

El lector recordará que al encontrarse en el pozo Yarow, Jack Ryan había invitado a Harry a ir ocho días después a la fiesta del clan de Irvine. Había habido aceptación y promesa formal de Harry para esta ceremonia. Jack Ryan sabía por experiencia que su compañero era hombre de palabra, y que en él cosa prometida era cosa hecha.

Pero en la función de Irvine nada había faltado, ni cantares, ni baile, ni diversiones de todo género; sólo había faltado Harry Ford.

Jack Ryan había empezado por culparle, porque la ausencia de su amigo influía en su buen humor. Perdió la memoria en una de sus mejores canciones: y por la primera vez en su vida, se quedó

parado en un baile que le valía siempre merecidos aplausos.

Es preciso decir aquí que la nota relativa a Jacobo Starr, publicada por los periódicos, no había llegado a noticia de Jack Ryan. Este buen amigo no tenía, pues, ningún cuidado por la ausencia de Harry, aunque creía que sólo un grave motivo le habría podido obligar a faltar a su promesa. Así al día siguiente de la fiesta pensaba tomar el tren de Glasgow para ir a la mina Dochart; y lo habría hecho a no habérselo impedido un accidente, que estuvo a pique de costarle la vida.

Véase lo que había sucedido en la noche del 12 de diciembre; y en verdad que lo hecho era para dar la razón a todos los partidarios de lo sobrenatural, que eran muchos en la hacienda de Melrose.

Irvine, pueblo marítimo del condado de Renfrew, que cuenta siete mil habitantes, está situado en un brusco recodo que hace la costa escocesa, casi en la embocadura del golfo de Clyde. Su puerto, bastante bien abrigado de los vientos, está iluminado por un faro importante que señala la barra; de tal modo, que un marino prudente no puede engañarse. Así los naufragios eran muy raros en esta parte del litoral; y los buques costeros u otros de más larga travesía, que quisieran embocar en el golfo de Clyde, para ir a Glasgow, o entrar en la bahía de Irvine, podían maniobrar sin peligro, aun en las noches oscuras.

Cuando un pueblo tiene historia, por pequeña que sea, y cuando su castillo ha pertenecido en otro tiempo a un Roberto Estuardo, nunca deja de tener algunas ruinas.

Y en Escocia todas las ruinas están llenas de duendes. Tal es a lo menos la creencia vulgar en la alta y baja Escocia.

Las ruinas más antiguas y también las de peor fama en toda esta parte del litoral, eran precisamente las del castillo de Roberto Estuardo, que llevaba el nombre de Dundonald.

En esta época el castillo de Dundonald, refugio de todos los duendes errantes de la comarca, estaba completamente abandonado: apenas iba nadie a visitarle sobre la roca que ocupaba, casi encima del mar, a 2 millas del pueblo. Alguna vez un extranjero se proponía visitar aquellos antiguos restos históricos; pero tenía que ir solo. Los habitantes de Irvine no le hubieran acompañado por ningún precio. En efecto, todo el mundo sabía algunas historias de los *Fantasmas de fuego* que habitaban el antiguo

castillo. Los más supersticiosos afirmaban haber visto, con sus mismos ojos, a estos fantásticos seres. Naturalmente Jack Ryan era de estos últimos.

La verdad es que de tiempo en tiempo aparecían grandes llamas, ya sobre un trozo de muralla medio derruida, ya en el extremo de la torre, que domina un conjunto de las ruinas del castillo.

¿Tenían estas llamas forma humana, como se decía? ¿Merecían el nombre de fantasmas de fuego que les habían dado los escoceses del litoral? Indudablemente, aquello no era más que una ilusión de los cerebros, llevados a la credulidad; y la ciencia habría explicado físicamente este fenómeno.

De todos modos los fantasmas de fuego tenían en todo el país una fama inquebrantable de frecuentar las ruinas del castillo, y de entregarse a extrañas zarabandas en las noches oscuras. Jack Ryan no se hubiera atrevido nunca, a pesar de sus aficiones, a acompañarlas con su cornamusa.

—Con el viejo Nick (el diablo) tienen bastante, decía, y no les hago falta para su orquesta infernal. Como era natural, estas fantásticas apariciones eran el texto obligado de la conversación por las noches. Jack Ryan poseía todo un repertorio de leyendas sobre los fantasmas de fuego; y jamás le faltaba materia cuando se trataba de hablar de este asunto.

Durante, pues, la última velada, y entre cerveza, brandy y whisky, Jack Ryan no había dejado de hablar de su tema favorito con gran placer, y aun con gran espanto, de su oyentes.

Esta velada con que terminaba la fiesta del clan de Irvine, se celebraba en una espaciosa granja de la hacienda Melrose, cerca de la costa. Una buena lumbre de cok ardía en medio de los concurrentes en una estufa de palastro.

Afuera hacía muy mal tiempo. Espesas brumas, rodaban sobre las olas, que una fuerte brisa traía del lago. Era una noche oscura; ni una luz entre las nubes; la tierra, el cielo, el agua, se confundían en profundas tinieblas... por lo cual habría sido muy difícil atracar en la bahía de Irvine a cualquier buque que se hubiese aventurado a hacerlo con aquellos vientos que azotaban la costa. El puertecito de Irvine no era frecuentado —a lo menos— por buques de cierto porte. Los barcos mercantes de vela o de vapor atracaban más arriba, hacia el Norte, cuando querían llegar al golfo de Clyde.

Pero aquélla noche algún pescador atracado a la orilla, hubiera visto, no sin sorpresa, un buque que se dirigía hacia la costa. Y si de pronto hubiese aparecido el día, habría visto, no ya con sorpresa, sino con espanto, que aquel buque corría delante del viento a toda vela. Equivocada la entrada del golfo, no tenía ya ningún refugio entre las rocas formidables del litoral. Y si aquel buque se obstinaba en seguir, ¿cómo podría salvarse? La velada iba a concluir con una última historia de Jack Ryan. Sus oyentes, transportados al mundo de las fantasmas, estaban en condiciones a propósito para convertir en un acto de credulidad cualquier suceso infausto.

De pronto se oyeron gritos afuera.

Jack Ryan suspendió enseguida su cuento, y todos dejaron precipitadamente la granja. La noche era oscurísima. Grandes ráfagas de viento y de lluvia corrían por la playa.

Dos o tres pescadores, cerca de una roca, para resistir mejor los golpes de viento, daban grandes gritos.



Jack Ryan y sus compañeros corrieron hacia el grupo que formaban.

Pero aquellos gritos no se dirigían a los habitantes de la quinta, sino a una embarcación, que sin saberlo, corría a su perdición.

En efecto, a algunos cables de distancia, aparecía confusamente una masa sombría. Era un buque, como se conocía fácilmente por sus luces; porque llevaba en el palo de mesana una luz blanca, a estribor una luz verde y a babor una luz roja. Se le veía, pues, por la proa, y era evidente que se dirigía velozmente hacia la costa.

—¡Un buque en peligro! —dijo Jack Ryan.

—Sí, —respondió uno de los pescadores—; le conviene virar de bordo y no podrá hacerlo.

—¡Señales, señales! —gritó un escocés.

—¿Y cuál? —preguntó el pescador—. Con esta borrasca no puede tenerse ni una luz encendida.

Mientras se cambiaban estas frases, daban nuevas voces. Pero ¿cómo habían de oírlas en medio de aquella tempestad? El buque no tenía ya probabilidad alguna de escapar del naufragio.

—¿Por qué maniobrará así? —preguntó un marino.

—Querrá tomar tierra, —respondió otro.

—El capitán no conocerá el faro de Irvine, —dijo Jack Ryan.

—Así debe ser, a menos que no haya sido engañado por alguna...

El pescador no había acabado su frase cuando Jack Ryan dio un grito formidable. ¿Le oiría el buque? En todo caso era ya tarde para que el buque evitase la línea de las rompientes, que blanqueaba en las tinieblas de la noche.

Pero aquel grito no era como hubiera podido creerse una suprema advertencia al buque en peligro. Jack Ryan volvía en aquel momento la espalda a la mar. Sus compañeros también se volvieron y un punto situado a media milla dentro de la playa.

Era el castillo de Dundonald. Una ancha llama oscilaba con el viento en el extremo de la antigua torre.

—¡El fantasma de fuego! ¡el fantasma de fuego! —gritaron los pescadores y los aldeanos aterrados.

Todo se explicaba entonces. Era evidente que el buque desorientado en las brumas había equivocado el camino, y había tomado aquella llama encendida en lo alto del castillo Dundonald por el faro de señales de Irvine. Se creía, pues, a la entrada del golfo, situado diez millas más al Norte, y corría hacia una costa que no lo ofrecía refugio alguno.

¿Qué podía hacerse para salvarlo, si era tiempo aún? Quizá lo mejor hubiera sido subir a las ruinas y apagar aquel fuego para que no se confundiese más tiempo con el faro de Irvine.

Indudablemente esto era lo que convenía hacer sin perder tiempo. Pero ¿dónde había un escocés que se hubiese atrevido a pensar, y después de pensar a tener la audacia de desafiar a los

fantasmas de fuego? Tal vez sólo Jack Ryan, porque era animoso, y su credulidad, por fuerte que fuese, no podía contener sus generosos sentimientos.

Pero ya era tarde. De pronto resonó un horrible golpe en medio de la tormenta. Las luces del buque se apagaron. La línea blanquecina de la barra pareció rota un instante.

El buque había llegado a ella, se había ladeado y se hacía pedazos contra el arrecife.

En aquel mismo instante, por una coincidencia debida seguramente la casualidad, la llama del castillo desapareció, como si hubiese sido arrebatada por una violenta ráfaga. La mar, el cielo, la playa, todo quedó sumergido en las más profundas tinieblas.

—¡El fantasma de fuego! —gritó otra vez Jack Ryan, cuando se borró esta aparición, sobrenatural para él y para sus compañeros.

Pero entonces el valor que aquellos supersticiosos escoceses no habrían tenido contra un peligro quimérico, se manifestó poderoso ante un peligro real, cuando se trataba de salvar a sus semejantes. Los elementos desencadenados no les detuvieron, y se lanzaron heroicamente al socorro del buque náufrago, por medio de cuerdas arrojadas al agua.

Felizmente llegaron a tiempo, no sin que algunos y Jack Ryan entre ellos fuesen estropeados en las rocas; pero el capitán del buque, y los ocho hombres de tripulación pudieron ser sacados sanos y salvos sobre la playa.



Aquel buque era el *brik* noruego *Motala*, cargado de maderas del Norte, que se dirigía a Glasgow.

Había sido verdad: el capitán engañado por aquella luz encendida en la torre del castillo de Dundonald, había venido a tropezar en la costa en vez de entrar en la embocadura del golfo de Clyde.

Y del *Motala* no quedaba ya más que algunos restos, que la resaca acababa de hacer pedazos en las rocas del litoral.

CAPÍTULO XII

LAS INVESTIGACIONES DE JACK RYAN

Jack Ryan y tres de sus compañeros, heridos como él, habían sido transportados a una de las habitaciones de la hacienda de Melrose, donde se les prodigaron inmediatamente los cuidados necesarios.

Jack Ryan era el que estaba en peor estado, porque en el momento en que se arrojaba al mar, atado con la cuerda, las olas enfurecidas le habían arrastrado por cima de las rocas. Poco faltó para que sus compañeros no le sacasen sin vida a la orilla.



El valiente joven estuvo, pues, sujeto en el lecho algunos días, lo que le disgustó sobremanera. Pero cuando tuvo permiso para cantar cuanto quisiera, llevó el mal con paciencia; y la quinta Melrose resonó a todas horas con el alegre timbre de su voz.

Jack Ryan no sacó de esta aventura más que, un vivo sentimiento de temor a esos fantasmas y esos duendes que se divierten en trastear al pobre mundo, y sólo a ellos hacía responsables de la catástrofe del *Matala*. No habría querido oír a quien le dijese que los fantasmas no existían, y que aquella luz,

rápida­mente proyectada sobre las ruinas, reconocía solamente una causa física. Ningún razonamiento le hubiese convencido. Sus compañeros eran aun más obstinados que él en su credulidad. A creerlos, uno de los «fantasmas de fuego» había atraído infernalmente al *Motala* a la costa. En cuanto a vengarse de ellos, sería como querer sujetar a una multa al huracán. Los magistrados podrían decretar todas las persecuciones que quisieran; pero no se aprisiona una llama, no se encadena un ser impalpable.

Y es preciso decir que las investigaciones que posteriormente se hicieron, parecía que daban la razón, a lo menos en apariencia, a este modo supersticioso de explicar las cosas. En efecto, el magistrado encargado de dirigir la sumaria relativa a la pérdida del *Motala*, fue a interrogar a los testigos de la catástrofe, y todos estuvieron acordes en que el naufragio era debido a la aparición sobrenatural del «fantasma de fuego» en las ruinas del castillo de Dundonald.

Claro es que la justicia no podía quedar satisfecha con semejantes razones. No había duda de que en aquellas ruinas se había producido un fenómeno físico. Pero esto ¿era casual o criminal? Esto era lo que el magistrado debía aclarar.

Que esta palabra «criminal» no sorprenda a nadie. No sería preciso remontarse mucho en la historia de la Bretaña para encontrar su justificación. Muchos piratas de restos náufragos del litoral bretón, han tenido por oficio atraer los buques a la costa, a fin de recoger sus despojos. Ya un montón de árboles resinosos incendiados por la noche guiaban a los buques a sitios de donde no podían salir, ya una antorcha sujeta a los cuernos de un toro y paseada al capricho del animal, engañaba a una tripulación sobre el camino que debía seguir. El resultado de estas maldades era inevitablemente algún naufragio, de que los malvados se aprovechaban. Había sido necesario emplear la intervención de la justicia, y aplicar severos castigos para destruir esas bárbaras costumbres. ¿Pues no podía suceder que en estas circunstancias, una mano criminal hubiese reproducido las antiguas tradiciones de los piratas de naufragios? Esto pensaba la policía, a pesar de lo que creían Jack Ryan y sus compañeros. Cuando éstos oyeron hablar de sumaria, se dividieron en dos campos: unos se contentaron con encoger hombros; otros más tímidos anunciaron que al provocar así

a seres sobrenaturales, se producirían nuevas catástrofes.

Sin embargo, se hizo la requisitoria con todo cuidado, La justicia se trasladó al castillo de Dundonald, y procedió a las investigaciones más rigurosas.

El juez quiso ante todo examinar si había algunas huellas de pasos, que pudiesen atribuirse a pies que no fuesen de fantasmas. Pero fue imposible encontrar la más ligera señal, ni reciente, ni antigua, a pesar de que la tierra, húmeda aún por la lluvia del día anterior debería haber conservado alguna huella.

—¡Señales de los pasos de los duendes! —exclamó Jack Ryan, cuando supo la ineficacia de las investigaciones—. Es lo mismo que buscar las huellas de un fuego fatuo en el agua de un pantano.

Esta primera parte de la sumaria no produjo, pues, ningún resultado. No era probable que la segunda le diese mayor.

Se trataba en efecto, de averiguar cómo había sido encendido el fuego en lo alto de la torre, que elementos habían contribuido a la combustión, y qué residuos había dejado ésta.

Acerca del primer punto, nada, ni restos de cerillas, ni de papel que hubiesen podido servir para prender un fuego cualquiera.

Acerca del segundo, nada tampoco. Ni yerbas secas, ni restos de leña, ni nada que indicase con que se había alimentado aquel fuego tan intenso durante la noche.

En cuanto al tercer punto, tampoco pudo hallarse aclaración alguna. La falta de toda clase de cenizas, de todo residuo de un combustible cualquiera, no permitió ni aun determinar el sitio donde había existido el fuego. No había ningún espacio ennegrecido, ni en la tierra, ni en la roca. ¿Podría creerse que la llama había sido tenida en la mano de algún malhechor? Era inverosímil, puesto que según los testigos, la llama tenía un desarrollo gigantesco, tal que la tripulación del *Motala* la había podido distinguir a muchas millas de distancia, a pesar de la bruma.

—¡Ah! —dijo Jack Ryan—, ¡el fantasma de fuego, sabe muy bien pasarse sin cerillas, ni pajuela! ¡Con soplar nada más incendia el aire, y no necesita hogar donde queden las cenizas!

Resultó de todo esto que los magistrados, contribuyeron sólo a formar una nueva leyenda, que se añadió a tantas otras leyenda que debía perpetuar el recuerdo de la catástrofe del *Motala*, y afirmar, más indiscutiblemente aún, la existencia de los fantasmas de fuego.

Un joven tan animoso y de constitución tan robusta como Jack Ryan no podía estar mucho tiempo en la cama. Algunos golpes y contusiones no eran para tenerle en ella más de lo que conviniera. No tenía tiempo para estar malo. Y cuando este tiempo falta, apenas lo está nadie en esas saludables regiones de los Lawlands.

Jack Ryan se restableció pues en breve. Y así que estuvo de pie, antes de volver a sus quehaceres en la hacienda de Melrose, quiso hacer una visita a su amigo Harry para saber por qué había faltado a la fiesta del clan de Irvine. Esta ausencia en un hombre como Harry, que no prometía nada sin cumplirlo, no tenía explicación. Era inverosímil que el hijo del capataz no hubiere oído hablar de la catástrofe del *Motala*, referida con grandes detalles por los periódicos. Debía saber la parte que Jack Ryan había tomado en la salvación de los náufragos y lo que le había sucedido; y era inexplicable la indiferencia de Harry, que no había ido siquiera a estrechar la mano de su amigo.

Si Harry no había ido, era seguramente porque no había podido ir. Jack Ryan hubiera, negado antes la existencia de los duendes, que creer en la indiferencia de Harry hacia él.

Así, pues, dos días después de la catástrofe, Jack Ryan, dejó la quinta, como un joven que no se resiente de sus heridas. Hizo resonar los ecos de la costa con un alegre cantar en que empleó todos sus pulmones, y llegó a la estación del ferrocarril de Stirling y Callander.

Allí, mientras esperaba, se fijaron sus ojos en un cartel colocado con profusión en las paredes, y que decía así:

"El cuatro de diciembre último, el ingeniero Jacobo Starr, de Edimburgo, se embarcó en el muelle de Granton en el vapor *Príncipe de Gales*. Desembarcó en Stirling en el mismo día; y desde entonces no se ha vuelto a saber su paradero.

«Se ruega al que sepa algo de su suerte se lo comunique al presidente del Instituto Real en Edimburgo».

Jack Ryan se paró ante uno de estos carteles y le leyó dos veces con muestras de la mayor sorpresa.

—¡El señor Starr! —exclamó—. El cuatro de diciembre le encontré precisamente con Harry en las escalas del pozo Yarow. ¡Hace ya diez días! ¡Y desde entonces ha desaparecido!

¿Explicará esto por qué mi amigo no ha venido a la fiesta de

Irvine? Y sin perder el tiempo en escribir al presidente del Real Instituto lo que sabía de Jacobo Starr, el joven subió en el tren con ánimo de dirigirse inmediatamente al pozo Yarow. Allí bajaría hasta el fondo de la mina, si fuese preciso, para buscar a Harry y al ingeniero. Tres horas después dejaba el tren en la estación de Callander y se dirigía rápidamente al pozo Yarow.

—No ha vuelto a saberse de ellos. ¿Por qué será? —Se decía—. ¿Se lo habrá impedido algún obstáculo? ¿Será un trabajo cuya importancia les detiene aún en el fondo de la mina? Yo lo sabré.

Y Jack Ryan alargando el paso llegó en menos de una hora al pozo Yarow. Exteriormente nada había cambiado. El mismo silencio en las orillas del pozo. Ni un ser viviente en aquel desierto.

Jack Ryan penetró bajo el mismo techado que cubría la entrada de pozo. Sondeó con la mirada aquella profundidad... no vio nada... no oyó nada.

—¿Y mi lámpara? —exclamó de pronto—. ¡No está en su sitio! —En efecto, la lámpara que usaba en sus visitas a la choza, estaba siempre en un rincón cerca de la meseta superior de la escala.

Pero había desaparecido.

—¡Esto es una complicación! —dijo Jack Ryan, que empezaba a alarmarse.

Después, sin vacilar, a pesar de ser tan supersticioso, dijo:

—Bajaré aunque esté más oscuro que las mismas cuevas del infierno.

Y comenzó a bajar la larga serie de escalas que penetraban en el sombrío pozo.

Era preciso que Jack Ryan no hubiese perdido sus antiguos hábitos de minero, y que conociese muy bien la mina Dochart, para aventurarse así. Por lo demás, bajó con toda la prudencia posible. Un paso en falso le hubiera ocasionado una caída mortal en aquella profundidad de 1,500 pies. Iba, pues, contando cada, uno de los tramos que dejaba sucesivamente para empezar otro inferior. Sabía que no pondría los pies en el fondo de la mina sino después de haber bajado treinta escalas. Una vez allí, creía que no le costaría gran trabajo seguir hasta la choza, que estaba situada, como ya sabemos, al extremo de la galería principal.

Jack Ryan bajó de este modo veintiséis escalas; y por consiguiente, se encontraba, a lo más, a unos doscientos pies del

suelo.

En aquel sitio bajó el pie para buscar el primer peldaño de la escala siguiente; pero su pie se balanceó en el vacío sin encontrar ningún punto de apoyo. Jack Ryan se arrodilló sobre la meseta, y trató de buscar y coger con la mano la otra escala. Pero fue en vano.



Era evidente que la vigésima séptima escala no estaba en su sitio; y que por tanto había sido quitada.

—¿Habrá pasado por aquí algún fantasma? —se preguntó, no sin

sentir cierto estremecimiento de terror.

Esperó de pie, con los brazos cruzados, queriendo penetrar en aquella sombra impenetrable. Después pensó que si él no podía bajar, los habitantes de la mina no habrían podido subir. No había en efecto ninguna otra comunicación entre la superficie del condado y las profundidades de la mina. Si esta desaparición de las escalas inferiores del pozo Yarow se había verificado después de su última visita a la choza ¿qué había sido de Simón Ford, su mujer, su hijo y el ingeniero? La ausencia prolongada de Jacobo Starr probaba evidentemente que no había dejado la mina desde el día en que Jack Ryan le había encontrado en el pozo Yarow. ¿Y cómo desde entonces se habían procurado comestibles? ¿No habrían faltado víveres a aquellos infelices, encerrados a 1,500 pies bajo tierra? Todas estas ideas cruzaron la mente de Jack Ryan. Conoció enseguida que no podía hacer nada por sí solo para llegar hasta la choza. ¿Había habido un pensamiento criminal en esta interrupción de las comunicaciones? No le parecía dudoso. En todo caso los magistrados lo averiguarían; pero convenía avisarles cuanto antes. Entonces se asomó por fuera de la meseta y gritó con voz esforzada.

—¡Harry, Harry!

El eco repitió varias veces el nombre Harry; y por fin se apagó en las últimas profundidades del pozo.

El joven volvió a subir rápidamente las escalas superiores, y volvió a ver la luz del día. No perdió un instante. De una tirada llegó a la estación de Callender, donde no tuvo que esperar más que algunos minutos al tren express de Edimburgo; y a las tres de la tarde estaba en casa del Lord preboste de la capital.

Allí le fue tomada la declaración. Los detalles precisos que dio, no permitían sospechar de su veracidad. El presidente del Instituto Real no solamente colega, sino amigo de Jacobo Starr, fue advertido enseguida; y pidió dirigir por sí mismo las investigaciones que iban a hacerse sin demora en la mina Dochart. Le pusieron a su disposición varios agentes con lámparas, picos, escalas de cuerda sin olvidar víveres y cordiales. Después, guiados por el minero, tomaron inmediatamente el camino de Aberfoyle.

Aquella misma tarde, W. Elphiston, Jack Ryan y los agentes llegaron a la entrada del pozo Yarow, y bajaron hasta la escala vigésima séptima, en que el minero se había detenido algunas horas

antes.

Se bajaron las lámparas atadas a largas cuerdas, por las profundidades del pozo y se adquirió la certidumbre de que faltaban las cuatro últimas escalas.

Ya no había duda ninguna de que la comunicación entre el interior y exterior de la mina había sido intencionalmente cortada.

—¿Qué esperamos, caballero? —preguntó el impaciente Ryan.

—Esperamos a que se suban las lámparas, —respondió Elphiston—. Después bajaremos hasta el fondo de la mina y tú nos guiarás...

—A la choza, —dijo Ryan—, y si es precisa hasta los últimos abismos de la mina.

Así, que se retiraron las lámparas, los agentes fijaron a la meseta las escaleras de cuerda, que se desenrollaron en el pozo. Las mesetas inferiores subsistían aún y se pudo bajar de una a otra.

No se hizo; no obstante, sin grandes dificultades. Jack Ryan se había colgado el primero en estas escalas vacilantes; y también fue el primero que llegó a la mina.

W. Elphiston se quedó sorprendido al oír decir al minero:

—Aquí hay algunos pedazos de las escalas y están medio quemados.

—¡Quemados! —repitió Sir Elphiston. En efecto, aquí hay cenizas frías ya hace tiempo.

—¿Pensáis, —preguntó Jack Ryan—, que el ingeniero Jacobo Starr haya tenido algún interés en quemar estas escalas y en cortar la comunicación con el exterior?

—No; —respondió W. Elphiston, que se quedó pensativo—. Vamos a la choza allí sabremos la verdad.

Jack Ryan meneó la cabeza, como hombre poco convencido. Pero cogiendo una lámpara de manos de un agente se adelantó rápidamente por la galería principal.

Todos le siguieron.

Un cuarto de hora después, Elphiston y sus compañeros llegaron a la excavación en cuyo fondo estaba la choza de Simón Ford.

No había ninguna luz que iluminase las ventanas.

Jack Ryan se precipitó hacia la puerta y la abrió bruscamente. La choza estaba abandonada.

Recorrieron los cuartos de la sombría habitación. No había ninguna señal de violencia en el interior. Todo estaba en orden,

como si la vieja Margarita estuviese allí. La despensa estaba bien provista, y en ella había víveres para varios días.

La ausencia de los dueños de la choza era, pues, inexplicable. Pero ¿podía precisarse cuándo la habían abandonada? Sí; porque en aquella atmósfera, donde no se sucedían los días y las noches, Margarita tenía la costumbre de señalar con una cruz los días de su calendario.

Este calendario estaba colgado en una de las paredes. La última cruz había sido hecha el 6 de diciembre, es decir un día después de la llegada de Jacobo Starr. Esto es lo único que Jack Ryan pudo asegurar. Era por lo tanto evidente, que desde el 6 de diciembre, es decir, desde hacía diez días Simón Ford, su mujer y su hijo habían abandonado la choza.

¿Podía dar razón de esta ausencia una exploración mayor de la choza? No, evidentemente.

Así, lo creyó W. Elphiston, que después del registro, se vio perplejo respecto de lo que debía hacer.

La oscuridad era profunda. El resplandor de las lámparas, que se movían en la mano de los agentes, parecía solamente un punto en aquellas impenetrables tinieblas.

De pronto Jack Ryan dio un grito.

—¡Allí! ¡allí! —dijo.

Y señaló con el dedo un resplandor bastante vivo que se agitaba en la oscuridad lejana de la galería.

—¡Amigos, corramos tras él! —respondió Elphiston.

¡Un fuego fantástico! —dijo Jack Ryan—. ¿Para qué ir tras él? ¡No le alcanzaremos nunca!

El presidente del instituto real y los agentes poco inclinados a la credulidad, se lanzaron en la dirección indicada por la movable luz.

Jack Ryan, resolviéndose decididamente, no se quedó el último.

Fue una persecución larga y difícil. El faro luminoso parecía ser llevado por una persona de pequeña estatura, pero muy agitada. A cada instante desaparecía detrás de alguna vuelta y se le volvía a ver en una galería transversal. Otros rápidos intervalos le hacían desaparecer después. Parecía ya haber desaparecido, y de pronto la luz de su antorcha arrojaba un vivo resplandor. En suma no se adelantaba nada, ni se acortaba la distancia; y Jack Ryan persistía en creer, no sin razón, que nunca se le alcanzaría.

Durante una hora que duró esta persecución, Sir Elphiston y sus compañeros penetraron en la región Sur Oeste de la mina Dochart. Y hasta llegaron también a preguntarse si no tenían que habérselas con un ser incorpóreo.

En este momento parecía que la distancia se acortaba. ¿Era que se fatigaba el ser que huía o que quería atraer a Elphiston y a sus compañeros, quizá al mismo sitio a donde habían sido atraídos los habitantes de la choza? Habría sido difícil resolver la cuestión.

Sin embargo, los agentes, viendo que se disminuía la distancia redoblaron el paso. La luz que había brillado siempre a más de doscientos pasos, estaba ahora a menos de cincuenta. Y el intervalo seguía disminuyendo. El ser que llevaba la luz se hizo más visible. Algunas veces, cuando volvía la cabeza se distinguía un rostro humano, a menos que el duende no hubiese tomado esta forma. Jack Ryan convenía en que ya no se trataba de un ser sobrenatural.

Y entonces corriendo velozmente gritó:

—¡Valor, compañeros! ¡Se cansa! ¡Le alcanzaremos, y si habla como corre, ya tendrá que contarnos!

Pero la persecución se hizo entonces más difícil. En las últimas profundidades de la mina, se cruzaban muchos estrechos túneles, como las calles de un laberinto. En aquel dédalo de caminos, el que llevaba la luz podía huir mejor de sus perseguidores. Le bastaba en efecto, apagar la luz y meterse por cualquiera de aquellas cuevas oscuras.

—Y si quiere escaparse ¿por qué no lo hace? —pensó Sir Elphiston...

Aquel ser inaprehensible no lo había hecho hasta entonces; pero en el momento mismo en que este pensamiento cruzaba por la mente de Sir Elphiston, desapareció de pronto la luz.

Los agentes, continuando la persecución, llegaron hasta una estrecha abertura que dejaban entre sí las rocas esquistas en la extremidad de un estrecho ramal de la galería.

Pasar por él, después de haber reanimado la luz de las lámparas y lanzarse en la nueva vía que se abría ante ellos, fue obra de un momento para Elphiston, Jack Ryan y sus compañeros.

Pero no habían dado cien pasos en la nueva galería, más alta y más ancha, cuando se detuvieron de pronto.

Allí, cerca de la pared había cuatro cuerpos tendidos en el suelo,

cuatro cadáveres tal vez.



—¡Jacobo Starr! —dijo Elphiston.

—¡Harry; Harry! —exclamó Jack Ryan precipitándose sobre el cuerpo de su compañero. Eran en efecto el ingeniero, Margarita, Simón Ford y Harry, que estaban allí sin movimiento.

Uno de estos cuerpos se levantó un poco y se oyó la voz debilitada de la vieja Margarita, que murmuró estas palabras:

—¡Ellos, ellos, primero!

Todos trataron de reanimar al ingeniero y a sus compañeros,

haciéndoles tragar algunas gotas de esencias cordiales; y lo consiguieron en breve. Aquellos infelices, secuestrados hacía diez días en la Nueva Aberfoyle, morían de inanición.

Y si no habían sucumbido en aquel largo secuestro Jacobo Starr se lo dijo a Sir Elphiston, había sido porque tres veces habían hallado cerca de sí un pan y un cántaro de agua. Sin duda, el ser que los había socorrido y a quien debían la vida, no había podido hacer más.

Sir Elphiston se preguntó si aquello no sería obra del ser incorpóreo que los había atraído al sitio en que yacían Jacobo Starr y sus compañeros.

De todos modos el ingeniero, Margarita, Simón y Harry Ford se habían salvado. Fueron llevados a la choza, pasando por el estrecho agujero, que el misterioso portador de la luz, parecía haber indicado a Elphiston.

Y si Jacobo Starr y sus compañeros no encontraron la entrada de la galería que les abrió la dinamita fue porque aquel orificio había sido sólidamente tapiado por medio de piedras superpuestas, que en aquella profunda oscuridad no habían podido ver, ni separar.

Así, pues, mientras que ellos exploraban la vasta cripta, se había imposibilitado por una mano enemiga toda comunicación entre la antigua y la Nueva Aberfoyle.

CAPÍTULO XIII

VILLACARBÓN

Tres años después de los sucesos que acabamos de referir, las guías de viajeros recomendaban como una cosa de gran atractivo a los viajeros que recorrían el condado de Stirling, una visita de algunas horas a las minas de la Nueva Aberfoyle.

En ningún país del antiguo ni del Nuevo Mundo, había una mina de más curioso aspecto.

Desde luego el huésped era transportado sin peligro ni cansancio, hasta el mismo suelo de la explotación, a 1,500 pies debajo de la superficie del condado.

En efecto, a siete millas de distancia, en el Sudoeste de Callander, perforaba el suelo un túnel oblicuo, adornado con una entrada monumental con sus almenas y torrecillas. Aquel túnel, de una pendiente muy suave, terminaba directamente en la cripta, tan maravillosamente excavada bajo el suelo escocés.

Un doble ferrocarril, cuyos vagones eran movidos por una fuerza hidráulica, salía de hora en hora del pueblo que se había fundado en el subsuelo del condado, con el nombre un poco ambicioso tal vez de «Coal-City», esto es, Villa carbón.

El viajero que llegaba a Villa carbón se encontraba en un recinto en que la electricidad representaba un papel de primer orden, como agente calorífico y luminoso.

En efecto, los pozos de ventilación, aunque eran muchos, no podían comunicar bastante luz a la oscuridad profunda de la Nueva Aberfoyle; pero se había iluminado intensamente aquella sombría atmósfera por medio de discos eléctricos que reemplazaban al disco solar. Suspendidos en las entradas de las bóvedas o adosados a

pilares naturales, y alimentados por corrientes continuas que producían máquinas electromagnéticas soles unos, estrellas otros iluminaban perfectamente aquel espacio. Cuando llegaba la hora del descanso, un sólo aislador servía para producir artificialmente la noche en los profundos abismos de la mina.

Todos aquellos aparatos, grandes o pequeños, funcionaban en el vacío; es decir, que los arcos luminosos no se comunicaban de ningún modo con el aire atmosférico. Así, aunque en el aire hubiese habido una cantidad de hidrógeno protocarbonado bastante para producir una mezcla detonante, no habría habido que temer ninguna explosión.

El agente eléctrico se empleaba también invariablemente en todas las necesidades de la vida industrial y de la vida doméstica; lo mismo en las casas de Villa carbón que en las galerías en explotación de la Nueva Aberfoyle.

Preciso es decir, ante todo, que las previsiones del ingeniero Jacobo Starr en lo que se refería a la explotación de la nueva mina no habían salido fallidas. La riqueza de los filones carboníferos era incalculable. Los trabajos habían empezado al Occidente de la cripta, a un cuarto de milla de Villa carbón. La ciudad obrera no ocupaba, pues, el centro de explotación. Los trabajos interiores se relacionaban directamente con los del exterior por medio de los pozos de ventilación y de extracción, que ponían los diversos pisos de la mina en comunicación con el suelo. El gran túnel en que funcionaba el ferrocarril de tracción mecánica, sólo servía para uso de los habitantes de Villa carbón.

Debe recordarse la singular estructura de aquella vasta caverna, en que el viejo capataz y sus compañeros se habían detenido en la primera explotación. Allí por encima de su cabeza se extendía una cúpula de forma ojival. Las columnas naturales que la sostenían iban a perderse en la bóveda de esquisto a una altura de trescientos pies —altura casi igual a la de la gruta de Mammuth en Kentucky.

Se sabe que esta gran bóveda —la mayor de todo el hipogeo americano—, puede contener cómodamente cinco mil personas. Esta parte de la Nueva Aberfoyle tenía la misma proporción, y aun la misma disposición. Pero en vez de las afamadas estalactitas de la célebre gruta, la vista se detenía aquí en masas carboníferas, que parecían salir de todas las paredes, bajo el mismo peso del esquisto,

como colosales adornos de azabache, cuyos reflejos se encendían con la luz eléctrica.



En esta cripta se extendía un lago comparable por su magnitud con el Mar Muerto de la gruta del Mammuth, lago profundo cuyas transparentes aguas abundaban en peces sin ojos, y que fue bautizado por el ingeniero con el nombre de lago Malcolm.

Allí mismo, en aquella inmensa excavación natural, fue donde Simón Ford construyó su nueva choza, que no hubiese cambiado por el más hermoso hotel de la calle del Príncipe en Edimburgo. La

casa estaba situada a orillas del lago, Y sus cinco ventanas se abrían sobre aquellas aguas sombrías, que se extendían más allá del alcance de la vista.

Dos meses después se construyó una nueva casa al lado de la de Simón Ford para Jacobo Starr. El ingeniero vivía, pues, en cuerpo y alma en la Nueva Alberfoyle. Había resuelto vivir allí con sus amigos, Y sólo necesidades imperiosas lo obligaban a subir a tierra. Allí, en efecto, vivía en su mundo de mineros.

Desde el descubrimiento de los nuevos depósitos todos los obreros de la antigua mina abandonaron el carretón y el rastrillo para tomar de nuevo el pico o la azada. Atraídos por la certidumbre de que el trabajo no les faltaría ya, halagados por el alto premio que la prosperidad de la explotación podría dar a la mano de obra, habían abandonado el suelo por las entrañas de la tierra, y se habían alojado en la mina, que por su disposición particular se prestaba a su instalación.

Aquellas casas de mineros, construidas de ladrillo, se habían dispuesto de una manera pintoresca, unas a orillas del lago Malcolm, otras bajo las bóvedas que parecían hechas para resistir el peso de la tierra como los contrafuertes de una catedral. Así fijaron su domicilio en la Nueva Aberfoyle, y fundaron poco a poco a Villa carbón, situada bajo la punta oriental del lago Katrine, en el Norte del condado de Stirling, todos los obreros empleados especialmente en él lo fondo de la mina; cavadores que iban derribando la roca; arrastradores que conducían el carbón; conductores, carpinteros que revestían las galerías; canteros que cuidaban de la reparación de las vías; pisoneros que reemplazan con la piedra la hulla en los sitios explotados ya.

Era, pues, aquella una especie de aldea flamenca, elevada a orillas del lago Malcolm. Una capilla, bajo la advocación de San Gil, dominaba aquel conjunto desde lo alto de una enorme roca, cuyo pie se bañaba en las aguas de aquel mar subterráneo.

Cuando aquel pueblo recibía los vivos rayos de la luz eléctrica proyectada por los discos, suspendidos a los pilares o a los arcos, se presentaba bajo un aspecto fantástico, de un efecto extraño, que justificaba la recomendación hecha en las Guías de viajeros. Por esta razón afluían los visitantes.

No hay para qué decir si los habitantes de Villacarbón estaban

orgullosos de su instalación. No la abandonaban sino rara vez, imitando en esto a Simón Ford, que no quiso salir de ella nunca. El viejo pretendía que *allá arriba* llovía siempre. Y en efecto, teniendo en cuenta lo que es el clima de Inglaterra hay que confesar que casi tenía razón. Las familias de la Nueva Aberfoyle iban, pues, en aumento. En tres años habían adquirido un bienestar, a que no habrían llegado en la superficie de la tierra. Muchos niños que habían nacido después de la época en que empezaron los trabajos, no habían respirado aun el aire exterior; la cual hacía decir a Jack Ryan:

—¡Hace diez y ocho meses que han dejado de mamar de sus madres, y aún no han salido a fuera. Conviene hacer constar que uno de los primeros que acudieron al llamamiento del ingeniero fue Jack Ryan, el cual había creído un deber tomar de nuevo su antiguo oficio. La hacienda de Melrose había pues, perdido su cantor y su músico; lo cual no quiere decir que Jack Ryan no cantaba; al contrario: los sonoros ecos de la Nueva Aberfoyle empleaban en contestarle sus pulmones de piedra.

Jack Ryan se había instalado de nuevo en la choza de Simón Ford; porque éste le había ofrecido una habitación que él había aceptado francamente. La vieja Margarita le quería por su buen carácter y su alegría constante. Participaba un poco de sus creencias en punto a los seres fantásticos que debían habitar la mina; y cuando estaban solos se contaban historias, capaces de hacer temblar a cualquiera, y dignas de enriquecer el tesoro mitológico.

Jack Ryan llegó a ser así la alegría de la choza. Por lo demás era un buen hombre y un laborioso obrero. Seis meses después de haber empezado la explotación, era jefe de una brigada de los trabajos de extracción.

—Todo está bien hecho, señor Ford, decía algunos días después de su instalación. Habéis encontrado un nuevo filón; y si habéis estado a punto de pagar el hallazgo con vuestra vida, ¡creed que no ha sido muy caro!

—No, Jack, al contrario, hemos comprado muy barato, —respondió el viejo—. Pero ni el señor Starr ni yo olvidaremos que te debemos la vida.

—¡Ah! ¡no! —contestaba Ryan—. Se la debéis a Harry, que tuvo la buena idea de aceptar mi invitación para la fiesta de Irvine.

—Y de no ir, ¿no es eso? —continuaba Harry estrechando la mano de su amigo.

—¡No, Jack, a ti, apenas repuesto de tus heridas, a ti que no has perdido ni un día, ni una hora, es a quien debemos el haber sido encontrados vivos aún!

—Pues bien, tampoco, —contestaba el testarudo joven—. No permitiré que se diga lo que no es exacto. Yo no hice más que lo posible para saber qué había sido de Harry; nada más. Pero, para dar a cada uno lo suyo es preciso añadir que sin ese duende.

—¡Ah! ¡Ya apareció aquello! ¡El duende!... —dijo Simón Ford.

—Un duende, un fantasma, un hada, —repitió Jack Ryan—, un hijo de los fantasmas de fuego, un Urisk, lo que queráis. No es menos cierto que sin él no hubiésemos penetrado en la galería de que no podíais salir.

—Sin duda, Jack, —respondió Harry—; pero falta saber si ese ser es tan sobrenatural como parece.

—¡Sobrenatural! —exclamó Jack Ryan—. Es tan sobrenatural como un espíritu a quien se viese correr con una luz en la mano, queriendo alcanzarle y escapándose como un silfo, o desvaneciéndose como una sombra. Ten confianza en que le volveremos a ver un día u otro.

—Pues bien, —dijo Simón Ford—, espíritu o no, hay que buscarle, y tú nos ayudarás a ello.

—Os meteréis en un mal negocio, señor Ford, —respondió Jack Ryan.

—¡Bueno! Déjalo venir, Jack.

Fácil es comprender cuán familiar llegó a ser la Nueva Aberfoyle a la familia Ford; y particularmente a Harry, que estudió sus más secretos escondrijos; y llegó a poder decir a qué punto de la superficie del suelo correspondía tal o cual punto de la mina. Sabía que por cima de aquella capa de carbón se extendía el golfo de Clyde, el lago Lomond y el lago Katrino. Aquellas columnas naturales eran un apoyo de los montes Grampianes, y aquella bóveda era el cimientto de Dumbarton. Por encima del estanque pasaba el ferrocarril de Balloch. Allí acababa el litoral escocés, y empezaba el mar, cuyo ruido se oía distintamente en las grandes tormentas del equinoccio. Harry había sido un admirable guía en aquellas catacumbas naturales; y había podido hacer en la mina, en

plena sombra, con incomparable seguridad de instinto, lo que hacen los guías de los Alpes, en plena luz, sobre aquellas cumbres cubiertas de nieve.

¡Así quería a la Nueva Aberfoyle! ¡Cuántas veces con su lámpara sobre la cabeza se aventuraba en las más extremas profundidades! Exploraba los estanques en una canoa que dirigía hábilmente. Cazaba también, porque se habían introducido en la cripta aves salvajes que se alimentaban de los peces que abundaban en las aguas muertas. Parecía que la vista de Harry se había hecho ya a los espacios sombríos, como la vista de los marinos se hace a las distancias lejanas.

Harry, en todo esto, iba como irresistiblemente atraído por la esperanza de encontrar a aquel ser misterioso, cuya intervención más que ninguna otra, a decir verdad, había salvado a él y a los suyos. ¿Lo conseguiría? Sí, a no dudarlo, si creía en sus presentimientos. No, si atendía al ningún resultado que había obtenido hasta entonces.

En cuanto a los ataques dirigidos a la familia del antiguo capataz, antes del descubrimiento de la Nueva Aberfoyle, no se habían reproducido.

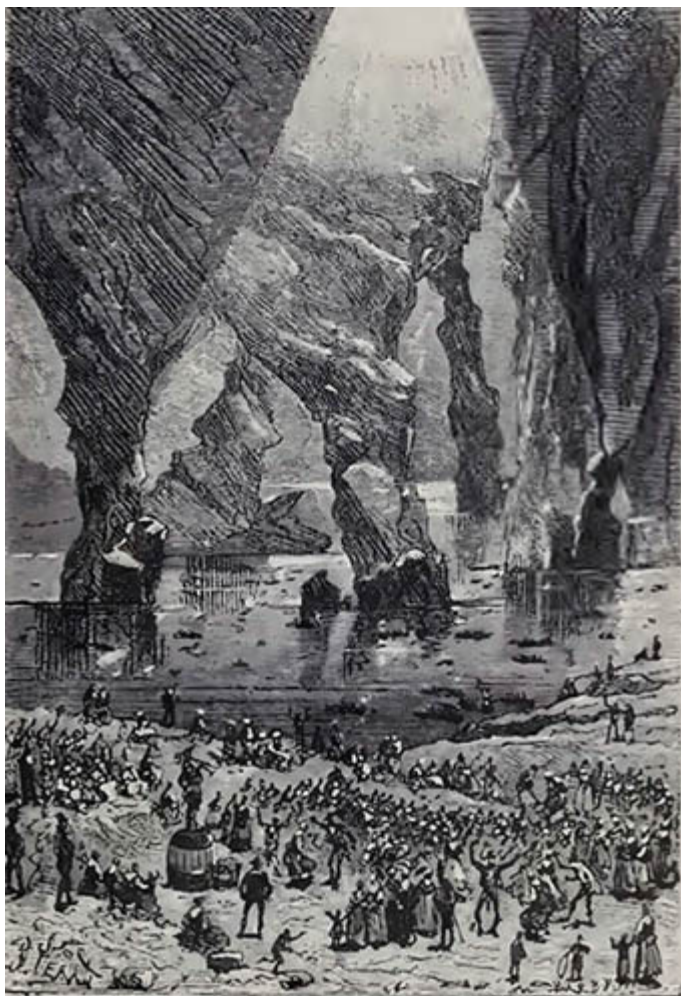
Así iban las cosas en aquella extraña región.

Pero no hay que creer que aun en la época en que apenas, se distinguían los lineamientos de Villa Carbón no había distracciones en la vida subterránea; y que la existencia era allí monótona.

Nada de eso. Aquella población que tenía los mismos intereses, los mismos gustos, y próximamente la suma de bienestar, constituía, verdaderamente una gran familia. Todos se conocían, se trataban, y apenas sentían la necesidad de ir a buscar algunos placeres en el exterior.

Además los domingos había paseos por la mina, excursiones agradables por los lagos y los estanques.

Con frecuencia también se oían resonar los ecos de la cornamusa en las orillas del lago Malcolm. Los escoceses acudían al llamamiento de su instrumento nacional. Solían bailar, y aquel día Jack Ryan, vestido con su traje de Highlander, era el rey de la fiesta.



En fin, de todo esto resultaba, según decía Simón Ford, que Villa carbón podía ya ser rival de la capital de Escocia; de esa ciudad sujeta a los fríos del invierno, a la intemperie de un clima detestable, y que en una atmósfera saturada del humo de sus máquinas, justificaba el nombre de la «Vieja ahumada».

CAPÍTULO XIV

PENDIENTE DE UN HILO

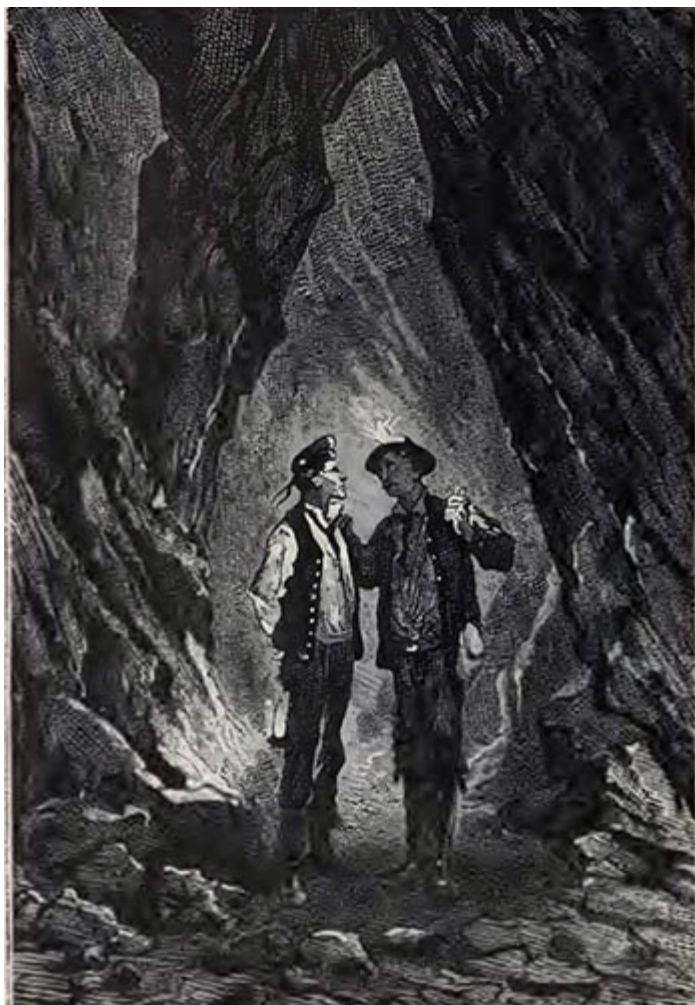
En estas condiciones, con sus más caros deseos satisfechos, la familia Ford era feliz. Sin embargo, hubiera podido observarse que Harry, de un carácter generalmente un poco sombrío, lo estaba más y más «por dentro» como decía Margarita. Jack Ryan, a pesar de su buen humor tan comunicativo, no consiguió «sacárselo».

Un domingo, en el mes de junio los dos amigos salieron a dar un paseo por las orillas del lago Malcolm. En el exterior, el tiempo estaba tempestuoso. Violentas lluvias hacían salir de la tierra emanaciones abrasadoras. Apenas se podía respirar en la superficie del condado.

Al contrario, en Villa carbón calma absoluta, temperatura suave, ni lluvia, ni viento. Allí no traspiraba nada de la lucha de los elementos en lo exterior. Por esta razón algunos paseantes de Stirling y de los alrededores habían ido a las profundidades, de la mina, buscando un poco de frescura.

Los discos eléctricos arrojaban un resplandor que hubiese envidiado seguramente el sol británico, más nublado de lo que conviene al sol del domingo.

Jack Ryan hacía notar este gran concurso de visitantes a su compañero Harry; pero éste apenas parecía que prestaba atención a sus palabras.



—¡Mira, Harry, —le decía Ryan—; mira cómo se apresuran a venir a vernos! Vamos; desecha un poco esas tristes ideas, para hacer mejor los honores de nuestra casa. Vas a dar que pensar a todas esas gentes que se puede envidiar su suerte allá arriba.

—¡Jack, —respondió Harry—, no te ocupes, de mí! Tú eres alegre por los dos, y eso basta.

—¡Que el diablo me lleve —replicó Jack Ryan—, si tu melancolía no concluye por contagiarme. Mis ojos se nublan, mis labios se cierran, la risa no puede salir de mi garganta; mis

canciones se me olvidan. ¿Qué tienes?

—Ya lo sabes, Jack.

—¡Siempre esa idea!...

—¡Siempre!

—¡Ah! ¡Pobre Harry! —respondió Jack alzando los hombros—, si achacaras como yo, todo eso a los duendes de la mina, estarías más tranquilo.

—Tú sabes que los duendes no existen más que en tu imaginación; y que desde que empezó el trabajo no ha vuelto a aparecer uno sólo, en la Nueva Aberfoyle.

—Sea así, Harry, pero si los brujos no se dejan ver, me parece que tampoco se ven esos seres a quienes tú atribuyes esas cosas extraordinarias.

—Los encontraré, Jack.

—¡Ah! Harry. Los espíritus de la Nueva Aberfoyle no se dejan sorprender fácilmente.

—Yo encontraré a tus espíritus, —repuso Harry con el tono de la más profunda convicción.

—De modo que pretendes castigar...

—Castigar y premiar, Jack. Porque si ha habido una mano que nos ha aprisionado en aquella galería; ha habido otra que nos ha socorrido. No. ¡Yo no puedo olvidarlo!

—¿Estás seguro de que esas dos manos no pertenecen al mismo cuerpo?

—¿Por qué Jack? ¿Por qué piensas eso?

—¡Demonio! ¿Sabes tú, Harry? Esos seres que viven en los abismos... no son como nosotros.

—Son como nosotros, Jack.

—¡No, Harry, no! Por otra parte ¿no puede suponerse que algún loco ha entrado?...

—¡Un loco! —respondió Harry—, un loco que hubiese tenido tal serie de ideas! ¡Un loco que desde el día que rompió las escalas del pozo Yarow no ha cesado de hacernos mal!

—Pero ya no lo hace. En tres años no ha habido ningún acto de maldad contra ti, ni contra los tuyos.

—No importa Jack, —respondió Harry—. Tengo el presentimiento de que ese ser maléfico quien quiera que sea, no ha renunciado a sus proyectos. No puedo decirte en que me fundo al

hablarte así; pero lo creo, y por eso quiero saber la causa de todo aún en interés de la nueva explotación.

—¿En interés de la nueva explotación? —preguntó Jack Ryan asombrado.

—Sí, Jack, —contestó Harry—. Yo no sé si me equivocaré; pero veo en todo esto un interés contrario al nuestro. He pensado muchas veces en ello, y creo no engañarme. Recuerdo la serie de acontecimientos inexplicables que se encadenan lógicamente unos a otros. Aquella carta anónima, contradictoria de la de mi padre, prueba desde luego que ha habido un hombre que ha tenido conocimiento en nuestros proyectos y que ha tratado de impedirlos. El señor Starr viene a visitar la mina Dochart, y apenas entro con él es arrojada contra nosotros una enorme piedra, y enseguida cortan la comunicación con el pozo Yarow. Empieza la explotación; un experimento, que debía descubrir la existencia de un nuevo depósito, es hecho imposible por haber tapiado las grietas del esquisto. Sin embargo, se demuestra su existencia: se encuentra el filón, volvemos atrás; se produce un gran movimiento en el aire; se rompe la lámpara; quedamos sumergidos en la oscuridad; a pesar de esto llegamos a la sombría galería... y no encontramos la salida; el agujero había sido tapiado, y quedamos encerrados. ¿No ves en todo esto un pensamiento criminal? Sí. Un ser invisible, pero no sobrenatural como tú te empeñas en creer, estaba oculto en la mina y trataba por un gran interés, que yo no conozco, de impedir el acceso a ellas. ¡Sí, estaba! Un presentimiento me dice que aún está aquí, y ¿quién sabe si no prepara de nuevo algún golpe inesperado? Te aseguro que aunque arriesgue mi vida he de descubrirle.

Harry había hablado con una convicción que impresionó a su compañero.

Jack Ryan conocía que Harry tenía razón, por lo menos en cuanto a lo pasado. Y porque estos hechos tuviesen una causa más o menos natural no eran menos indudables. Sin embargo, el joven no renunciaba a su manera de explicar los sucesos. Pero comprendiendo que Harry no admitiría nunca la intervención de un genio misterioso, se limitó a hablar del incidente que parecía inconciliable con la malevolencia de que era víctima la familia de Simón Ford.

—Me veo obligado, —dijo—, pues, a darte la razón en algunas

cosas; Pero ¿me negarás que alguna hada benéfica, llevándoos el pan y el agua, ha podido salvaros de...

—Jack, —respondió Harry interrumpiéndole—, el ser benéfico de quien tú quieres hacer un ser sobrenatural, existe tan realmente como el ser malévolo, y yo he de buscar a ambos en las profundidades de la mina.

—¿Pero tienes algún indicio que pueda guiar tus pasos? —preguntó Jack Ryan.

—Quizás, —respondió Harry—. Escúchame bien. Al occidente de la mina, a distancia de cinco millas, bajo las rocas que sostienen el lago Lomond, hay un pozo natural, que se abre perpendicularmente. Hace ocho días he querido sondear su profundidad. Pero mientras bajaba la sonda, y yo estaba inclinado hacia su boca, me pareció que el aire se agitaba en el interior, como si se moviesen las alas de un gran pájaro.

—Alguna ave, perdida en las galerías interiores de la mina, —dijo Jack Ryan.

—No es eso todo, Jack, —añadió Harry—. Esta mañana he vuelto al pozo; y escuchando con cuidado he creído oír como una especie de gemido...

—¡Un gemido! —exclamó Ryan—. Te has engañado, Harry. Sería un soplo de viento... a menos que un duende...

—Mañana, —añadió Harry—, sabré a qué atenerme.

—¿Mañana? —preguntó Jack Ryan mirando a su amigo.

—Sí; mañana bajaré a ese abismo.

—¡Harry, eso es tentar a Dios!

—No, Jack. Yo imploraré su auxilio para bajar.

—Mañana iremos los dos al pozo con algunos otros amigos. Atado a una cuerda larga me podéis bajar subiéndome a una señal convenida. ¿Puedo contar contigo, Jack?

—Harry, —contestó Jack meneando la cabeza—, yo haré lo que tú quieras. Sin embargo, te repito que haces mal.

—Más vale hacer algo mal que tener remordimientos por no haber hecho nada, —dijo Harry con tono decidido—. ¡Mañana, pues, a las seis, y silencio! Adiós Jack.

Y para no continuar una conversación en la cual Jack Ryan habría tratado de combatir su proyecto, Harry se separó bruscamente de su amigo, y entró en la choza.

Es preciso convenir, sin, embargo, en que las aprensiones de Jack Ryan no eran exageradas. Si había un enemigo personal que amenazaba a Harry, si este enemigo estaba en el fondo del pozo, a donde le iba a buscar el joven, indudablemente se exponía a un peligro. —¿Y no había verosimilitud en creerlo así?—. Por lo demás, se decía Jack Ryan, ¿para qué darse tan malos ratos para explicarme una serie de hechos que se explican tan fácilmente por la intervención sobrenatural de los genios de la mina.

A pesar de todo, al día siguiente Jack Ryan y tres mineros de su brigada, acompañados de Harry, fueron al pozo sospechoso.

Harry no había dicho nada de su proyecto ni a Jacobo Starr ni a su padre. Por su parte Jack Ryan había sido también bastante discreto para no hablar de ello. Los demás mineros al verles partir habían pensado que se trataba de una simple exploración en la capa vertical del depósito.

Harry iba provisto de una larga cuerda, que medía doscientos pies. No era muy gruesa, pero sí muy fuerte; porque no debiendo subir ni bajar a fuerza de puños, bastaba que pudiera soportar su peso. Sus compañeros debían bajarle por la sima y retirarle. Una sacudida en la cuerda serviría para avisarles.

El pozo era bastante ancho: tenía doce pies de diámetro en la boca. Colocaron una viga, atravesada como un puente, de modo que deslizándose por ella la cuerda, pudiese permanecer en la dirección del eje del pozo; precaución necesaria para que Harry al bajar no se golpease con las paredes laterales.

Harry estaba dispuesto.

—¿Persistes en tu proyecto de explorar este abismo? —le preguntó Jack Ryan en voz baja.

—Sí, —respondió Harry.

Le ataron primero la cuerda a la cintura y luego por debajo de los brazos, para que no oscilara el cuerpo.

Así Harry llevaba libres las dos manos. En la cintura llevaba una lámpara de seguridad, y al lado uno de esos anchos cuchillos escoceses, encerrado en una vaina de acero.

Harry pasó hasta el medio de la viga en que estaba la cuerda.

Después sus compañeros deslizaron la cuerda y se fue sumergiendo lentamente en el pozo.

Como la cuerda experimentaba un ligero movimiento de

rotación, la luz de la lámpara iba, sucesivamente alumbrando todos los puntos de la pared, y Harry podía examinarlos cuidadosamente.

Las paredes eran de esquistos carboníferos, y además demasiado lisas para poder subir por ellas.

Harry calculó que descendía con la moderada velocidad de un pie por segundo. Tenía, pues, facilidad para verlo todo, y para estar dispuesto a cualquier accidente.

Al cabo de dos minutos, es decir, a una profundidad de 120 pies próximamente, nada extraordinario le había ocurrido. No había ninguna galería lateral en las paredes del pozo, que se iba estrechando poco a poco en forma de embudo. Pero Harry empezaba a sentir un aire más fresco que venía de abajo, de donde dedujo que la extremidad inferior del pozo comunicaba con algún agujero del piso interior de la cripta.

La cuerda seguía deslizándose; la oscuridad era absoluta; el silencio absoluto también. Si algún ser viviente había buscado un refugio en aquel misterioso y profundo abismo, o no estaba allí entonces, o no manifestaba su presencia con ningún movimiento.

Harry, más desconfiado a medida que iba bajando, había desenvainado el cuchillo y le llevaba en la mano derecha.

A una profundidad de 180 pies, Harry conoció que llegaba al suelo: la cuerda se dobló, y no bajó más.

Harry respiró un instante. No se había realizado uno de los temores que tenía, esto es, que fuese cortada la cuerda por la parte superior mientras bajaba. Además no había encontrado ningún escondrijo en las paredes, donde pudiese ocultarse alguien.

El extremo inferior del pozo era muy estrecho.

Harry se quitó la lámpara de la cintura y la paseó por el suelo. No se había engañado en sus conjeturas.

En el piso inferior se abría lateralmente un estrecho agujero, de tal modo que le fue preciso agacharse para entrar por él, y arrastrarse sobre las manos y las rodillas para seguirle.

Harry quería ver en qué dirección se ramificaba esta galería y si terminaba en algún abismo.

Empezó, pues, a andar a rastras. Pero muy en breve la detuvo un obstáculo.

Harry creyó sentir al tacto que aquel obstáculo era un cuerpo que obstruía el paso. Retrocedió de pronto por un sentimiento de

repulsión; después volvió a acercarse.

El tacto no le había engañado. Lo que le había detenido era, en efecto, un cuerpo. Le cogió y sintió que tenía heladas las extremidades, pero que no estaba frío del todo.

Cogerle, llevarle al fondo del pozo, y proyectar sobre él la luz de la lámpara fue obra de un instante.

—¡Un niño! —exclamó Harry.



El niño hallado en el fondo de aquel abismo respiraba aún; pero su aliento era tan débil que Harry pudo creer que iba a extinguirse.

Era preciso, pues, sin pérdida de tiempo, llevar a esta pobre, criaturita a la boca del pozo y luego a la choza, donde Margarita le prodigara sus cuidados.

Harry, olvidando todo lo demás, se ató de nuevo la cuerda a la cintura, se sujetó la lámpara, tomó el niño, sosteniéndole con el brazo izquierdo contra su pecho, y llevando el brazo derecho libre y armado, hizo la señal convenida para que tiraran suavemente de la cuerda.

La cuerda se estiró y la subida empezó con regularidad. Harry miraba a su alrededor con doble atención. Ahora no era él solo el que corría peligro.

Todo fue bien en los primeros minutos de la ascensión; y parecía que no podía sobrevenir ningún incidente, cuando Harry creyó oír un soplo poderoso que separaba las capas de aire en las profundidades del pozo. Miró debajo de él y descubrió en la penumbra una masa que se elevaba poco a poco y le rozó al pasar.

Era un enorme pájaro, cuya especie no pudo conocer, y que subía a grandes aletadas.

El monstruoso volátil se detuvo, se cernió un instante, y después cayó sobre Harry con un encarnizamiento feroz.



Harry sólo tenía el brazo derecho para parar los formidables picotazos del animal.

Se defendió, pues, protegiendo al niño lo mejor que pudo. Pero no era al niño a quien atacaba el pájaro, sino a él. Contrariado por la rotación de la cuerda no conseguía herirlo mortalmente.

La lucha se prolongaba. Harry gritó con toda la fuerza de sus pulmones esperando que, sus gritos se oyese arriba. Y así debió ser, porque la cuerda empezó a subir más deprisa.

Quedaba aún una altura de 80 pies que subir. El ave entonces

abandonó el ataque directo. ¡Peligro mucho más terrible! Se arrojó sobre la cuerda, se suspendió a ella y trató de romperla con el pico, a dos pies sobre la cabeza de Harry, y por lo tanto, fuera del alcance de su brazo.

A Harry se le erizaron los cabellos.

Se rompió un ramal. La cuerda iba cediendo poco a poco, a, mas de 100 pies sobre el fondo del abismo.

Harry dio un grito desesperado. Un segundo ramal se rompió bajo el peso que sufría la cuerda medio cortada.

Harry soltó el cuchillo, y con un esfuerzo sobrehumano, en el momento en que iba a romperse la cuerda consiguió cogerla con la mano derecha, por cima de la rotura hecha a picotazos.

Pero aunque tenía puños de hierro, sintió que la cuerda se deslizaba poco a poco entre sus dedos.

Hubiera podido agarrarse bien a la cuerda con las dos manos sacrificando al niño, que sostenía con un brazo... pero ni aún quiso pensar en ello.

Jack Ryan y sus compañeros, alarmados por los gritos de Harry, tiraban de la cuerda más rápidamente.

Harry creyó que no podía ya salvarse. Se inyectó su rostro. Cerró un momento los ojos, esperando caer en el abismo; después los abrió.

El ave atemorizada, sin duda, había desaparecido.

En cuanto a Harry, en el momento en que iba a soltar la cuerda, que tenía ya agarrada por el extremo, fue cogido y colocado en el suelo con la criatura.

Pero entonces vino la reacción, y Harry cayó sin conocimiento en brazos de sus amigos.

CAPÍTULO XV

ELENA EN LA CHOZA

Dos horas, después, Harry que no había recobrado enseguida el uso de los sentidos, y la criatura, cuya debilidad era extrema, llegaban a la choza, con ayuda de Jack Ryan y de sus compañeros.

Allí refirieron a Simón todo lo sucedido; y Margarita prodigó sus cuidados a la pobre criatura, a quien acaban de salvar.

Harry había creído retirar un niño del abismo... Era una joven de quince a diez y seis años, a lo más. Su mirada vaga y llena de asombro, su rostro enflaquecido y alargado por los padecimientos, su color rubio que parecía no haber sido herido jamás por la luz; su cuerpo pequeño y débil; todo hacía de ella un ser extraño y encantador. Jack Ryan con alguna razón la comparó a un duende de aspecto un poco sobrenatural. Por consecuencia, sin duda, de circunstancias particulares, y de la atmósfera en que tal vez había vivido hasta entonces, parecía que no pertenecía más que a medias a la humanidad. Su fisonomía era extraña. Sus ojos, que no podían resistir la luz de las lámparas de la choza, lo miraban todo confusamente, como si todo fuese nuevo para ellos.

Margarita fue la primera que dirigió la palabra a este ser singular, que yacía en su cama, y que volvió, a la vida como quien, sale de un largo sueño.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Nell, —respondió la joven.

—¿Nell, dijo Margarita, te sientes mal?

—Tengo hambre, —contestó Elena—. No he comido desde... desde...

Por estas pocas palabras que pronunció dejó conocer que no

estaba acostumbrada a hablar. La lengua que hablaba era el antiguo dialecto de Gales, que alguna vez usaban también Simón Ford y los suyos.

Margarita en cuanto lo oyó, le llevó algunos alimentos. Elena se moría de hambre.

¿Desde cuándo estaba en el fondo de aquel pozo? No podía decirse.

—¿Cuántos días has estado allá abajo hija mía? —le preguntó Margarita.

¡Elena no contestó! Parecía que no había comprendido la pregunta.

—¿Cuántos días hace?... —repitió Margarita.

—¿Días?... —respondió Elena, para quien parecía que no tenía significación esta palabra. Después sacudió la cabeza como una persona que no comprende lo que se le pregunta. Margarita había cogido la mano de Elena, y la acariciaba para inspirarle confianza.

—¿Qué edad tienes, hija mía? —preguntó dirigiéndole una mirada llena de cariño.

—El mismo signo negativo de Elena.

—Sí, sí, repitió Margarita, ¿cuántos años?

—¿Años?... —respondió Elena.

Y esta palabra, lo mismo que la palabra día, parecía no tener significación para ella. Simón Ford, Harry, Jack Ryan y sus compañeros la contemplaban con un doble sentimiento de compasión y de simpatía. El estado de aquella pobre niña, vestida con una miserable falda de gruesa tela, era en efecto propio para impresionarles.

Harry, más que ningún otro, se sentía irresistiblemente atraído por lo extraordinario de Elena.

Se aproximó entonces y cogiendo la mano que Margarita acababa de soltar, miró frente a frente a Elena, cuyos labios apenas dibujaron una sonrisa, y le dijo:

—Elena... allá abajo... en la mina... ¿estabas sola?

—¡Sola! ¡sola! —exclamó la joven levantándose.



En su fisonomía se pintó el terror. Sus ojos, cuya expresión se había dulcificado ante la mirada de Harry tomaron una expresión salvaje.

—¡Sola! ¡sola! —repitió, y cayó sobre el lecho como si le hubiesen faltado las fuerzas de pronto.

—Esta pobre niña está aún muy débil para respondernos, —dijo Margarita, después de haber colocado bien a la joven—. Algunas horas de reposo y un poco de alimento le volverán las fuerzas, Ven, Simón, Ven, Harry. Venid todos y dejémosla dormir.

Siguiendo el consejo de Harry, Elena quedó sola, y puede asegurarse que un momento después dormía profundamente.

Este suceso causó mucho ruido, no sólo en la mina, sino en el condado de Stirling y en todo el Reino Unido. Creció la fama de aquel ser extraño. Se había encontrado una joven encerrada en la roca esquistosa, como uno de esos seres antediluvianos, que son separados de la ganga en que descansan por un azadonazo, y esto era bastante para ser extraordinario.

Elena sin saberlo, llegó a ser un objeto de moda. Los supersticiosos encontraron un nuevo texto para sus leyendas fantásticas, pensaban que Elena era el genio de la mina; y cuando Ryan se lo decía a su amigo Harry, éste le contestaba:

—Sea lo que tú quieras para acabar, Jack. Pero en todo caso es el buen genio. Es el que nos ha socorrido, el que nos ha llevado el agua y el pan cuando estábamos en la mina. No puede ser más que él. Y en cuanto al genio malo, si sigue en la mina, ya le descubriremos.

Como es fácil suponer, el ingeniero Jacobo Starr, supo todo esto en cuanto ocurrió.

Así que la joven, al día siguiente de ser llevada a la choza, recobró algún tanto sus fuerzas, fue interrogada con gran solicitud por el ingeniero. Parecía que ignoraba la mayor parte de las cosas de la vida. Pero era inteligente, por más que careciese de ciertas nociones elementales, como la del tiempo, entre otras. Se conocía que no estaba acostumbrada a dividir el tiempo por horas ni por días, y que estos mismos nombres le eran desconocidos. Además sus ojos, acostumbrados a la noche, se deslumbraban con el brillo de los discos eléctricos; pero en la oscuridad, su mirada poseía una delicadeza extraordinaria, y su pupila anchamente dilatada, le permitía ver en medio de las más profundas tinieblas. También se sospechó que su cerebro no había recibido nunca las impresiones del mundo exterior; que nunca se había desarrollado a sus ojos más horizonte que el de la mina, y que para ella el mundo y la humanidad no se extendían más allá de aquella cripta. ¿Sabía aquella pobre niña que había un sol y estrellas, y ciudades y campos, y un universo en el cual se mueven los mundos? No podía conocerse hasta que las palabras fuesen teniendo para ella una significación precisa que ahora ignoraba.

En cuanto a la cuestión de saber si Elena vivía sola en las profundizase de la Nueva Aberfoyle, Jacobo Starr tuvo que renunciar a resolverla. En efecto, la menor alusión respecto de este punto, aterrorizaba a la pobre criatura. O no podía, o no quería responder; pero seguramente había algún secreto que ella podía descubrir.

—¿Quieres quedarte con nosotros? ¿Quieres volver a dónde estabas? —le había preguntado Jacobo Starr.

A la primera de estas preguntas había dicho: «¡Oh, sí!». A la segunda había contestado con un grito de terror, pero nada más.

Ante aquel silencio obstinado, Jacobo Starr y con él Simón Ford y Harry, no dejaban de tener cierta inquietud. No podían olvidar los hechos inexplicables que habían acompañado al descubrimiento de la mina. Y aunque hacía ya tres años que no ocurría ninguno, era de esperar todavía alguna agresión por parte de aquel enemigo invisible. Por esta razón quisieron explorar el pozo misterioso. Lo hicieron bien armados y acompañados. Pero no encontraron señal alguna sospechosa. El pozo comunicaba con los pisos inferiores de la cripta, excavados en las capas carboníferas.

Starr, Simón y Harry hablaban mucho de esto. Elena podía haberles dicho si había uno o muchos seres enemigos en la mina, si preparaban alguna emboscada; pero nada había hablado.

La menor alusión al pasado de la joven provocaba en ella crisis terribles; y les pareció lo mejor no insistir en este punto. Con el tiempo lo sabrían.

Quince días después de su llegada a la choza Elena, era la ayuda más celosa e inteligente de Margarita. Creía lo más natural no abandonar ya nunca aquella casa donde había sido tan bien acogida; y aún se imaginaba que no podía vivir en otra parte. La familia Ford llenaban su vida; y no hay para que decir, que Elena era desde que entró en la choza una hija adoptiva.

Elena era, en verdad, encantadora. Su nueva existencia la embellecía, porque aquellos eran los primeros días felices de su vida. Sentía una inmensa gratitud hacia aquellas personas a quienes se los debía. Margarita tenía par ella una simpatía maternal. El viejo se apasionó también a su vez. Todos la amaban. Jack Ryan no sentía más que una cosa: no haberla salvado él mismo. Iba con frecuencia a la choza, donde cantaba; y Elena, que no había oído

cantar nunca, hallaba en oírle un placer. Pero hubiese sido fácil conocer que prefería a las alegres canciones de Jack, las conversaciones serias de Harry, que poco a poco le iba enseñando muchas cosas del mundo exterior.

Es preciso decir que desde que Elena había tomado la forma natural para aquellas buenas gentes, Jack Ryan se había visto obligado a convenir en que sus creencias respecto de los duendes se debilitaban algo.

Además, dos meses después su credulidad recibió un nuevo golpe.

En efecto, por este tiempo Harry hizo un descubrimiento algo inesperado; pero que explicaba en parte la aparición de las fantasmas de fuego en las ruinas del castillo de Dundonald.

Un día, después de una larga exploración en la parte meridional de la mina exploración que había durado varios días en las últimas galerías de aquella enorme construcción subterránea, Harry subió con gran trabajo una estrecha galería, que ocupaba un hueco de la roca de esquisto. De pronto se encontró sorprendido al verse respirando el aire libre. La galería, después de subir oblicuamente hacia la superficie del suelo, terminaba precisamente en las ruinas del castillo de Dundonald. Existía, pues, una comunicación secreta entre la Nueva Aberfoyle y la colina en que se elevaba el antiguo castillo. Habría sido muy difícil descubrir la boca superior de esta galería, porque estaba obstruida con piedras y maleza. Así los magistrados, no habían podido penetrar en ella.

Algunos días después, Jacobo Starr, guiado por Harry, reconoció esta nueva galería.

—Ya tenemos aquí, dijo, con qué convencer a los supersticiosos de la mina. Adiós duendes, adiós brujas, adiós fantasmas de fuego.

—No creo, señor Starr, —contestó Harry—, que debemos felicitarnos. Los que reemplazan a los duendes no valen más que ellos, y pueden ser peores seguramente.

—En efecto, Harry, —respondió el ingeniero.

—Pero ¿qué le hemos de hacer? Evidentemente los seres que se ocultan en la mina, se comunican por esta galería con la superficie de la tierra; y son sin duda, los que con luces en la mano, en esa noche de tormenta, atrajeron al *Motala* a la costa, y como los antiguos ladrones de naufragios, hubiese robado los restos del

buque, si Jack Ryan y sus compañeros no hubiesen estado allí.

Pero ya todo se explica. ¿Y los que habitaban esta galería estarán aquí todavía?

—¡Sí, porque Elena tiembla en cuanto se habla de ellos! —dijo Harry con convicción—. Sí, porque Elena no se atreve aún a hablar de ellos.

Harry debía tener razón. Si los huéspedes misteriosos de la mina la hubiesen abandonado, o hubiesen muerto ¿por qué la joven había ya de guardar silencio? Jacobo Starr deseaba a toda costa penetrar este secreto. Presentía que el porvenir de la explotación podía depender de él. Tomó, pues, de nuevo, las más serias precauciones. Previno a la policía, y algunos agentes ocuparon secretamente las ruinas del castillo de Dundonald. Harry mismo se ocultó algunas noches entre la maleza que cubría la colina. Pero todo fue en vano: nada se descubrió: ningún ser humano apareció por la entrada de la galería.

Llegóse, pues, a creer que los malhechores habían abandonado definitivamente la Nueva Aberfoyle; y que creían que Elena había muerto en el fondo del pozo en que le habían abandonado. Antes de la explotación, la mina podía ofrecerles un asilo seguro al abrigo de toda persecución. Pero después las circunstancias no eran ya las mismas; pues era difícil ocultarse. Era por lo tanto, lo más verosímil suponer que no había ya que temer nada para el porvenir. Sin embargo, Jacobo Starr no las tenía todas consigo. Harry tampoco; así es que solía repetir.

—Elena ha jugado indudablemente en todo este misterio. Si no tuviese nada que temer ¿a qué guardar ese silencio? No puede dudarse que se cree feliz viviendo con nosotros. Nos ama y adora a mi madre. Si se calla todo lo que del pasado podría darnos seguridad para el porvenir, es que hay algún secreto terrible que su conciencia no le permite revelar aún a pesar suyo. Tal vez guarda este misterio más por interés nuestro que por interés suyo.

Como consecuencia de estas reflexiones y por un acuerdo común, se había convenido en alejar de la conversación todo lo que pudiese recordar su pasado a la joven.

Un día, sin embargo, Harry tuvo que decir a Elena, lo que todos ellos creían deber a su intervención.

Era un día de fiesta. Los obreros descansaban lo mismo en el

condado de Stirling sobre la tierra, que en la mina debajo de ella.

Los mineros paseaban por todas partes. Se oía cantar en veinte sitios diferentes bajo las bóvedas de la Nueva Aberfoyle.



Harry y Elena habían salido de la choza, y seguían a paso lento la orilla izquierda del lago Malcolm. Allí la luz eléctrica se proyectaba con menos violencia; y sus rayos se quebraban caprichosamente en los ángulos de algunas pintorescas rocas, que sostenían la cúpula. Esta penumbra convenía a los ojos de Elena, que se acostumbraban muy difícilmente a la luz.

Después de una hora de paseo, Harry y Elena llegaron enfrente de la capilla de San Gil, situada sobre una especie de meseta natural que dominaba las aguas del lago.

—Elena, —dijo Harry, tus ojos no están acostumbrados al día—, y no podrán resistir la luz del sol.

—Sin duda, —contestó la joven—, si el sol es como tú me lo has pintado.

—Pero con palabras no puedo yo darte una idea exacta de su esplendor, ni de las bellezas de ese universo desconocido para ti. Más dime ¿es posible que desde el día en que naciste en las profundidades de la mina no hayas subido a la superficie del suelo?

—Nunca, Harry; ni creo tampoco que me hayan llevado mis padres siendo muy pequeña; porque conservaría algún recuerdo.

—Lo creo, —respondió Harry—. Por lo demás en aquella época había muchos como tú, que no salían nunca de la mina. La comunicación con el exterior era difícil, y yo he conocido más de un joven de tu edad, que ignoraba todo lo que tú ignoras de las cosas de allá arriba. Pero ahora en algunos minutos el ferrocarril del túnel nos lleva a la superficie del condado. Cuánto deseo oírte decir: Vamos, Harry, mis ojos pueden ya soportar la luz del día; ¡quiero ver el sol! ¡Quiero ver la obra de Dios!

—Ya te lo diré, Harry, —respondió la joven—; te lo diré pronto, según creo. Iré a admirar contigo ese mundo exterior; y sin embargo...

—¿Qué quieres decir Elena? —preguntó vivamente Harry—. ¿Tendrías algún sentimiento al abandonar el sombrío abismo en que has vivido durante los primeros años de la vida, y de donde te hemos sacado medio muerta?

—No, Harry, —respondió Elena—. Pensaba sólo que las tinieblas también son hermosas. Si tú supieras todo lo que ven los ojos habituados a la oscuridad. Hay sombras que pasan, cuyo vuelo se seguía con gusto. A veces son como círculos que se cruzan ante la mirada, y de los cuales no quisiera una salir nunca. Existen en el fondo de la mina, cavidades negras, pero llenas de una vaga luz. Además hay en ella ruidos que hablan... Es preciso haber vivido así para comprender lo que yo siento, y no puedo expresar.

—¿Y no tenías miedo cuando estabas sola?

—¡Harry, cuando estaba sola era cuando no tenía miedo!

La voz de Elena se alteró ligeramente al pronunciar estas palabras. Harry, sin embargo, creyó conveniente apurar un poco la conversación, y le dijo:

—Pero es muy fácil perderse en estas galerías.

—¿No temías extraviarte?

—No, conocía todos los rincones de la mina.

—¿No salías alguna vez?...

—Sí... alguna vez... —respondió dudando la joven—; alguna vez venía hasta la antigua mina de Alberfoyle.

—¿Conocías nuestra choza?

—La choza... sí... pero de muy lejos a los que la habitaban.

—Éramos mi padre, mi madre y yo. No habíamos querido abandonar nuestra antigua casa.

—Quién sabe si habría sido mejor para vosotros, murmuró la joven?

—¿Y por qué Elena? ¿No ha sido nuestra obstinación en no abandonarla, lo que nos ha hecho descubrir la nueva mina? ¿No ha tenido este descubrimiento la feliz ocasión de crear un pueblo que vive del trabajo cómodamente, y de volverte a ti a la vida en medio de personas que te aman entrañablemente?

—¡Felicidad para mí! —contestó rápidamente Elena...— Sí. Sea lo que fuere, lo que puede suceder. En cuanto a los demás... quién sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Nada... nada. Pero era peligroso entrar entonces en la nueva mina. Sí, muy peligroso, Harry. Un día algunos imprudentes penetraron en estos abismos. Fueron muy lejos, muy lejos se perdieron...

—¡Se perdieron! —exclamó Harry, mirando a Elena.

—Sí, se perdieron... —continuó Elena, cuya voz temblaba—. Se les apagó la lámpara. No pudieron encontrar el camino.

—Y allí estuvieron encerrados ocho días y cercanos a la muerte, Elena. Y sin un ser benéfico que Dios les envió, un ángel quizá que les llevó secretamente algún alimento, sin un guía misterioso que después guió hasta ellos a sus libertadores, no hubieran salido de aquella tumba.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó la joven.

—Porque esos hombres eran Starr, mi padre y yo.

Elena levantó la cabeza; cogió la mano de Harry y le miró con una fijeza tal, que le turbó hasta en lo más profundo de su alma.

—¡Tú! —exclamó la joven.

—Sí, —respondió Harry después de un momento de silencio—; y a ti es a quien debemos la vida, Elena ¡No podía ser a nadie más que a ti!

Elena dejó caer la cabeza entre sus manos sin responderle. Harry no la había visto nunca tan impresionada.

—Elena, los que te han salvado, —añadió con voz conmovida—, ¡te debían ya la vida! ¿Crees que puedan olvidarlo?

CAPÍTULO XVI

EN LA ESCALA OSCILANTE

Mientras tanto, los trabajos de explotación de la Nueva Aberfoyle eran dirigidos con gran aprovechamiento. No hay para qué decir que el ingeniero Starr y Simón Ford, primeros descubridores de este rico depósito carbonífero, participaban ampliamente de los beneficios. Harry tenía, pues, un buen porvenir; pero no pensaba en abandonar la choza. Había reemplazado a su padre en el cargo de capataz, y cuidaba asiduamente de todo aquel mundo de mineros.

Jack Ryan estaba contentísimo con todo lo bueno que sucedía a su compañero, y por su parte todo iba bien igualmente. Los dos amigos se veían con frecuencia en la choza o en el trabajo. Jack Ryan no había dejado de observar los sentimientos de Harry hacia la joven. Harry, en verdad, no lo confesaba; pero Jack Ryan se reía en grande cuando su amigo meneaba la cabeza negándolo.

Conviene decir que uno de los mayores deseos de Jack Ryan era acompañar a Elena cuando hiciera su primera visita a la superficie del condado. Quería observar su asombro, su admiración, ante una naturaleza desconocida para ella. Esperaba que Harry le llevara consigo en esta expedición; pero le inquietaba un poco que aún no le hubiese dicho nada.

Un día Jack Ryan bajaba a uno de los pozos de ventilación que comunicaban los pisos inferiores de la mina con la superficie del suelo. Había tomado una de esas escalas que bajaban y subían por oscilaciones sucesivas, y permitían ascender o descender sin cansancio. Había bajado unos ciento, cincuenta pies cuando en una estrecha meseta se encontró con Harry, que subía al trabajo.

—¿Eres tú? —dijo Jack, mirando a su compañero iluminado por

la luz eléctrica del pozo.

—Sí, Jack, —respondió Harry—, y me alegro de verte porque tengo que decirte una cosa.

—No te escucho hasta que no me digas cómo está Elena, —dijo Jack.

—Muy bien, y tanto que creo que dentro de un mes...

—¿Te casarás, Harry?

—¡No sabes lo que te dices, Jack!

—Es posible; pero sé muy bien lo que yo haría.

—¿Y qué harías tú?

—Yo me casaría con ella, si tú no te casabas, —dijo Jack soltando una carcajada—. Me gusta la graciosa Nell. Una joven, que no ha salido nunca de la mina, es la mujer que conviene a un minero. Es huérfana como yo, y por poco que tú pienses en ella...

Harry miraba gravemente a Jack. Le dejaba hablar, sin tratar de contestarle.

—¿No tendrás celos por lo que te digo? —preguntó Jack, con un tono más serio.

—No; —respondió tranquilamente Harry.

—Sin embargo no tendrás la pretensión, si tú no te casas con ella, de que se quede para vestir imágenes.

—Yo no, tengo ninguna pretensión, —respondió Harry.

Una oscilación de la escala separó un poco a los dos amigos. Sin embargo continuaron la conversación.

—Harry, —dijo Jack—, ¿crees que te he hablado seriamente sobre Elena?

—No, Jack, —contestó Harry.

—Pues bien, ahora voy a hacerlo.

—¡Tú! ¿hablas con seriedad?

—Querido Harry, yo soy capaz de dar un buen consejo a un amigo.

—Dámelo, Jack.

—Pues bien, óyeme. Tú amas a Elena con todo el amor que merece. Tu padre, el anciano Simón, tu madre, la pobre Margarita, la quieren también como a una hija. Tú puedes hacer que lo sea; ¿por qué no te casas?

—Para hablarme así, Jack, ¿sabes lo que piensa Elena?

—Todos lo saben menos tú Harry; y por esto tú no tienes celos,

ni de mí, ni de nadie... pero se baja la escala y...

—¡Espera Jack! —dijo Harry, deteniendo a su amigo, cuyo pie estaba ya en el primer peldaño de la escala en movimiento.

—¡Querido Harry, —dijo Jack riendo—, que me vas a hacer caer!

—Óyeme con formalidad, —dijo Harry...— te hablo con toda formalidad.

—Te escucho... pero sólo hasta la primera oscilación de la escala.

—Jack, —dijo Harry—, yo no tengo que ocultarte que amo a Elena, y que no deseo sino que sea mi mujer.

—Y entonces...

—Pero en su situación tengo un escrúpulo de conciencia en pedirla que tome una resolución que ha de ser irrevocable.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Jack, que Elena no ha abandonado nunca estas profundidades de la mina, en que sin duda ha nacido. No sabe nada, no conoce nada del mundo. Tiene que aprenderlo todo por los ojos y tal vez por el corazón. ¿Y quién sabe lo que pensará cuando sienta nuevas impresiones? No tiene nada de terrestre y me parece que sería engañarla el que se decidiera sin pleno conocimiento a preferir a todo el vivir en la mina.

¿Me comprendes Jack?

—Sí... vagamente. Sobre todo comprendo que me vas a hacer perder también la próxima oscilación.

—Jack, —contestó Harry, en tono grave—, aun cuando estos aparatos no volviesen a funcionar, aun cuando nos faltase la escala bajo los pies, me escucharás lo que tengo que decirte.

—¡Gracias a Dios! Así quiero que hables. Decíamos, pues, que antes de casarte con Elena querías enviarla a un colegio de Edimburgo.

—No, Jack, —respondió Harry—, yo sabré educar a la que ha de ser mi mujer.

—Y eso será mejor, Harry.

—Pero antes quiero como acabo de decirte que Elena conozca el mundo exterior. Una comparación, Jack. Si amases a una mujer ciega y si te dijeran: dentro de un mes estará curada, ¿no esperarías a que lo estuviera para casarte?

—A fe que sí, —contestó Jack Ryan.

—Pues bien, Elena está aún ciega, y antes de hacerla mi mujer quiero que sepa quién soy yo y cuáles son las condiciones de mi vida, que ella prefiere y acepta. Quiero, en una palabra, que sus ojos se abran a la luz del día.

—Bien, Harry, muy bien, —exclamó Jack Ryan—. Ahora te comprendo. ¿Y en qué tiempo?...

—Dentro de un mes, respondió Harry. Los ojos de Elena se van acostumbrando poco a poco a la claridad de nuestros discos. Esto no es más que una preparación; pero dentro de un mes espero que habrá visto la tierra y sus maravillas, el cielo y sus esplendores. Sabrá que Dios ha dado a la vista humana horizontes más extensos que los de una sombría mina; ¡verá que los límites del universo son infinitos! Pero mientras Harry se dejaba arrastrar así por su imaginación, Jack Ryan dejando la meseta saltó sobre la escala oscilante.

—Jack! —dijo Harry—, ¿dónde estás?

—¡Debajo de ti! —respondió riéndose el alegre amigo—. Mientras tú te elevas al infinito, yo bajo al abismo.

Adiós Jack, —dijo Harry subiendo también su escala—. Te recomiendo que no hables a nadie de lo que acabo de decirte.

¡A nadie! —dijo Jack—, pero con una condición.

¿Cuál?

—Que os acompañaré en la primera excursión que haga Elena a la superficie del globo.

—Sí; te lo prometo.

Un nuevo movimiento de la escala separó más a los dos amigos; de modo que apenas se oían sus palabras.

Sin embargo, Harry pudo todavía oír gritar a Jack. «Y cuando Elena haya visto las estrellas, la luna y el sol ¿sabes a quien preferirá? ¡No, Jack! ¡Pues a ti, amigo mío, a ti siempre!». Y su voz se extinguió.

Mientras tanto Harry dedicaba todas sus horas desocupadas a la educación de Elena. Le había enseñado a leer y escribir —en lo cual la joven hizo rápidos progresos—. Podría decirse que sabía por instinto; porque jamás ninguna inteligencia triunfó tan pronto de la ignorancia. Era un asombro para los que lo veían.

Simón y Margarita estaban cada día más apasionados de su hija

adoptiva, cuyo pasado no dejaba de preocuparles a pesar de esto. Habían conocido muy bien el sentimiento de Harry hacia Elena, y no les desagradaba.

El lector recordará que en la primera visita a la choza, el capataz había dicho al ingeniero:

«¿Para qué se ha de casar mí hijo? ¿Qué mujer de allá arriba puede convenir a un joven, cuya vida ha de pasarse en las profundidades de la mina?». Parecía que la Providencia le había enviado la única compañera que podía convenir a su hijo. ¿No era esto un favor del cielo? Así, el viejo capataz pensaba que si se realizaba este matrimonio había de haber en Villa carbón una fiesta que formaría época.

Es preciso añadir que había otra persona que deseaba no menos ardientemente el matrimonio de Harry y de Elena: el ingeniero Jacobo Starr. Ciertamente la felicidad de estos dos jóvenes era en él un deseo efficacísimo; pero además tenía un motivo de interés general para desearlo.

Ya se sabe que Jacobo Starr había conservado ciertos temores aunque en aquel momento nada los justificase. Sin embargo, lo que había sucedido ya, podía suceder otra vez. Ahora bien, Elena era evidentemente la única que conocía este misterio de la nueva mina, y si el porvenir guardaba nuevos peligros a los mineros de Aberfoyle ¿cómo prevenirse contra ellos, sino conociendo a lo menos su causa? —Elena no ha querido hablar, se decía muchas veces—; pero lo que aquí ha callado a todos se lo dirá en breve a su marido; porque el peligro amenazará a Harry como nos amenazaría a nosotros. Por lo tanto un matrimonio que hace la felicidad de los dos esposos y nos da seguridad a los demás, es un buen matrimonio.

Así razonaba, no sin alguna lógica, el ingeniero Jacobo Starr; y llegó a comunicar sus razonamientos a Simón Ford, a quien no dejaron de agradar. Nada parecía pues, oponerse al matrimonio de Elena y Harry.

¿Y quién hubiera podido ponerse? Harry y Elena se amaban. Sus padres no pensaban en otra compañera para su hijo. Los amigos de Harry le daban la enhorabuena, reconociendo que la merecía. La joven no dependía más que de sí misma, ni tenía que pedir más consentimiento que el de su corazón.

Pero si nadie podía oponerse a este casamiento, ¿por qué cuando

los discos eléctricos se apagaban en la hora del reposo, cuando se hacía la noche en la ciudad obrera, cuando los habitantes de Villa carbón se cerraban en sus chozas, por qué, decimos, se deslizaba en las tinieblas de la mina un ser misterioso que salía de uno de los más sombríos rincones? ¿Qué instinto guiaba a aquel fantasma al través de ciertas galerías tan estrechas que parecían impracticables? ¿Por qué aquel ser enigmático cuyos ojos veían en la más profunda oscuridad, venía arrastrándose a las orillas del lago Malcolm? ¿Por qué se dirigía obstinadamente a la habitación de Simón Ford con tanta prudencia, que hasta entonces había burlado toda vigilancia? ¿Por qué ponía el oído en las ventanas y trataba de sorprender las conversaciones a través de las puertas? Y cuando llegaban hasta él algunas palabras, ¿por qué se levantaba su brazo amenazando con el puño aquella tranquila morada? ¿Por qué, en fin, se escapaban estas palabras de sus labios contraídos por la cólera? ¡Ella y él! ¡Jamás!



CAPÍTULO XVII

LA SALIDA DEL SOL

Un mes después —era el 20 de agosto— Simón Ford y Margarita saludaban con entusiasmo a nuestros viajeros que se preparaban a abandonar la choza.

Jacobo Starr, Harry y Jack Ryan iban a llevar a Elena a un suelo que jamás había pisado: a una brillante atmósfera cuya luz no habían visto nunca sus ojos.

La excursión debía durar dos días. Starr, de acuerdo con Harry, quería que estas cuarenta y ocho horas fuesen tan aprovechadas, que la joven viese en ellas todo lo que no había visto en la sombría mina, es decir, los diversos aspectos de la tierra, como si se desarrollase ante sus ojos un panorama de ciudades, llanuras, montañas, ríos, golfos y mares.

Parecía que la naturaleza había querido precisamente reunir todas estas maravillas en la porción de Escocia comprendida entre Edimburgo y Glasgow; y en cuanto al cielo, estaría allí como en todas partes, con sus nubes cambiantes, su luna serena, o velada, su sol esplendente y su hormiguero de estrellas.

La excursión se había concertado de manera que pudiera satisfacer las condiciones de este programa.

Simón Ford y Margarita habrían acompañado con gusto a Elena; pero no quisieron abandonar ni un día su morada subterránea.

Jacobo Starr iba como observador, como filósofo, como curioso, bajo el punto de vista psicológico, para observar las sencillas impresiones de Elena —y quizá para sorprender algo acerca de los misteriosos sucesos de su infancia.

Harry, algo preocupado, se preguntaba si de aquella rápida

iniciación en las cosas del mundo exterior, saldría una joven distinta de la que amaba y de la que había conocido hasta entonces.

En cuanto a Jack Ryan, estaba alegre como un pájaro que echa a volar a los primeros rayos del sol, y esperaba que su alegría se comunicara a sus compañeros de viaje.

Elena estaba pensativa y como en recogimiento.

Jacobo Starr había decidido, y con razón, que la partida fuese por la tarde. Era mejor, en efecto, que la joven pasase por una gradación insensible de las tinieblas de la noche a la claridad del sol. Así, desde la media noche al medio día pasaría por estas fases sucesivas de sombra y de luz, a que su mirada podría habituarse poco a poco.

En el momento de abandonar la choza, Elena, tomando la mano de Harry le dijo:

—Harry, ¿crees necesario que abandone la mina aunque no sea más que por algunos días?

—Sí, Elena, es necesario; es necesario por ti, y por mí.

—Sin embargo, Harry, —replicó Elena—; desde que vivo aquí con vosotros soy tan feliz como es posible serlo. Tú me has instruido. ¿No basta esto? ¿Qué voy a hacer allá arriba? —Harry la miró sin responder. El pensamiento de Elena era casi el suyo.

—Hija mía, —dijo entonces Starr—; comprendo tu vacilación, pero conviene que vengas con nosotros. Los que te aman te acompañarán y te volverán aquí. Si tú quieres después seguir viviendo en la mina como Simón, como Margarita y como Harry, serás libre para hacerlo. No dudo que ha de ser así, y lo apruebo. Pero a lo menos podrás comparar lo que dejas con lo que tomas.

—Y obrar con entera libertad. ¡Vamos, pues!

—Ven, mi querida Elena, —dijo Harry.

—Estoy dispuesta a seguirte, Harry, —respondió la joven.

A las nueve de la noche el último tren del túnel conducía a Elena y a sus acompañantes a la superficie del condado. Veinte minutos después los dejaba en la estación en que entroncaba el pequeño ramal del ferrocarril de Dumbarton a Stirting, que iba a la Nueva Aberfoyle.

La noche estaba ya oscura. Desde el horizonte al cenit se elevaban algunos vapores densos empujados por una brisa Noroeste que refrescaba la atmósfera. El día había sido hermoso, y la noche

debía serlo también.

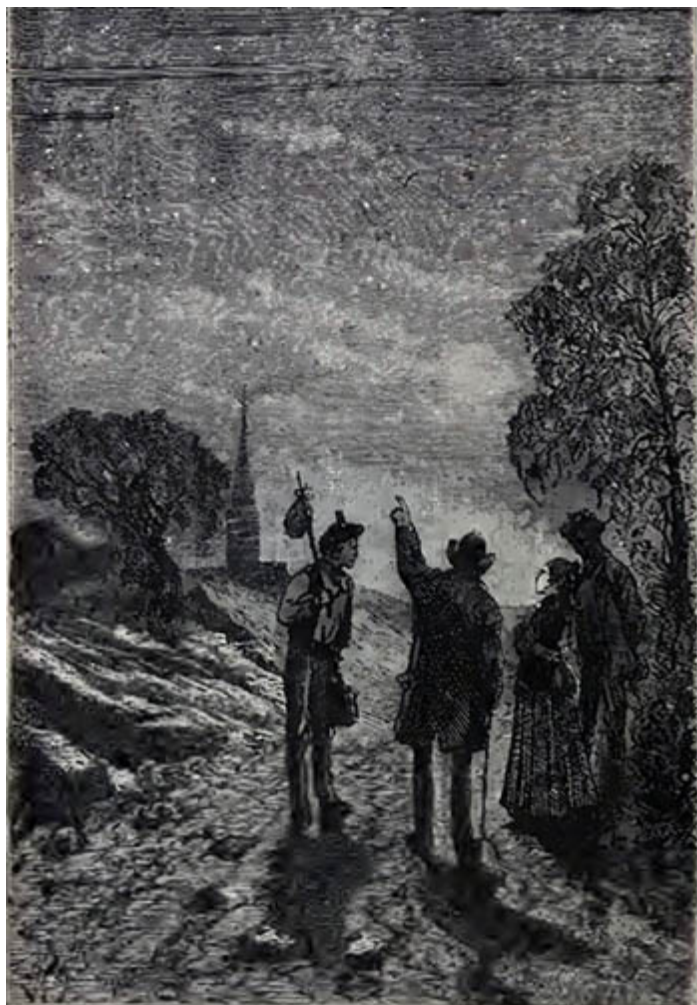
Cuando llegaron a Stirlíng, Elena y sus compañeros abordaron el tren y bajaron a la estación.

Ante ellos, y entre grandes árboles, se extendía un camino que conducía a las orillas del Forth.

La primera impresión física que experimentó la joven fue la del aire, que sus pulmones aspiraban ávidamente.

—Respira bien, Elena, —dijo Starr—, respira este aire cargado de todas las emanaciones del campo.

—¿Qué son esos grandes humos que corren por encima de nuestras cabezas? —preguntó Elena.



—Son las nubes, —contestó Harry—; son vapores medio condensados que el viento lleva al Occidente.

—¡Ah! —dijo Elena—, ¡con qué placer me dejaría llevar por esos silenciosos torbellinos!

—¿Y qué son esos puntos brillantes que se ven al través de los espacios que dejan las nubes?

—Las estrellas de que te he hablado. Otros tantos soles; otros tantos centros de mundos tal vez semejantes al nuestro.

Las constelaciones se descubrían perfectamente en aquel cielo

azul oscuro, que el viento purificaba poco a poco.

Elena miraba aquellos millares de estrellas brillantes que radiaban sobre su cabeza. Pero, dijo, ¿si son soles, cómo puede resistirlos mi vista?

—Hija mía, —respondió Starr—, son soles en efecto; pero soles que gravitan a una distancia inmensa. El más próximo de esos millares de astros, cuyos rayos llegan a nosotros, es una estrella de la Lira, llamada Vega, que puedes ver allí, cerca del cenit, y está a cincuenta millones de millones de leguas. Su luz no puede, pues, herir tu vista. Pero mañana se levantará nuestro sol, que está a sólo treinta y ocho millones de leguas, y que no puede ser mirado por la vista humana, porque es más ardiente que el foco de un humo. Pero vamos, Elena, vamos.

Emprendieron el camino. Starr llevaba a la joven de la mano. Harry iba a su lado. Jack iba y venía como un perrillo impaciente por la lentitud de sus amos.

El camino estaba desierto. Elena miraba la silueta de los grandes árboles que agitaba el viento en la sombra. Los hubiera creído gigantes que gesticulaban. El ruido de la brisa en las ramas; el profundo silencio cuando cesaba el viento; la línea del horizonte que se destacaba más fijamente cuando el camino cortaba una llanura, todo le hacía sentir cosas nuevas, y producía en ella impresiones indelebles.

Después de haber hecho algunas preguntas se calló, y todos respetaron su silencio. No querían influir con sus palabras en la imaginación de la joven, y preferían que fueran naciendo las ideas por sí mismas en su espíritu.

A las once y media llegaron a la orilla septentrional del Forth.

Allí les esperaba una barca que había sido fletada por Starr, y que debía llevarles en breves horas al puerto de Edimburgo.

Elena vio el agua brillante que ondulaba a sus pies con el movimiento de la resaca, y parecía sembrada de estrellas temblorosas.

—¿Es un lago? —preguntó.

—No, —respondió Harry—, es un gran golfo de aguas corrientes: es la embocadura de un río, casi un brazo de mar. Coge un poco de agua con la mano, y verás cómo no es dulce como la del lago Malcolm.

La joven se bajó, metió la mano entre las olas, y probó el agua.

—Es salada, —dijo.

—Sí, —respondió Harry—, la mar ha llegado hasta aquí, porque ahora es la marea alta. Las tres cuartas partes del globo están cubiertas de esta agua salada, que acabas de probar.

—Pero si el agua de los ríos no es más que el agua del mar, que les vierten las nubes ¿por qué es dulce? —preguntó Elena.

—Porque el agua pierde las sales al evaporarse, —respondió Starr—. Las nubes se forman por la evaporación, y vuelven bajo la forma de lluvia su agua al mar.

—¡Harry! ¡Harry! —gritó la joven— ¿qué es ese resplandor rojizo que se inflama en el horizonte? ¿Es un bosque ardiendo?

Y Elena señalaba un punto del cielo, en medio de unas brumas muy bajas que se coloreaban al Oriente.

—No, Elena, —respondió Harry—; es la luna que sale.

—¡Sí, la luna! —dijo Jack—, una magnífica bandeja de plata que los genios hacen circular por el cielo, y que va recogiendo un tesoro de estrellas.

—Es verdad, Jack, —dijo el ingeniero riendo—. No conocía tu habilidad, para las comparaciones atrevidas.

—Señor Starr, mi comparación es exacta; porque ya veis que las estrellas desaparecen a medida que la luna avanza. Supongo, pues, que las recoge.

—Eso es, Jack, que la luna con su esplendor apaga el de las estrellas de sexta magnitud: y por eso desaparecen a su paso.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó Elena que vivía sólo con la vista—. Pero yo creía que la luna era redonda.

—Y lo es, cuando está llena, —respondió Starr—, es decir, cuando se encuentra en oposición con el sol. Pero esta noche entra en su último cuarto, tiene cuernos, y la bandeja de Jack no es más que una vacía de barbero.

—¡Ah! señor Starr, —exclamó Jack—, ¡qué indigna comparación! Precisamente cuando iba yo a cantar en honor de la luna.

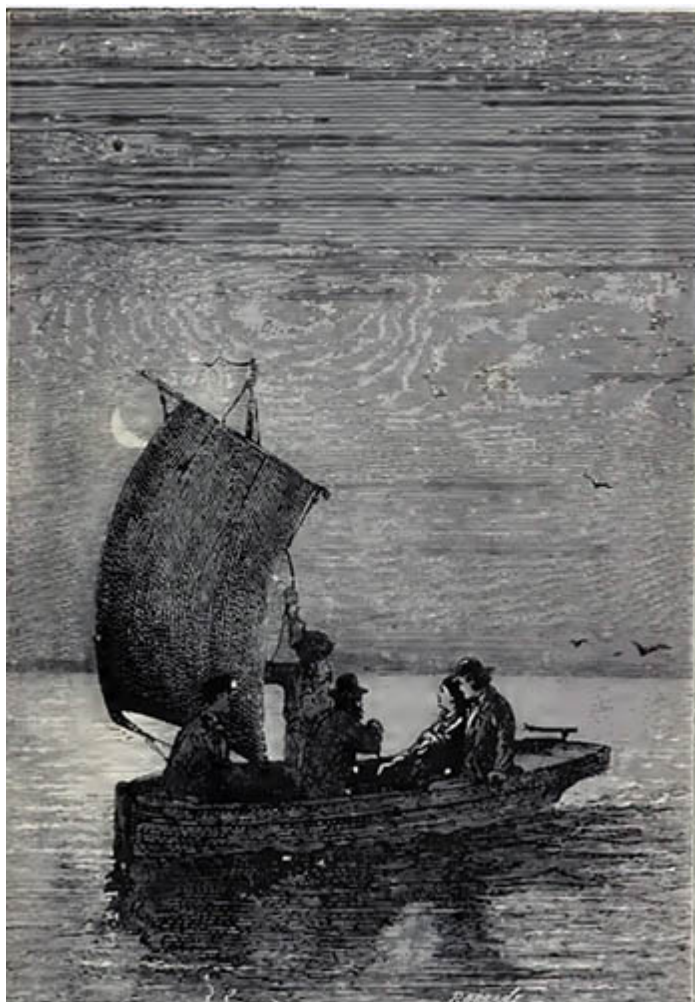
Bello faro de la noche Que vienes a acariciar...

Pero no. Ahora es imposible. Vuestra vacía me ha cortado la inspiración.

Mientras tanto la luna seguía elevándose sobre el horizonte. A su

paso se desvanecían los vapores. En el cénit y en el Occidente, las estrellas brillaban aún sobre un fondo negro que iba blanqueándose con el resplandor del astro. Elena contemplaba en silencio aquel admirable espectáculo y sus ojos recibían sin cansancio aquella luz plateada; pero su mano temblaba en la de Harry, y hablaba por ella.

—Embarquémonos, dijo Starr, es preciso subir al pico Arturo antes de la salida del sol. La barca estaba amarrada a una estaca de la orilla, y guardada por un marinero. Elena y sus compañeros entraron en ella. Se izó la vela y se hinchó con el viento sudoeste.



¡Qué nueva impresión sintió entonces la joven! Había navegado alguna vez en los lagos de la Nueva Aberfoyle; pero el remo, por más suavemente manejado que fuese por Harry, hacía traición al remero. Aquí, por primera vez, Elena se sentía arrastrada por un movimiento casi tan suave como el del globo en la atmósfera. El golfo estaba como un lago.

Elena medio recostada en la popa se dejaba mecer. En algunos momentos la luna reflejaba su luz en las olas de modo que la barca parecía caminar sobre una superficie de plata brillante. Las ondas se rompían con suave murmullo en los costados. Aquello era un encanto.

Entonces los ojos de Elena se cerraron involuntariamente: la joven cayó en una especie de adormecimiento, inclinó la cabeza sobre el pecho de Harry, y se durmió tranquilamente.

Harry quiso despertarla para que no perdiese nada de aquella magnífica noche.

Déjala dormir, hijo mío, le dijo el ingeniero. Dos horas de descanso la prepararán mejor para soportar las impresiones del día.

A las dos de la mañana llegó la embarcación al puerto de Granton, Elena despertó al tocar la tierra.

—¿He dormido? —preguntó.

—No, hija mía, —respondió Starr—. Has soñado que dormías.

La noche estaba muy clara. La luna a mitad de su altura sobre el horizonte, dispersaba sus rayos por todo el cielo. En el puertecito de Granton no había más que dos o tres barcas de pescadores, que se balanceaban con el flujo del agua. La brisa se calmaba al aproximarse la mañana. La atmósfera, libre de bruma, anunciaba una de esas madrugadas de agosto tan embellecidas por la proximidad al mar. Del horizonte salía una especie de niebla templada; pero tan delicada y transparente, que el sol debía absorberla con sus primeros rayos. La joven pudo, pues, observar el aspecto de la mar, cuando el horizonte se confunde con el cielo. Su mirada se extendía mucho; pero apenas podía resistir, la impresión particular que produce el océano, cuando la luz parece retroceder a los límites del infinito.

Harry tomó de la mano a Elena, y ambos siguieron a Starr y Jack que se adelantaron por las calles desiertas. Para Elena aquel arrabal de la capital no era más que un montón de casas sombrías,

que le recordaban a Villa carbón, con la única diferencia de que su techo era más alto y resplandecía con muchos puntos brillantes. Caminaba con paso ligero; de modo que Harry no tuvo nunca que acortar el suyo, para que no se cansara.

—¿No estás cansada? —le preguntó después de media hora de marcha.

—No, —respondió—. Me parece que apenas toco la tierra con los pies. Está tan alto el cielo que quisiera volar, como si tuviese alas.

—¡Oh! ¡es preciso contenerse! —dijo Jack Ryan—. Y tenemos que tratar que la buena Elena no se nos escape. Yo siento lo mismo cuando estoy mucho tiempo sin salir de la mina.

—Eso se debe, —dijo Starr—, a que nos sentimos más aplanados que bajo la bóveda de esquisto de Villa carbón. Parece entonces que el firmamento es un profundo abismo que nos atrae. ¿No es esto lo que sientes, Elena?

—Sí, señor Starr, —respondió la joven—, eso es. Siento como una especie de vértigo.

—Ya te acostumbrarás, —dijo Harry—. Te acostumbrarás a esta inmensidad del mundo exterior; y quizá olvidarás entonces nuestra oscura mina.

—¡Nunca! Harry, —respondió Elena.

Y se cubrió los ojos con la mano como si hubiese querido retener en la memoria el recuerdo de lo que acababa de dejar.

Los viajeros atravesaron por entre las dormidas casas de Seith Walk; dieron la vuelta a Colton-Hill, donde se elevaban en la penumbra, el Observatorio y el monumento a Nelson; siguieron la calle del Regente, atravesaron un puente, y llegaron después de una pequeña vuelta a la calle de Canongate.

Nada se movía aún en la ciudad. Las dos acababan de dar en el gótico campanario de la iglesia de Canongate.

En este sitio se detuvo Elena.

—¿Qué masa confusa es esa? —preguntó señalando un edificio aislado, que se elevaba en el fondo de una plazuela.

—¡Esa masa, Elena, —respondió Starr—, es el palacio de los antiguos soberanos de Escocia, Holyrood, donde han tenido lugar tantos sucesos fúnebres! ¡Ahí puede el historiador evocar muchas sombras reales; desde la sombra de María Estuardo, hasta la del

anciano rey de Francia Carlos X! Mas a pesar de esas fúnebres sombras, cuando venga el día no te parecerá lúgubre esa residencia. Holyrood, con sus cuatro torres almenadas, parece un castillo de recreo, que por capricho de sus propietarios ha conservado el carácter feudal. Pero sigamos nuestro camino. Allí en el circuito de la abadía de Holyrood se elevan las soberbias rocas de Salisbury, que domina el pico Arturo. Allí hemos de subir; porque desde su cima verás aparecer el sol por el horizonte del mar.

Entraron en el Parque del Rey, y después, subiendo siempre, atravesaron Victoria-Drive, magnífico camino circular, que sirve para carruajes, y que Walter Scott se felicita de haber consignado en algunas líneas de una novela.

El pico Arturo, no es realmente más que una colina de setecientos cincuenta pies de altura, cuya aislada cima domina los alrededores. En menos de una hora y por un sendero que lo rodea y hace fácil la ascensión, subieron a la cabeza de aquel león, que representa el pico Arturo, cuando se mira desde el Poniente.

Allí se sentaron los cuatro, y Jacobo Starr, siempre dispuesto a citar al gran novelista escocés dijo:

He aquí lo que ha escrito Walter Seott, en el capítulo 8º de la *Prisión de Edimburgo*: «Si yo tuviese que elegir un sitio desde donde ver la salida y postura del sol, sería precisamente éste». Esperemos, pues, Elena. El sol no ha de tardar en salir, y podrás contemplarle en todo su esplendor.

La joven estaba mirando entonces al Oriente.

Harry a su lado observaba con ansiosa atención. ¿No iba a ser profundamente impresionada por los primeros rayos del astro del día? Todos callaban; hasta el mismo Jack Ryan.

Ya empezaba a dibujarse en el horizonte una línea blanca, con matices rosados, sobre un fondo de ligeras brumas. Algunas nubecillas perdidas en el cenit, fueron heridas por el primer rayo de luz. Edimburgo se distinguía confusamente al pie del pico Arturo, en la calma absoluta de la noche. Algunos puntos luminosos rompían aquí y allá la oscuridad. Eran las luces que iban encendiendo los vecinos de la antigua capital. Por detrás, hacia el Poniente, el horizonte cortado por siluetas caprichosas, presentaba una serie de picos en cada uno de los cuales iba a encender un punto de fuego el primer rayo del sol.

El perímetro del mar se dibujaba más claramente al Este. La escala de los calores se disponía poco a poco en el mismo orden que tienen en el espectro solar. El rojo de las primeras brumas iba por graduación hasta el violado del cenit. De segundo en segundo, aquella paleta inmensa se hacía más viva; el color rosa se convertía en rojo, y el rojo en fuego. El día empezaba en el punto de contacto del círculo de iluminación con la circunferencia del mar.

En aquel momento las miradas de Elena recorrían el espacio desde el pie de la colina hasta Edimburgo, cuyos cuarteles empezaban a separarse por grupos: elevados monumentos o algunos campanarios atravesaban el espacio, y se iban perfilando poco a poco. Se esparcía por el ambiente una especie de luz cenicienta. Por fin llegó a los ojos de la joven el primer rayo. Era ese rayo verde, que en la salida y postura del sol, brota del mar cuando el horizonte está puro.

Medio minuto, después, Elena se levantó y señalando un punto que parecía dominar las alturas de la población exclamó:

—¡Un fuego!

—No, Elena, —respondió Harry—, no es un fuego. Es un reflejo de oro que pone el sol en el monumento de Walter Scott.

Y en efecto el extremo del monumento a la altura de doscientos pies, brillaba como un faro de primer orden.

Era ya de día. El sol apareció. Su disco parecía húmedo como si realmente hubiese salido del mar ensanchado al principio por la refracción, fue disminuyendo hasta tomar la forma circular. Su resplandor, que se hizo insostenible enseguida, era como el de la boca de un humo encendido que hubiese agujereado el cielo.

Elena tuvo que cerrar los ojos; y tuvo también que poner la mano sobre sus delgados párpados.

Harry quiso que se volviese de espaldas.

—No, Harry, le contestó, es preciso que mis ojos se acostumbren a ver lo que ven los tuyos.

Al través de la mano, Elena percibía aún una luz rojiza que iba blanqueándose a medida que el sol se elevaba sobre el horizonte. Sus ojos se iban acostumbrando gradualmente. Por último los abrió y se impregnaron de la luz del día.

La piadosa joven cayó de rodillas exclamando:

—Dios mío ¡qué hermoso es vuestro mundo!

En seguida bajó los ojos y miró, a sus pies se desarrollaba el panorama de Edimburgo; los barrios nuevos y alineados, el montón confuso de las casas, y el caprichoso laberinto de las calles de AuldRecky. Dos alturas dominaban este conjunto; el castillo sobre su roca de basalto, y Calton-Hill, sosteniendo en su cima redonda las ruinas modernas de un monumento griego. Desde la ciudad al campo radiaban magníficos caminos con árboles. Al Norte un brazo de mar, el golfo de Forth, cortaba profundamente la costa en la cual se abría el puerto de Leith. Por cima, en tercer término, se desarrollaba el pintoresco litoral del condado de Fife. Una vía recta como la del Pireo, unía el mar a esta Atenas del Norte. Al Oeste se extendían las bellas playas de Newbauen y de Porto-bello, cuya arena teñía de amarillo las primeras olas de la resaca. Algunas chalupas animaban las aguas del golfo, y dos o tres buques de vapor arrojaban al cielo un cono de humo negro. Más allá verdeaba la inmensa campiña, y pequeñas colinas rompían la línea de la llanura. Al Norte los montes Lomond, y al Oeste el Ben-Lomond y Ben-Ledi reflejaban los rayos solares, como si sus cimas estuviesen cubiertas de eterno hielo.

Elena no podía hablar. Sus labios no murmuraban más que palabras vagas. Sus manos temblaban: sentía vértigos; y por un momento le abandonaron sus fuerzas. En aquella atmósfera tan pura, ante aquel espectáculo sublime, se sentía desfallecer, y cayó en los brazos de Harry, dispuestos para recibirla.

Aquella joven, cuya vida había pasado hasta entonces en las entrañas de la tierra, contemplaba en fin lo que constituye casi todo el universo, como le ha hecho el Creador del mundo. Sus miradas, después de haber recorrido la ciudad y el campo, se dirigieron por primera vez sobre la inmensidad del mar y el infinito del cielo.

CAPÍTULO XVIII

DEL LAGO LOMOND AL LAGO KATRINE

Harry llevando a Elena en sus brazos, y seguido de Jacobo Starr y de Jack Ryan bajó la falda del pico Arturo. Después de algunas horas de descanso, y de un desayuno reparador en Lambert's-Hotel, pensaron en completar la excursión con un paseo por el país de los lagos.

Elena había recobrado sus fuerzas. Sus ojos podían ya abrirse enteramente a la luz, y sus pulmones aspirar aquel aire vivificante y saludable. El verde de los árboles, los colores de las plantas, el azul del cielo habían desplegado ya todos sus matices ante su vista.

Tomaron el tren en la estación del ferrocarril general y llegaron a Glasgow. Allí desde el último puente sobre el Clyde, pudieron admirar el curioso movimiento marítimo del río. Después pasaron la noche en el Hotel Real de Comrie.

Al día siguiente el tren les condujo rápidamente desde la estación del ferrocarril de Edimburgo y Glasgow, pasando por Dumbarton y Balloch, al extremo meridional del lago Lomond.

—Este es el país de Rob Roy de Fergus Mac Gregor, —dijo Jacobo Starr—; el territorio tan poéticamente celebrado por Walter Scott. ¿No conoces este país, Jack?

—Le conozco por sus canciones, señor Starr, —respondió Jack Ryan—; y cuando un país ha sido bien cantado debe ser bueno.

—Y lo es, en efecto, —dijo el ingeniero—. Elena conservará de él un grato recuerdo...

—Con un guía como vos, señor Starr, —dijo Harry—, será más agradable: porque contaréis su historia mientras nosotros le miramos.

—Sí, Harry, —respondió el ingeniero—, mientras mi memoria me lo permita; pero lo haré con una condición: que el alegre Jack me ayude. Cuando yo me canse de hablar, él cantará.

—No tendréis que decírmelo dos veces, —dijo Ryan—, lanzando una nota vibrante, como si hubiese querido poner su garganta a la del diapasón.

El ferrocarril de Glasgow a Balloch, entre la metrópoli comercial de Escocia y la punta meridional del lago Lomond, no tiene más que veinte millas.

El tren pasó por Dumbarton, sitio real y capital del condado, cuyo castillo siempre fortificado, conforme al tratado de la Unión, está pintorescamente situado sobre los dos picos de una gran roca de basalto.

Dumbarton está situado en la confluencia del Clyde y el Leven. Con este motivo Jacobo Starr refirió algunas particularidades de la historia novelesca de María Estuardo. De este sitio salió para ir a casarse con Francisco II y ser reina de Francia. Allí también, en 1815 el ministerio inglés determinó internar a Napoleón; pero prevaleció la elección de Santa Elena; y el prisionero de Inglaterra fue a morir sobre una roca del Atlántico, para mayor gloria de su vida legendaria.

El tren se detuvo en Balloch, cerca de una estacada de madera que bajaba hasta el lago.

Un barco de vapor, el *Sinclair*, esperaba a los viajeros que, hacen excursiones por el lago. Elena y sus compañeros se embarcaron, después de tomar billetes para Inversnaid, en el extremo norte del lago Lomond.

El día empezaba con un cielo despejado, sin esas brumas británicas que le cubren ordinariamente. Ningún detalle de aquel paisaje, que abrazaba treinta millas, debía pasar inadvertido para los viajeros del Sinclair. Elena, sentada a popa, entre Starr y Harry aspiraba por todos sus sentidos la poesía de que está impregnada la naturaleza en Escocia. Jack Ryan iba y venía sobre el puente del Sinclair preguntando sin cesar al ingeniero, a pesar de que éste no tenía necesidad de ser interrogado, pues iba describiendo como un admirador entusiasta el país de Rob Roy, a medida que la descubriera.

Así que entraron en el lago empezaron a descubrir multitud de

islas e islotes. Parecía un semillero de islas. El Sinclair costeaba sus escarpadas orillas, y los viajeros iban observando en ellas, ya un valle solitario, ya una garganta selvática erizada de rocas salientes.

—Elena, —dijo Starr—, cada uno de estos islotes tiene su leyenda y quizá su canción, lo mismo que los montes que rodean el lago. Suele decirse que la historia de esta región está escrita con caracteres gigantescos de islas y de montañas.

—¿Sabéis, —dijo Harry—, lo que me recuerda esta parte del lago Lomond?

—¿El qué Harry?

—Las mil islas del lago Ontario, tan admirablemente descritas por Cooper. Tú debes sentir esta semejanza como yo, mi querida Elena, porque hace pocos días te he leído esta novela, que merece llamarse la obra maestra del escritor americano.

—En efecto, —respondió la joven—, es el mismo aspecto; y el Sinclair se desliza entre estas islas, como en el lago Ontario, se deslizaba el barco de Jasper.

—Pues bien, —dijo el ingeniero—, eso prueba que los dos sitios merecían ser cantados por dos poetas. No conozco esas mil islas del lago Ontario, pero dudo que su aspecto sea más variado que el de este archipiélago de Lomond. ¡Mirad qué paisaje! Allí está la isla Murray con su antiguo fuerte de Lennose, donde residió la duquesa de Albany, después de la muerte de su padre, de su esposo y de sus dos hijos, decapitados por orden de Jacobo I. Aquí la isla Clar, la isla Cro, la isla Torr, unas roquizas, salvajes, sin vegetación, otras con su cima verde y redonda. Aquí alerces y abedules; allí brezos amarillos y secos. ¡En verdad, es difícil que las mil islas del lago Ontario ofrezcan tanta variedad!

—¿Qué puerto es este? —preguntó Elena que miraba la orilla oriental del lago.

—Ese es Balmaha, que forma la entrada de los Híglands, —respondió Starr—. Esas ruinas que se descubren son de un antiguo convento de monjas; y esas tumbas esparcidas contienen individuos de la familia de Mac Gregor, cuyo nombre es aún célebre en todo el país.

—Célebre por la sangre que esa familia ha derramado y ha hecho derramar. —Observó Harry.

—Tienes razón, —continuó Starr—, es preciso confesar que la

celebridad debida a las batallas es aún la más ruidosa. Esas narraciones de combates, pasan las edades...

—Y se perpetúan por las canciones, —añadió Jack Ryan.

Y en apoyo de sus palabras entonó la primera estrofa de un antiguo canto de guerra, que refería las hazañas de Alejandro Mac Gregor, del valle Srae, contra Humphry Colquhour, de Luss.

Elena escuchaba; pero sentía una triste impresión con esta conversación de batallas.

¿Por qué se había derramado tanta sangre en aquellas llanuras, que parecían inmensas a la joven, y donde a nadie podía faltar un lugar? Las orillas del lago, que miden de tres a cuatro millas, se van aproximando hacia el puertecito de Luss. Elena pudo ver un momento la torre del antiguo castillo. Después el *Sinclair* puso la proa al Norte; y los viajeros descubrieron el Ben Lomond, que se eleva a tres mil pies sobre el nivel del lago.

—¡Admirable montaña! —dijo Elena—, ¡qué hermosas vistas debe haber en su cumbre!



—Sí, —respondió el ingeniero—. Mira cómo esa cima se separa orgullosamente del ramillete de encinas, abedules y alerces que tapizan la zona inferior del monte. Desde allí se descubren las dos terceras partes de nuestra vieja Caledonia. Allí residía habitualmente el clan de Mac Gregor. No lejos las cuestiones de los jacobistas y de los hannoverianos han ensangrentado más de una vez esos valles. Allí se eleva en las noches despejadas esa pálida luna, que las leyendas llaman «la linterna de Mac Farlane». Allí los ecos repiten aún los nombres inmortales de Rob Roy y de Mac

Gregor Campbell.

El Ben Lomond, último pico de la cadena de los Grampianes, merece verdaderamente haber sido cantado por el célebre novelista escocés. Como hizo observar el ingeniero, hay otras montañas más altas, cuya cumbre está cubierta de nieves perpetuas, pero no hay ninguna más poética en ninguna parte del mundo.

—¡Y cuando pienso que el Ben Lomond pertenece todo al duque de Montrose! Su gracia posee una montaña, como un barrio de Londres, como una calle de su jardín.

Durante este tiempo, el Sinclair llegaba al pueblo de Tarbet, en la orilla opuesta del lago, donde dejó a los viajeros que iban a Inverary. Desde este sitio el Ben Lomond se presentaba en toda su belleza. Sus laderas, surcadas por torrentes, brillaban como arroyos de plata fundida.

A medida que el Sinclair costeaba la base de la montaña, el país se hacía cada vez más salvaje; apenas se veía algún árbol aislado entre aquellos sauces, cuyas varas servían en otro tiempo para castigar a los plebeyos.

—¡Para economizar las correas! —dijo Jacobo Starr.

El lago se estrechaba y se alargaba hacia el Norte; porque le encerraban las montañas laterales. El vapor pasó de largo algunos islotes, como Iveruglas y Eilad-Whou, en que se veían los restos de una fortaleza, que pertenecía a los Mac Farlane.

Por último, las dos orillas se unieron; y el *Sinclair* se detuvo en la estación de Imberslaid.

Allí, mientras preparaban el almuerzo, Elena y sus compañeros fueron a visitar un torrente que se precipitaba en el lago desde una gran altura, y parecía haber sido colocado ahí, como una decoración, para agradar a los viajeros. Un puente vacilante saltaba por cima de las aguas tumultuosas por entre una nube de polvo líquido. Desde este punto la vista abrazaba una gran parte del Lomond; y el Sinclair no parecía ya más que un punto en su superficie.

Concluido el almuerzo se trataba de ir al lago Katrine. Varios coches con las armas de la familia Breadalbane —la familia que aseguraba a Rob Roy fugitivo el agua y el fuego— estaban a disposición de los viajeros, y les ofrecían toda la comodidad que tienen los coches ingleses.

Harry colocó a Elena en el imperial, según la moda del día, y los demás se sentaron a su lado. Los caballos eran guiados por un magnífico cochero con librea roja. El coche empezó a subir la montaña costeano el sinuoso lecho del torrente.

El camino era muy escarpado. A medida que se elevaba parecía modificarse la forma de las cimas que le rodeaban. Se veía crecer la cadena de la orilla opuesta del lago, y las cumbres del Arroquhar dominando el valle de Inverruglas. A la izquierda se elevaba el Ben Lomond que descubría su rápida ladera septentrional.

El país comprendido entre el lago Lomond y el Katrine presentaba un aspecto salvaje. El valle empezaba por estrechos desfiladeros que terminaban en la cuenca de Aberfoyle.

Este nombre recordó a la joven aquellos abismos, llenos de espanto, en cuyo fondo había pasado su infancia. Jacobo Starr se apresuró a distraerla con sus narraciones.

El paisaje se prestaba a ello. En las orillas del pequeño lago de Ard se verificaron los principales acontecimientos de la vida de Rob Roy. Allí se elevaban rocas calcáreas de aspecto siniestro, sembradas de piedras, que la acción del tiempo y de la atmósfera había endurecido, como cemento. Algunas barracas miserables, casi como cuevas, sobresalían entre corrales arruinados. No hubiera podido decirse si estaban habitados por criaturas humanas o por bestias salvajes. Algunos chicos con los cabellos decolorados por la intemperie del clima, miraban pasar el tren con ojos espantados.

—Éste es el que puede llamarse más particularmente el país de Rob Roy, —dijo Starr—. Aquí fue preso por los soldados del conde Lennox el buen alcalde Nicolás Jarvie, digno hijo de su padre el diácono. En este mismo sitio fue donde quedó suspendido por los calzones, que por fortuna eran de buen paño escocés, y no de esas telas ligeras de Francia. No lejos del nacimiento del Forth, alimentado por los torrentes de Ben Lomond se ve aún el vado que atravesó el héroe para escapar de los soldados del duque de Monrose. ¡Ah! Si hubiese conocido los sombríos rincones de nuestra mina, habría podido desafiar todas las persecuciones. Ya veis, amigos míos, que no puede darse un paso en esta comarca, tan maravillosa, sin encontrar los recuerdos del pasado en que se ha inspirado Walter Scott, cuando ha parafraseado en estrofas magníficas, el llamamiento a las armas del clan de Mac Gregor.

—Todo eso está muy bien, señor Starr, —dijo Jack—; pero si es cierto que Nicolás Jarvie quedó suspendido de los calzones, ¿de dónde viene nuestro proverbio: Sólo el diablo puede coger a un escocés del calzón?

—A fe que tienes razón, —respondió riendo Starr—; y eso prueba sencillamente que aquel día el alcalde no estaba vestido a la moda de sus antepasados.

—Hizo mal, señor Starr.

—No digo que no.

El coche, después de haber subido las ásperas orillas del torrente, bajó a un valle sin árboles y sin aguas, y cubierto solamente de brezos. En algunos puntos se elevaban montañas piramidales de piedras.



Esas son las tumbas, dijo Starr. Antes, todos los que pasaban debían poner una piedra para honrar la memoria de los héroes enterrados ahí. De esta costumbre viene la frase: «Maldito el que pasa por una tumba sin poner la piedra del último saludo». Si los hijos hubiesen conservado la tradición de los padres esos montones serían hoy montañas. En este país todo contribuye a esa poesía natural iniciada en el corazón de los montañeses: Lo mismo sucede en todos los países montañosos. La imaginación está excitada por estas maravillas, y si los griegos hubiesen vivido en una llanura, no

hubiesen inventado la mitología.

Durante esta conversación y otras semejantes, el coche entraba en los desfiladeros de un valle estrecho que era muy propio para las reuniones de las brujas, familiares de la gran Meg-Merillies. Dejaron el lago Arkiet a la derecha, y tomaron una senda muy pendiente que conducía a la posada de Stronachlacar a orillas del lago Katrine.

Allí se balanceaba un barco, que llevaba naturalmente el nombre de *Rob-Roy*. Los viajeros se embarcaron en el momento en que iba a partir.

El lago Katrine no tiene más que diez millas de longitud por dos de ancho a lo más. Las primeras colinas del litoral son también características del país.

—Mirad el lago que ha sido siempre comparado a una anguila, —dijo el ingeniero—. Se dice que no se huela nunca. Yo no lo sé, pero lo que no puedo olvidar es que ha sido el teatro de las aventuras de la *Dama del lago*. Estoy seguro de que si Jack mira bien, verá aún deslizarse por su superficie la ligera sombra de la bella Elena Douglas.

—Ciertamente, señor Starr, —respondió Jack—; ¿y por qué no la he de ver? ¿Por qué esa belleza no ha de ser tan visible sobre las aguas del lago Katrine, como los duendes de la mina en el lago Malcolm?

En aquel momento se oyó: una cornamusa en la popa del *Rob-Roy*.

En efecto, un *highlander*, con el traje nacional, preludiaba en su cornamusa de tres bordones que correspondían al *sol*, al *sí* y a la octava de *sol*. La flauta de tres agujeros daba una escala de *sol* mayor con el *fa* natural.

La canción del *highlander* era sencilla y tierna. Es probable que esos cantos nacionales no hayan sido escritos por nadie; y sean una mezcla del soplo de la brisa, del murmullo de las aguas y del ruido de las hojas. La canción se componía de tres compases a dos tiempos y un compás de tres tiempos.

Si en aquel momento había un hombre verdaderamente feliz, era Jack Ryan. Así, mientras el *highlander* le acompañaba, él cantó con su sonora voz un himno consagrado a las leyendas poéticas de la antigua Caledonia. Era un himno lleno de poesía en que se convocaban todos los recuerdos de la historia escocesa y todas las

leyendas fantásticas que habían nacido en los lagos y las montañas; mezcla caprichosa de hechos reales y de supersticiones, en que se hablaba de los héroes y de las brujas, sin olvidar, por supuesto, a Rob Roy, a Flora Mac Ivor, a Waverley y al entusiasta novelista irlandés Walter Scott.

Eran las tres de la tarde. La orilla occidental del lago Katrine se destacaba en el doble cuadro del Ben Arr y del Ben Venue... Ya a media milla se dibujaba el pequeño golfo en que el *Rob-Roy* iba a desembarcar a los viajeros que volvían a Stirling por Callander.

Elena estaba como aplanada por la continua tensión de su espíritu. De sus labios no salía más que una sola frase: ¡Dios mío, Dios mío! Y la repetía siempre que asomaba a su vista un nuevo objeto de admiración. Necesitaba algunas horas de reposo para fijar el recuerdo de tantas maravillas.

Harry, cogiendo su mano, la miró con emoción y le dijo:

—¡Elena, mi querida Elena, pronto habremos vuelto a nuestra sombría casa! ¿No echarás de menos lo que has visto en estas horas a la plena luz del día?

—No, Harry, —respondió la joven—. Me acordaré, sí, pero volveré gustosa contigo a nuestra amada mina.

—Elena, —le preguntó Harry con una voz, cuya emoción quería contener en vano—; ¿quieres que nos una para siempre un vínculo sagrado ante Dios y los hombres?

—Lo quiero, Harry, —contestó la joven mirándole con sus ojos serenos—; y si tú crees que yo pueda llenar tu vida...

No había acabado Elena esta frase, en que se resumía todo el porvenir de Harry, cuando se verificó un fenómeno inexplicable.

El *Rob-Roy*, que estaba aún a media milla de la orilla, experimentó un choque brusco. Su quilla había tropezado con el fondo del lago, y la máquina no le podía arrancar.

La causa era que la parte oriental del lago acababa de vaciarse súbitamente, como si en su fondo se hubiese abierto una inmensa grieta. En algunos segundos se había secado como una playa, después de una marea de equinoccio. Casi todo su contenido había pasado a las entrañas de la tierra.

—Amigos, —exclamó Jacobo Starr, como si hubiese descubierto rápidamente la causa del fenómeno—. ¡Dios salve a la Nueva Aberfoyle!

CAPÍTULO XIX

LA ÚLTIMA AMENAZA

Aquel día en la Nueva Aberfoyle se trabajaba como siempre; se oían desde lejos los barrenos de dinamita, que hacían saltar el filón carbonífero. Aquí resonaban los golpes del pico y la palanca; allí el ruido de los perforadores, que atravesaban la arenisca y el esquisto; ruidos todos cavernosos. El aire aspirado por las máquinas corría por los pozos de ventilación; y las puertas de madera se cerraban bruscamente por estas corrientes. En los túneles inferiores los vagones mecánicos pasaban con una velocidad de quince millas por hora; y los timbres automáticos avisaban a los trabajadores que se alejasen de la vía. Las cargas subían y bajaban sin descanso, movidas por las inmensas máquinas de la superficie del suelo. Los discos iluminaban con luz de fuego a Villa carbón.

La explotación se hacía, pues, con la mayor actividad. El filón se desgranaba en los vagones, que se vaciaban a cientos en las cajas que subían por los pozos de extracción. Una parte de los mineros descansaba del trabajo de la noche, y los demás no perdían un momento.

Simón Ford y Margarita habían acabado de comer, y se habían sentado en el patio de la casa. El viejo iba a dormir su siesta, y fumaba una pipa de tabaco francés. Cuando los dos esposos hablaban, no tenían más que una conversación; Elena, su hijo, el ingeniero y la excursión a la superficie de la tierra. ¿Dónde estarían? ¿Qué harían en aquel momento? ¿Cómo podían estar tanto tiempo fuera, sin sentir la nostalgia de la mina? En aquel momento se oyó un mugido extraordinario. Parecía que una catarata se precipitaba en la mina.

Simón y Margarita se levantaron rápidamente.

Casi al mismo tiempo las aguas del lago Malcolm se hincharon. Una ola semejante a la de la marea creciente, invadió las orillas y fue a romperse contra la casa.

Simón, cogiendo a Margarita, la subió rápidamente al piso principal.



Por todas partes se oían gritos en la mina, amenazada por esta inundación repentina. Sus habitantes buscaban un refugio hasta en las altas rocas esquistosas que rodeaban el lago.



El terror llegaba al colmo. Algunas familias, medio locas, se precipitaban hacia el túnel para ganar los pisos superiores. Podía temerse que el mar hubiese entrado en la mina, porque las últimas galerías llegaban al canal del Norte. Y en este caso la cripta habría sido inundada, y no se hubiera escapado ni uno sólo de los habitantes de Aberfoyle.

Pero en el momento en que los primeros fugitivos llegaban a la entrada del túnel, se encontraron enfrente de Simón, que había salido de la choza.

—¡Deteneos, deteneos! —les gritó—; si fuese una inundación del mar correría más deprisa que vosotros: ninguno se escaparía. Pero las aguas no crecen; el peligro parece que ha pasado.

—¿Y nuestros compañeros, que estaban trabajando abajo? —dijeron algunos mineros.

—No tienen nada que temer, —contestó Simón—. La explotación se hace en un sitio más alto que el nivel del lago.

Los hechos debían darle la razón. La invasión del agua se había verificado súbitamente, pero repartida en el fondo de la mina, no había producido más efecto que elevar algunos pies las aguas del lago. La población no estaba pues, en peligro, y era de esperar que el agua arrastrada a las profundidades inferiores de la mina, que no estaban aún explotadas, no hubiese causado ninguna víctima.

En cuanto a si la inundación había sido producida por la elevación de una capa inferior, al través de las grietas de la roca, o por alguna corriente de agua del suelo que se había precipitado perdiendo su fondo, ni Simón Ford ni sus compañeros podían decirlo. Por lo demás, no cabía duda de que se trataba de un simple accidente, como otros muchos que suceden en la explotación minera.

Pero aquella misma tarde ya sabían a qué atenerse. Los periódicos del condado publicaban la descripción de este curioso fenómeno. Elena, Harry, Starr y Jack Ryan, que habían vuelto apresuradamente a la mina, confirmaron la noticia, y supieron con gran satisfacción que todo estaba reducido a algunas pérdidas materiales en la Nueva Aberfoyle.

El lago Katrine se había, pues, desfondado. Sus aguas habían entrado a la mina por un gran agujero.

Al lago favorito del novelista escocés, no le quedaba ya agua para que pudiese mojar sus lindos pies la *Dama del Lago*... a lo menos en la parte meridional. Todo había quedado reducido a un estanque de algunas hectáreas, donde el lecho era más elevado que la parte del Sur.

¡Qué ruido causó este extremo acontecimiento! Era sin duda la primera vez que un lago se vaciaba en un instante en las entrañas de la tierra. Había que borrarle de los mapas del Reino Unido, hasta que volviese a llenarse —por una suscripción nacional—, después de haber cerrado el agujero. Walter Scott se hubiese muerto de pena

si hubiese vivido aún.

Después de todo, el accidente era explicable. En efecto, los terrenos secundarios que servían de bóveda a la mina y de lecho al lago, se habían reducido a una capa delgada por su disposición geológica.

Pero aunque este suceso parecía debido a una causa natural, Starr, Simón y Jack se preguntaron si podía atribuirse a la malevolencia. Las sospechas volvieron a inquietarles con mayor fuerza. ¿Volverían a empezar las persecuciones del genio malhechor contra la explotación de la rica mina? Algunos días después, Jacobo Starr hablaba con el viejo y su hijo de este suceso.

—Simón, —decía—, aunque el hecho puede explicarse por sí mismo, yo tengo como un presentimiento de que pertenece a esos cuya causa buscamos.

—Pienso lo mismo, señor Starr, —respondió Simón—; pero si queréis creerme, callémonos, e investiguemos por nosotros mismos.

—¡Oh! —dijo el ingeniero—; sé desde luego el resultado.

—¿Cuál?

—Hallaremos la prueba de la maldad; pero no al criminal.

—Pero si existe ¿dónde se oculta? Un sólo ser, por perverso que sea, ¿puede tener una idea tan infernal como provocar el desfondamiento de un lago? Concluiré por creer, como Jack, que hay algún duende en la mina, que nos odia por invadir sus dominios.

No hay para qué decir que Elena había permanecido alejada de estos conciliábulos. Ella, por su parte, ayudaba a los que guardaban este silencio; pero su actitud demostraba que tenía los mismos temores que su familia adoptiva. En su rastro se pintaban las huellas de los combates interiores que sufría.

Resolvióse, pues, que Starr, Simón y Harry fuesen al lugar de la irrupción del agua, y buscasen la causa. A nadie hablaron de su proyecto; porque quien no conociese los antecedentes del hecho, tendría por admisible la opinión del ingeniero y de sus amigos.

Algunos días después, los tres en una ligera canoa que dirigía Harry, fueron a examinar los pilares que sostenían la bóveda en que reposaba el lago Katrine...

Este examen les dio la razón. Los pilares habían sido minados. Aún eran visibles las manchas negruzcas, porque las aguas habían

ya bajado a consecuencia de las filtraciones, y se podía llegar a descubrir hasta la base de la cripta.

La caída de una parte de la bóveda había sido premeditada y ejecutada por la mano de un hombre.

—Ya no hay duda, —dijo Starr—. ¡Y quién sabe lo que habría sucedido, si en vez de este pequeño lago hubiese dado paso a las aguas del mar!

—¡Sí! —exclamó Simón con cierta presunción—; se necesita un mar para llenar nuestra Aberfoyle. ¿Pero qué interés puede tener nadie en la ruina de nuestra explotación?

—Esto es incomprensible, —respondió Jacobo Starr—. No se trata de una partida de malhechores vulgares, que desde el antro en que se refugian, se extiende por el país para robar y saquear. Sus crímenes en tres años habrían descubierto su existencia. No se trata tampoco, como he pensado, de algunos monederos falsos, ocultos en algún ignorado rincón de estas cavernas, para ejercer su culpable industria e interesados por lo tanto en expulsarnos. No se hace contrabando, ni moneda falsa para guardarlo. Y sin embargo, hay un enemigo implacable que ha jurado la pérdida de la Nueva Aberfoyle, y que tiene un gran interés en realizar su odio. Es débil, sin duda, para obrar abiertamente; y por eso prepara en la sombra sus emboscadas, pero la inteligencia que ha desplegado, hace de él un ser temible. Posee mejor que nosotros los secretos de nuestra casa; porque desde hace mucho tiempo se escapa a nuestras pesquisas. Es un hombre del oficio, hábil entre los hábiles seguramente, Simón. Lo prueba evidentemente cuanto hemos descubierto de sus obras. Vamos a ver. ¿Tenéis algún enemigo personal de quién sospechar? ¡Miradlo bien! Hay monomanías de odio que el tiempo no borra nunca. Recordad toda vuestra vida, si es preciso. Todo esto parece obra de una locura fría y paciente, que exige recordéis hasta los menores recuerdos.

Simón no respondió. El pobre capataz, antes de hablar, examinaba con candor todo su pasado.

Por fin levantando la cabeza, dijo:

—¡No! Creo ante Dios que ni Margarita ni yo hemos hecho mal a nadie. No podemos tener un enemigo, ¡ni uno sólo!

—¡Ah! —dijo el ingeniero—, si Elena quisiese hablar...

—Señor Starr, y vos, padre mío, dijo Harry, yo os ruego que

conservemos aún el secreto de nuestras pesquisas. ¡No interroguéis a mi pobre Nell! La veo ya inquieta y angustiada. Creo que hay en su pecho una pena que la ahoga. Si se calla es porque no tiene nada que decir, o porque no cree conveniente hablar. No podemos dudar de su cariño a todos nosotros; pero si más adelante me dijese algo, yo es lo comunicaría enseguida.

—Sea Harry, —dijo el ingeniero—; y sin embargo ese silencio es inexplicable, si Elena sabe algo.

Y como Harry se dispusiese a replicar, añadió:

—Ten tranquilidad. No diremos nada a la que ha de ser tu mujer.

—Y que lo será sin esperar más, si queréis, padre mío.

Hijo, —contestó Simón—, dentro de un mes te casarás. Vos haréis de padre de Elena, señor Starr.

—Contad conmigo, Simón, —respondió el ingeniero.

Starr y sus compañeros volvieron a la choza. Nada dijeron del resultado de su exploración; de consiguiente para todo el mundo la inundación fue un simple accidente, sin más consecuencia que haber un lago menos en Escocia.

Elena había vuelto a sus ocupaciones habituales. De su visita al condado conservaba recuerdos imperecederos, que Harry utilizaba para su instrucción, pero no le había quedado ninguna pena; amaba como antes su sombría morada, en que pensaba vivir siendo mujer, como había vivido siendo niña y joven.

El próximo matrimonio de Elena y Harry hacía gran ruido en la mina. Los obsequios y felicitaciones llovían sobre la choza. Jack Ryan no fue el último en llevar los suyos. Muchas veces lo sorprendieron retirado, ensayando sus mejores canciones para una fiesta en que debía tomar parte toda la población minera.

Pero durante el mes que precedió al matrimonio, la nueva Aberfoyle sufrió mayores pruebas que nunca. Parecía que la aproximación de este acto provocaba catástrofes. Los accidentes se verificaban principalmente en los trabajos más profundos, sin que se supiese su causa.

Un incendio devoró todo el maderaje de una galería inferior; y se encontró la lámpara que había usado el incendiario.

Harry y sus compañeros tuvieron que arriesgar su vida para apagar aquel fuego que amenazaba destruir el depósito; y no lo

consiguieron sino empleando bombas llenas de agua con ácido carbónico, de que la mina estaba prudentemente provista.

Otra vez hubo un desprendimiento, debido a la ruptura de los puntales de un pozo; y Starr hizo ver que habían sido cortados por una sierra. Harry, que estaba vigilando estos trabajos, fue sepultado entre los escombros, y escapó milagrosamente de la muerte.



Algunos días después los vagones del tranvía mecánico, en que iba Harry, tropezaron en un obstáculo, y volcaron. En la vía se encontró una viga colocada intencionalmente.

Estos hechos se multiplicaron de modo que se declaró el pánico en la mina. Sólo la presencia de los jefes contenía en el trabajo a los mineros.

—Sin duda es una cuadrilla de malhechores decía Simón, y ¿no podemos coger a uno solo!

Volvieron a las investigaciones. La policía del condado vigiló noche y día; pero nada descubrió. Starr prohibió a Harry, que parecía ser el objeto principal de la malevolencia, aventurarse sólo fuera, del centro de los trabajos.

Se tomó la misma precaución con Elena, a quien ocultaban sin embargo; todas estas tentativas criminales, que podían recordarla su pasado. Simón y Margarita las guardaban constantemente con cierta severidad o más bien con cierta solicitud terrible. La pobre niña lo observaba; pero jamás salió de sus labios ni una palabra, ni una queja. ¿Comprendería que esto se hacía en interés suyo? Es probable que sí. Sin embargo, ella también, a su manera parecía velar por los demás; y sólo estaba tranquila cuando sus amigos estaban reunidos en la choza. Por la noche, cuando volvía Harry no podía contener un movimiento de loca alegría, pero conforme con su genio ordinariamente más reservado que expansivo. Por la mañana se levantaba antes que los demás. Su inquietud empezaba así que llegaba la hora del trabajo.

Harry hubiese querido, para tranquilizarla, estar ya casado. Le parecía que ante ese acto irrevocable la enemistad, siendo inútil, cedería. Starr sentía la misma impaciencia, lo mismo que Simón y Margarita. Cada uno contaba los días que faltaban.

La verdad era que todos tenían siniestros presentimientos. Comprendían que nada de lo que se refería a Elena era indiferente a aquel enemigo oculto invisible e inatacable. El matrimonio de Harry, podía ser, pues, ocasión de alguna nueva maquinación de su odio.

Una mañana, ocho días antes de la época convenida para este acto, Elena prevenida sin duda por algún presentimiento, había salido la primera de la casa para observar los alrededores.

Al llegar a la puerta, se escapó de su boca un grito de indecible angustia. Este grito resonó en toda la casa, y atrajo a Simón, a Margarita y a Harry.

Elena estaba pálida como la muerte, desfigurada, con el espanto

en el rostro. Sin poder hablar, fijaba la vista en la puerta que acababa de abrir. Su mano crispada señalaba las siguientes líneas, que habían sido trazadas durante la noche, y cuya lectura la aterraba.



«Simón Ford: me has robado el último filón de nuestra antigua mina ¡Harry tu hijo, me ha robado a Elena! ¡Malditos seáis! ¡Malditos todos! ¡Maldita la Nueva Aberfoyle!—SILFAX».

—¡Silfax! —dijeron a un tiempo Simón y Margarita.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Harry, cuyas miradas iban alternativamente de su padre a la joven.

—¡Silfax! —dijo Elena con desesperación—. ¡Silfax! —temblaba de pies a cabeza, al pronunciar este nombre, mientras que Margarita, cogiéndola en brazos, la entraba en la casa.

Starr, que acudió enseguida, después de leer varias veces la frase amenazadora exclamó:

—La mano que ha trazado esas líneas es la misma que me escribió la carta contraria de la vuestra, Simón. ¡Ese hombre se llama Silfax! ¡Conozco en vuestra turbación que le conocéis! ¿Quién es ese Silfax?

CAPÍTULO XX

EL PENITENTE

Ese nombre había sido una revelación para el excapataz. Era el nombre del último *penitente* de la mina Dochart.

Antes de la invención de la lámpara de seguridad, Simón Ford había conocido a este hombre terrible, que con exposición de su vida, provocaba cada día las explosiones parciales de hidrógeno. Había visto a aquel ser extraordinario, arrastrarse en la mina, acompañado de un enorme pájaro, especie de mochuelo monstruoso, que le ayudaba en su peligroso oficio, llevando una mecha encendida a los sitios a que Silfax no podía llegar con la mano.

Un día había desaparecido aquel viejo y con él una niña huérfana que no tenía más padres que él, que era su bisabuelo. Esta niña era seguramente Elena. Quince años habían vivido en aquel sombrío abismo, hasta que fue salvada por Harry.

El antiguo minero, dominado a la vez por un sentimiento de piedad y de cólera, refirió al ingeniero y a su hijo lo que el nombre de Silfax acababa de revelarles.

Esto aclaró la situación, Silfax era el misterioso, buscado en vano por las profundidades de la Nueva Aberfoyle.

—De modo ¿que le habéis conocido, Simón?, —preguntó el ingeniero.

—Sí, en verdad, —respondió el capataz—, el hombre del mochuelo. No era ya joven; debía tener de quince a veinte años más que yo. Era una especie de salvaje, que no se trataba con nadie y pasaba por no temer el agua ni el fuego. Había elegido por su gusto el oficio de penitente, y esta peligrosa profesión había trastocado

sus ideas. Le tenían por malo, y quizá no era más que loco. Tenía una fuerza prodigiosa. Conocía la mina como nadie, por lo menos tan bien como yo. Se creía que estaba bien; y yo le suponía muerto hace muchos años.

—Pero, —dijo Starr—, ¿qué quiere decir con estas palabras: «me has robado el último filón de mi antigua mina?».

—¡Ah! ¡Pues ahí está! —dijo Simón—: Hacía mucho tiempo que Silfax, cuya cabeza no estaba buena, pretendía tener derechos sobre la antigua Aberfoyle. Así, su humor era más terrible a medida que la mina Dochart, su mina, se agotaba. Parecía que cada azadonazo le arrancaba del cuerpo sus propias entrañas.

—Tú debes acordarte de eso. Margarita.

—Sí, —respondió la escocesa.

—Ese nombre me ha recordado todo esto; pero, repito, que le creía muerto, y no podía imaginar que ese malhechor, a quien hemos perseguido, fuese el antiguo penitente de la mina Dochart.

—En efecto, —dijo Starr—, todo se explica ya. Una casualidad habrá revelado a Silfax la existencia del nuevo filón; y en su egoísmo de loco se ha constituido en su defensor. Viviendo en la mina, y recorriéndola noche y día, habrá sorprendido vuestro secreto y sabido que me llamabais. Entonces escribió aquella carta, arrojó aquella piedra contra Harry, destruyó las escalas del pozo Yarow, tapió las grietas de la pared, y nos secuestró: siendo puestos en libertad gracias a Elena y a pesar de Silfax.

—Todo eso es evidentemente lo que ha pasado, —respondió Simón—. El penitente está ahora loco.

—Más vale así, —dijo Margarita.

—No lo sé; —añadió Starr, meneando la cabeza—, porque debe ser una locura terrible la suya. ¡Ah! Comprende que Elena no puede pensar en él sin espanto, y que no haya querido denunciar a su abuelo. ¡Qué tristes años debe haber pasado junto a ese viejo!

—Muy tristes, —dijo Simón—, jentre ese salvaje y su mochuelo no menos salvaje que él! Porque seguramente tampoco ha muerto el pájaro. Nadie más que él apagó nuestra lámpara, y quiso cortar la cuerda, que subía a Harry y Elena...

—Y yo comprendo, —dijo Margarita—, que el casamiento de su nieta con nuestro hijo haya exasperado el rencor de Silfax.

—Sí: el matrimonio de Elena con el hijo de quien cree le ha

robado su filón, debe llevar su ira al colmo.

—Sin embargo, es preciso que consienta, —exclamo Harry—. Por más extraño que sea a la vida social, le haremos conocer que Elena está hoy mucho mejor que en los abismos de la mina. Estoy seguro, señor Starr, de que si le cogemos, le haremos entrar en razón.

—No se discute con la locura, querido Harry, —respondió el ingeniero—. Más vale sin duda conocer al enemigo; pero no ha concluido todo, porque sabemos lo que es. Estemos sobre aviso, y para empezar es necesario preguntar a Elena. No hay más remedio. Ella comprenderá que ya su silencio no tiene razón, y que conviene que hable, en interés mismo de su abuelo. Importa, por ella y por nosotros, que podamos destruir sus infames proyectos.

—No dudo, señor Starr, —respondió Harry—, que Elena hable de esto; porque ya sabéis que hasta ahora se ha callado por un deber; pero ahora hablará también por deber. Mi madre ha hecho muy bien en llevarla a su cuarto, porque tenía necesidad de descansar. Pero voy a buscarla...

—Es inútil, Harry, —dijo con voz firme y clara la joven—, que entró en aquel momento en la sala.

Elena estaba pálida: sus ojos decían cuánto había llorado, pues estaba resuelta a hacer lo que exigía su lealtad.

—¡Elena! —exclamó Harry, dirigiéndose hacia la joven.

—Harry, —respondió la joven, deteniendo con un gesto a su novio—, es preciso que tú y tus padres sepáis la verdad. Es preciso que sepáis todo lo que se refiere a la joven a quien habéis recogido sin conocerla, y la quien Harry ha sacado del abismo, tal vez para desgracia suya.

—¡Elena! —exclamó Harry.

—Deja hablar a Elena, —dijo Starr, imponiéndole silencio.

—Yo soy la nieta del viejo Silfax. Yo no he conocido madre ninguna hasta que he entrado aquí, —dijo mirando a Margarita.

—Bendito sea ese día, hija mía, —dijo la escocesa.

—Yo no he tenido padre hasta que he conocido a Simón Ford, ni amigos hasta que mi mano ha tocado la de Harry. He vivido sola quince años en los rincones más ocultos de la mina, con mi abuelo. Con él, es decir poco; por él. Apenas le veía; porque se ocultaba en las mayores profundidades, que él sólo conocía. Era bueno a su

manera para mí; pero terrible. Me daba de comer lo que traía de fuera; pero tengo el vago recuerdo de que me sirvió de nodriza una cabra, cuya pérdida sentí mucho. Entonces mi abuelo la reemplazó con otro animal, con un perro. Pero el perro era alegre, y ladraba; y como el abuelo no quería ruidos, ni alegría, sino sólo silencio, y no pudo acostumbrarse a callar el perro desapareció. Tenía por amigo un pájaro feroz, un buho, que al principio me horrorizaba, pero a pesar de esta repulsión, me tomó tal cariño, que yo se lo agradecía. Me respetaba más que a su amo, y aun me inquietaba por él, porque Silfax era celoso. El búho y yo procuramos que no nos viera juntos. Comprendimos que debíamos hacerlo así... Pero os hablo demasiado de mí; y se trata de vosotros...

—No, hija mía, —dijo Starr—. Di todo como quieras.

—Mi abuelo miraba con malos ojos vuestra vivienda en la mina, por más que no le faltase espacio, y viviese muy lejos de vosotros. Pero le disgustaba veros ahí. Cuando yo le preguntaba por las gentes de fuera, se ponía sombrío, no contestaba, y permanecía mudo mucho tiempo. Pero cuando estalló su cólera fue cuando supo que no os contentabais con vuestra antigua mina, y queríais penetrar en la suya; y juró que pereceríais, si lo hacíais. A pesar, de su edad, sus fuerzas son extraordinarias, y sus amenazas me hicieron temblar por vosotros y por él.

—Continúa Elena; —dijo Starr a la joven, que se había callado para recoger sus recuerdos.

—Después de vuestra primera tentativa, —continuó Elena—, y así que mi abuelo os vio penetrar en la galería de la Nueva Aberfoyle, tapió la entrada, haciendo una prisión para vosotros. No os conocía sino como sombras que vagaban en la oscuridad de la mina, pero yo no podía pensar que unos cristianos iban a morir de hambre en aquella profundidad; y, con peligro de ser descubierta, os proporcioné algunos días un poco de pan y agua... Hubiera querido libraros, ¡pero era tan grande la vigilancia de mi abuelo! ¡Ibais a morir! Jack Ryan y sus compañeros llegaron... Dios permitió que los encontrase ese día. Los conduje hasta aquí... A la vuelta me sorprendió mi abuelo. Su cólera fue terrible que creía que iba a morir entre sus manos. Desde entonces mi vida se hizo insoportable. Las ideas de mi abuelo se extraviaron mucho más. Se llamaba rey de las sombras y del fuego. Siempre que oía los golpes

de vuestros picos en el filón me pegaba con furor. Quise huir; pero me fue imposible, porque me guardaba mucho. Por fin, hace tres meses, en un acceso de demencia sin nombre, me bajó al abismo en que me habéis encontrado, y desapareció, después de haber llamado en vano al búho que me permaneció fiel. ¿Desde cuándo estaba allí? Lo ignoro. Lo que sé es que cuando tú llegaste, Harry, me sentía morir; y tú me salvaste. Pero ya lo ves la nieta del viejo Silfax, no puede ser la mujer de Harry Ford, porque te va en ello la vida, la vida de todos.

—¡Elena! —exclamó Harry.

—¡No! —respondió la joven—. Tengo que sacrificarme. No hay más que un medio de salvaros, y es volver con mi abuelo. Amenaza a toda la Nueva Aberfoyle... No comprende el perdón y nadie puede saber lo que el genio de la venganza le inspirará. Mi deber es conocido; y sería la criatura más miserable si dudase. ¡Adiós y gracias!... Me habéis hecho conocer la felicidad de este mundo. ¡Cualquiera que sea mi suerte, mi corazón será siempre vuestro!

Al oír estas palabras, Simón, Margarita y Harry, traspasados de dolor, se levantaron.

—¡Cómo! —dijeron—. Elena, ¿pensarás abandonar!

Starr les apartó con un gesto de autoridad, y acercándose a Elena le cogió las manos.



—Está muy bien, hija mía, —le dijo—: tú has dicho lo que debías decir; pero oye lo que te contestamos. No te dejaremos marchar, y si es preciso te detendremos por la fuerza. ¿Nos crees capaces de la infamia de aceptar tu generosa oferta? Las amenazas de Silfax son terribles; pero un hombre no es más que un hombre, y tomaremos nuestras precauciones.

—¿Puedes decirnos en favor del mismo Silfax sus costumbres y dónde se oculta? No queremos más que una cosa, evitar que te haga daño, y tal vez volverle la razón.

—Queréis un imposible, —respondió Elena.

—Mi abuelo está en todas partes, y no está en ninguna. No he sabido sus guaridas; no le he visto dormir nunca. Se ocultaba y me dejaba sola... Al tomar mi resolución sabía todo lo que podíais contestarme. Creedme. No hay más que un medio de desarmar su cólera, y es que yo vuelva con él. Es invisible, pero lo ve todo. Decidme, si no ¿cómo habría sabido todos vuestros proyectos desde la carta de Simón hasta mi casamiento, si no tuviese esa facultad inexplicable de saberlo todo? Creo que en su misma locura es un hombre poderoso por su ingenio. Al principio me enseñó muchas cosas. Me enseñó quién era Dios; y no me ha engañado más que en un punto: me ha hecho creer que todos los hombres eran pérfidos, y quería inspirarme odio a la humanidad. Cuando Harry me trajo creísteis que yo era sólo ignorante. Era algo más tenía cierto espanto. ¡Ah! Perdonadme; pero los primeros días creía haber caído en poder de los malvados, y pensaba escaparme. Lo que me hizo conocer la verdad, Margarita, fue, no vuestras palabras, sino vuestro género de vida, el veros amada y respetada de vuestro marido y de vuestro hijo. Después, cuando he visto a estos trabajadores felices y buenos, venerar al señor Starr, de quien creí que eran esclavos cuando por primera vez vi a la población de Aberfoyle ir a la capilla y arrodillarse, y rogar a Dios, y darle gracias por sus bondades infinitas, me dije: «Mi abuelo me engañaba». Pero hoy, iluminada por lo que me habéis enseñado, creo que él está engañado. Voy, pues, a buscar los caminos secretos por donde le acompañaba. Él me verá, le llamare, me oirá, y ¿quién sabe si yo podré volverle a la verdad?

Todos dejaron hablar a la joven, porque conocieron que te convendría desahogarse entre sus amigos, con la generosa ilusión de que iba a dejarlos para siempre. Pero cuando se calló rendida, con los ojos llenos de lágrimas, Harry, volviéndose a Margarita, dijo:

—Madre mía, ¿qué pensarías del hombre que abandonase a la noble joven a quien acabáis de oír?

—Pensaría, —contestó Margarita—, que ese hombre era un infame; y si fuese mi hijo, renegaría de él y le maldeciría.

—Elena ¿has oído a nuestra madre? Te seguiré adonde vayas; y si persistes en marcharte, iremos juntos...

—¡Harry, Harry! —exclamó la joven.

Pero la emoción era demasiado fuerte. Temblaron sus labios y cayó en brazos de Margarita, que rogó al ingeniero, a Simón y a Harry que la dejaran sola con ella.

CAPÍTULO XXI

EL CASAMIENTO DE ELENA

Se separaron después de haber con venido en que los huéspedes de la choza tendrían la mayor vigilancia La amenaza de Silfax era demasiado directa, para despreciarla; y estaban en el caso de preguntarse si el antiguo penitente dispondría de algún medio terrible para aniquila la Nueva Aberfoyle.

Pusieron guardias armados en las varias salidas de la mina, con orden de vigilar noche y día. Todo extraño debía ser llevado ante el ingeniero para identificar su persona. No creyeron conveniente decir a los habitantes de Villa carbón las amenazas de que eran objeto; porque no teniendo Silfax inteligencias en la plaza, no podía haber traición. Dieron cuenta a Elena de todas las medidas tomadas, y aunque no se tranquilizó por completo, se quedó más serena. Sin embargo nada contribuyó a hacerla abandonar la idea de huir, como la promesa de Harry de seguirla adonde fuese.

En la semana que precedió al casamiento no hubo ningún accidente que turbara la paz de la mina; de modo que sus habitantes, sin abandonar la vigilancia, perdieron el pánico que había puesto en peligro la explotación.

Mientras tanto Starr continuaba buscando a Silfax. El vengativo anciano había declarado que Elena no se casaría con Harry, y era de sospechar que no retrocedería ante nada para impedirlo. Lo mejor hubiese sido apoderarse de su persona, respetando su vida. Empezóse, pues, de nuevo el registro de la mina. Se recorrieron las galerías hasta los pisos superiores, que llegaban a las ruinas del castillo de Dundonald, pues se sospechaba con razón que por allí se comunicaba con el exterior, y que entraría los alimentos necesarios

para su pobre existencia, comprándolos o cogiéndolos. En cuanto a los fantasmas de fuego, Starr creyó que Silfax había podido encender algún escape de carburo en aquella parte de la mina. No se engañaba; pero sus investigaciones fueron inútiles.

Jacobo Starr, en esta lucha continua contra un ser invisible, fue, sin dejarlo conocer, el más desgraciado de los hombres. A medida que se aproximaba el día del matrimonio, se aumentaban sus temores, y había creído conveniente hablar de ello, por una excepción, al capataz, que llegó a estar más intranquilo que él.

Por fin llegó el día.

Silfax no había dado señales de vida.

Desde por la mañana todos los habitantes de Villa carbón estaban de pie. Se habían suspendido los trabajos; porque maestros y obreros querían hacer un homenaje al capataz y a su hijo, pagando una deuda de gratitud a los dos hombres atrevidos y perseverantes, que habían vuelto a la mina su prosperidad.

La ceremonia debía verificarse a las once en la capilla de San Gil, elevada a orillas del lago Malcolm.

A esta hora salieron de la casa, Harry dando el brazo a su madre, y Simón a Elena. Seguían el ingeniero, impasible en apariencia, pero en el fondo esperándolo todo, y Jack Ryan, soberbio con su traje de *pipe*.

Después iban los demás ingenieros de la mina, los notables de Villa carbón, los amigos, los compañeros del capataz, los miembros de aquella gran familia de mineros, que formaba la población especial de la Nueva Aberfoyle.

Era uno de esos días calurosos de agosto, que son tan fatigosos en los países del Norte. El aire tempestuoso penetraba hasta las profundidades de la mina, donde se había elevado la temperatura de un modo anormal. La atmósfera se saturaba de electricidad, al través de los pozos de ventilación y del vasto túnel de Malcolm.

El barómetro había bajado considerablemente, fenómeno muy raro en Villa carbón, y era cosa de preguntarse si iba a estallar una tempestad bajo la bóveda de esquisto, que formaba el cielo de la inmensa cripta.

Pero la verdad es que allí nadie pensaba en las amenazas atmosféricas de fuera. Todos se habían puesto sus mejores trajes.

Margarita llevaba uno, que recordaba los pasados tiempos;

llevaba en la cabeza un *toy*, como las antiguas matronas, y en sus hombros flotaba el *rokelay*, especie de mantilla de cuadros, que las escocesas llevan con cierta gracia.

Elena se había propuesto no dejar conocer la agitación de su pensamiento. Prohibió latir a su corazón, y venderla a sus secretas angustias, y consiguió mostrar a todos un rostro tranquilo.

Iba vestida sencillamente; y esta sencillez, que había preferido a trajes más ricos, daba más encanto a su persona. En la cabeza llevaba solamente un *snood*, cinta de varios colores con que se adornan las jóvenes de Caledonia.

Simón llevaba un traje que no hubiera despreciado el digno alcaide Nicolás Jarvie de Walter Scott.

Todos se dirigieron hacia la capilla, que estaba lujosamente decorada.

En el cielo de Villa carbón, los discos eléctricos, reavivados por corrientes intensas, resplandecían como otros tantos soles. Una atmósfera luminosa llenaba toda la Nueva Aberfoyle.

En la capilla, las lámparas eléctricas proyectaban tan viva luz, que los vidrios de colores brillaban como caleidoscopios de fuego.

Iba a officiar el reverendo Guillermo Hobson, que esperaba a los esposos en la puerta de San Gil.

El acompañamiento se aproximaba siguiendo la orilla del lago.

En aquel momento resonó el órgano, y las dos parejas, precedidas del reverendo Hobson, se dirigieron hacia el crucero de San Gil.

Ante todo, pidieron la bendición del cielo; después Harry y Elena quedaron solos ante el ministro, que tenía el libro sagrado en la mano.

—Harry, —preguntó el reverendo Hobson—, ¿queréis a Elena por esposa, y juráis amarla siempre?

—Lo juro, —respondió el joven con voz fuerte.

—Y vos, Elena, —añadió el ministro—, ¿queréis a Harry Ford por esposo y... —La joven no pudo responder porque un inmenso clamor resonó afuera.

Una de aquellas enormes rocas que había a orillas del lago, a cien pasos de la capilla, se desplomó súbitamente, sin explosión, como si su caída hubiese estado preparada de antemano. Las aguas se precipitaron por debajo, en una excavación profunda, que nadie

sabía que existiese.

Después, de pronto, por entre las rocas desplomadas apareció una canoa, que con un impulso vigoroso se lanzó a la superficie del lago.

En aquel la canoa iba de pie un anciano, vestido con un hábito sombrío con los cabellos erizados y una larga barba, que caía sobre su pecho. Llevaba en la mano una lámpara de Davy, en la cual brillaba una llama, protegida por la tela metálica del aparato.

Al mismo tiempo gritó con una voz fuerte:

—¡El carburo ¡El carburo ¡Maldición sobre todos! ¡Maldición!

En aquel momento, el ligero olor que caracteriza al hidrógeno protocarbonado, se extendió por la atmósfera.

La caída de la roca había dado paso a una enorme cantidad de gas explosivo, encerrado en grandes depósitos, cerrados por los esquistos. La corriente de carburo subía a las bóvedas, con una presión de cinco o seis atmósferas.

El viejo conocía la existencia de esos depósitos y los había abierto bruscamente para hacer detonante la atmósfera de la cripta.

Jacobo Starr y algunos otros salieron precipitadamente de la capilla.

—¡Fuera de la mina! ¡Fuera de la mina! —gritó el ingeniero, que habiendo comprendido todo el peligro, fue a dar el grito de alarma a la puerta de la capilla.

—¡El carburo! ¡El carburo! —gritaba el viejo, adelantando en su canoa por el lago.

Harry, arrastrando a su novia, a su padre y a su madre, había salido precipitadamente de la capilla.

—¡Fuera de la mina! ¡Fuera de la mina! —repetía Starr.

¡Era tarde para huir!



Silfax estaba allí dispuesto a cumplir su última amenaza, y a impedir el casamiento de Elena, sepultando a todos los habitantes de la mina entre sus ruinas.

Por encima de su cabeza volaba el enorme búho con sus manchas negras en las plumas. Pero entonces se precipitó un hombre, en el agua del lago, nadando vigorosamente hacia la canoa.

Era Jack Ryan, que se esforzaba por llegar hasta el loco, antes de que cumpliese su obra de destrucción.

Silfax le vio. Rompió el vidrio de su lámpara, y arrancando la mecha encendida, la paseó por el aire.

Un silencio de muerte sucedió en toda aquella gente aterrada. Jacobo Starr, resignado, se asombraba de que ya la explosión no hubiese destruido la Nueva Aberfoyle.

Silfax comprendía que el carburo por su ligereza se había acumulado en las capas elevadas del aire.

Pero entonces el búho obedeciendo a un gesto de Silfax, cogió con la pata la mecha incendiaria, como hacía en otro tiempo en las galerías de la mina Dochart, y empezó a elevarse hacia la bóveda, que el viejo le señalaba con la mano.

Unos cuantos segundos más, y la Nueva Aberfoyle habría sido destruida. En aquel momento Elena se escapó de los brazos de Harry.

Serena e inspirada a la vez, corrió hasta la orilla del agua y desde allí llamó al pájaro con voz clara, diciendo: ¡Ven, ven a mí! El fiel pájaro, asombrado, dudó un instante. Pero de pronto, recordando la voz de Elena, dejó caer la mecha encendida en el agua del lago, y describiendo un ancho círculo vino a posarse a los pies de la joven.

La llama no llegó a las altas capas, donde se había acumulado el carburo.

Entonces se oyó un grito terrible, que resonó en la bóveda. Fue el último grito de Silfax. En el momento en que Jack Ryan iba a poner la mano sobre la canoa, el viejo, viendo que se le escapaba la venganza, se arrojó al lago.

—¡Salvadle! ¡Salvadle! —gritó Elena con voz conmovida.

Harry lo oyó, y arrojándose a su vez al lago, se unió a Jack y se sumergió varias veces. Pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Las aguas del lago Malcolm no volvieron a su presa y se cerraron para siempre sobre el viejo Silfax.

CAPÍTULO XXII

LA LEYENDA DEL VIEJO SILFAX

Seis meses después de estos sucesos se celebraba en la capilla de la mina el casamiento de Harry Ford y de Elena, interrumpido de un modo tan extraordinario. Inmediatamente después de recibir la bendición de manos del reverendo Hobson, los jóvenes esposos, vestidos aún de luto, volvieron a la choza.

El ingeniero y Simón Ford, libres ya de todo cuidado, presidieron alegremente la fiesta que siguió a esta ceremonia y que duró hasta el día siguiente. ¡Memorable fiesta en que Jack Ryan con su traje escocés, después de llenar de aire la tripa de su cornamusa, tocó, cantó y bailó a la vez, consiguiendo un triple triunfo y recogiendo aplausos de la reunión! Pero al terminar la fiesta, los trabajos empezaron de nuevo como todos los días, bajo la dirección del ingeniero Jacobo Starr.

Respecto de Harry y Elena, es inútil decir si fueron felices: ambos encontraron en su unión la felicidad que merecían.

En cuanto a Simón Ford, el capataz honorario de la Nueva Aberfoyle, esperaba vivir bastante para celebrar otra cincuentena con la buena Margarita, que tampoco deseaba otra cosa.

¡Después de esa celebraremos otra! —decía Jack Ryan—; dos centenas de años no son muchos para vos, señor Simón.

En efecto, hijo mío, tienes razón, respondía tranquilamente el capataz. Me parece que nada tendría de particular ser dos veces centenario en este clima, de la Nueva Aberfoyle y en esta atmósfera que no experimenta las inclemencias del exterior.

Y en cuanto a los demás habitantes de Villa carbón, ¿no podrían asistir también a esta segunda y secular ceremonia? Bien podría ser;

pero sólo el porvenir podía asegurarlo.

Lo cierto es que el búho del viejo Silfax parecía que iba a gozar también esta longevidad extraordinaria; y aunque Elena quería felicidad a su lado, desde la muerte de Silfax, había huido de la choza, como si no le gustase la sociedad más que a su antiguo amo; y además parecía que guardaba cierto rencor a Harry, como si viese en él al primer raptor de Elena, con quien luchó en vano en la salida del pozo.

Así es que Elena sólo le veía desde entonces de tiempo en tiempo, volando sobre las aguas del lago Malcolm.

No se sabe si esperaba que saliese del agua su amigo de otro tiempo, o si quería descubrirlo, atravesando con sus miradas penetrantes el abismo que se había tragado a Silfax.

Cada una de estas hipótesis tuvo sus adeptos, porque el búho llegó a ser legendario e inspiró a Jack Ryan más de una historia fantástica.

A estas historias, y al alegre compañero de Harry se debe el que se cante todavía en las minas de Escocia la leyenda del pájaro de Silfax, el penitente de las minas de Aberfoyle.



JULES VERNE. Escritor francés, conocido en español como Julio Verne, nació en Nantes el 8 de febrero de 1828, llegando a ser uno de los grandes autores de novela del siglo XIX. Más adelante se dedicó también a escribir libretos de óperas y obras de teatro.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

Pasaba días enteros en las bibliotecas de París estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que documentaba sus fantásticas aventuras y predijo con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha

llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna* (1865), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *20.000 leguas de viaje submarino* (1870), *Miguel Strogoff*, *Escuela de robinsones...* hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los *Viajes extraordinarios*, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* (1869) o *La vuelta al mundo en 80 días*.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que las alegres aventuras de sus inicios. La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

Falleció en 1905 en la ciudad de Amiens.